

Víctor Manuel Arbeloa

Perversiones políticas del lenguaje



BIBLIOTECA NUEVA
GOBIERNO DE NAVARRA

PERVERSIONES POLÍTICAS
DEL LENGUAJE

Víctor Manuel Arbeloa

PERVERSIONES POLÍTICAS DEL LENGUAJE

BIBLIOTECA NUEVA
GOBIERNO DE NAVARRA

Cubierta: A. Imbert

- © Víctor Manuel Arbeloa, 2004
- © Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2004
Almagro, 38
28010 Madrid
- © Para esta edición, Gobierno de Navarra, 2004

ISBN: 84-9742-347-X

Depósito Legal: M-41.617-2004

Impreso en Top Printer Plus

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

PRÓLOGO, Luis Núñez Ladevéze	13
SOBRE EL LENGUAJE DE ALGUNAS PERVERSIONES	17
I <i>Ámbito</i> vasco de decisión	23
II 1. ¿Qué derecho de <i>autodeterminación</i> ?	25
2. ¿Autodeterminación? Pues vamos a autode- terminarnos	29
III 1. ¿El <i>castellano</i> , un enemigo?	33
2. Hermandad vasco-castellana	35
IV <i>Cobardías</i> episcopales	37
V ¿ <i>Comunidad</i> diferenciada?	39
VI «Si no <i>condenan</i> el terrorismo...»	41
VII ¿Quién creó el <i>conflicto</i> ?	45
VIII «Los <i>constitucionalistas</i> »	47
IX Por <i>culpa</i> de todos	49
X <i>Demagogia</i> contra imaginación	51
XI 1. ¿Qué <i>democracia</i> , qué paz, qué violencia?	53
2. ¿Demócratas de toda la vida?	57
XII ¿ <i>Deslegitimación</i> y violencia?	61
XIII 1. Ese cuento del <i>diálogo</i>	65
2. Frente a ese diálogo y a esa paz	69
XIV «Del <i>Ebro</i> para abajo»	71
XV La necesaria <i>equiparación</i>	73
XVI Antiespañoles- <i>españoles</i>	75
XVII 1. Que <i>ETA</i> se disuelva	77
2. <i>ETA</i> kanpora	81
XVIII ¿ <i>Europa</i> de los Pueblos?	85
XIX <i>Euskal Herria</i>	87
XX <i>Fanatismo</i> y terror	91
XXI <i>Federalistas</i>	95
XXII 1. El fácil recurso al <i>franquismo</i> y al fascismo ..	97
2. Volver al vómito	101

XXIII	¿Contra qué guerra?	103
XXIV	<i>Hablando</i> se entiende la gente	105
XXV	Una <i>historia</i> pervertida	107
XXVI	<i>Ikurriña</i>	111
XXVII	1. Una <i>izquierda</i> atrapada	113
	2. Izquierda abertzale	115
XXVIII	<i>Kale borroka</i>	117
XXIX	El <i>lauburu</i> no es una cruz	119
XXX	1. ¿La <i>lengua</i> determina la cultura?	121
	2. La lengua vizcaína de San Francisco Javier ...	125
	3. ¿ <i>Lingua navarrorum</i> ?	127
XXXI	¿De qué <i>libertad</i> hablamos?	131
XXXII	¿ <i>Libros</i> por los suelos?	135
XXXIII	El <i>maketo</i> Sancho el Mayor	137
XXXXIV	¿ <i>MLNV</i> o <i>MCNV</i> ?	139
XXXV	1. Otro <i>manifiesto</i> esperpéntico	143
	2. El mejor manifiesto	145
XXXVI	El embuste <i>multicultural</i>	147
XXXVII	«Los <i>no nacionalistas</i> »	151
XXXVIII	«Dar la <i>palabra</i> al pueblo y respetarla»	153
XXXIX	1. <i>Patriotismo</i> y nacionalismo	155
	2. Patria	157
XL	1. <i>Paz</i> , conflicto, diálogo y mesa	159
	2. ¿Qué proceso de paz ni qué niño muerto? ...	163
	3. El precio de la paz	167
XLI	Por <i>pensar</i> diferente	169
XLII	<i>Plan Ibarretxe</i>	171
XLIII	¿De qué <i>pluralismo</i> hablamos?	175
XLIV	1. La superficialidad de la <i>política</i>	179
	2. La política de salto de mata	181
XLV	<i>Presos vascos</i>	183
XLVI	Gobiernos de <i>progreso</i>	185
XLVII	El <i>Pueblo</i> vasco	187
XLVIII	<i>Racismo</i> sin razas	189
XLIX	<i>Radicales</i>	191
L	<i>Rebelión</i> contra perversión	193
LI	Sin <i>reconciliación</i> no hay Constitución	197
LII	¿Un <i>referéndum</i> sobre ETA?	201
LIII	La <i>religión</i> patriótica del terror	203
LIV	<i>Soberanía</i>	205

LV	<i>Solidaridad</i> con el PP	207
LVI	«La <i>solución</i> policial»	209
LVII	<i>Tréguala</i>	211
LVIII	¡La <i>unidad</i> de los demócratas!	213
LIX	¿Las <i>urnas</i> terminarán con el terrorismo?	215
LX	¿ <i>Vascones</i> independientes?	217
LXI	¿Quiénes pueden ser <i>vascos</i> de verdad?	221
LXII	1. <i>Víctimas</i>	223
	2. Víctimas como verdugos	225
LXIII	Una <i>violencia</i> unificadora y purificadora	227

Prólogo

No estoy muy seguro de que un escritor tan diáfano y espontáneo como Víctor Manuel Arbeloa haya acertado al pedirme a mí, que si tengo algo de escritor es a causa de mi vocación docente e investigadora, que prologue este libro suyo, vibrante y sentido, valiente y directo, como sólo suelen ser los libros cuya expresividad está dictada por el imperativo de la convicción, y no por la disciplina del trabajo rutinario o ritual.

Tal vez al lector le pueda interesar una explicación de esta interferencia mía en estas páginas intensas. Hace tiempo que me he venido interesando por las peculiaridades del uso ideológico del lenguaje. Con ese motivo he escrito varios textos de corte monográfico en un estilo innecesariamente academicista y doctoral del que debería desprenderme, al menos en esta introducción, pues me temo vaya a deslucir estas glosas coloristas y punzantes, impregnadas de un compromiso cívico y humano que se abre paso a machetazos por la selva del lenguaje ideologizado. Mediatizada por el terrorismo y por quienes se lucran de esa actividad, no se deja a la realidad de los vivos y de los muertos, de la sangre de las víctimas, que hable por sí misma. Y es un imperativo ético liberarla de esas ataduras para que pueda manifestarse en toda su crudeza.

El caso es que ambos hemos coincidido, cada uno a su manera, en la misma preocupación de interesarnos por esas modalidades deformantes del uso ideológico del lenguaje. He escrito «uso», y tal vez tendría que haber escrito «abuso». Los modos como se realiza ese abuso son sutiles y constantes, pero también criticables, discutibles y refutables. Tiene su dificultad, porque sus procedimientos discursivos están por encima, o tal vez por

debajo, de la corrección sintáctica. No tiene que ver con la «gramática» de la lengua, sino con lo que Wittgenstein denominaba, y Arbeloa recuerda al comienzo de su libro, «gramática de las palabras». Cada palabra tiene su gramática interna. Puede ser adulterada o deformada por el orador o el escritor, pues esa adulteración puede ser compatible con la corrección de su gramática externa, es decir, con la sintaxis de la lengua. Ya Platón se refirió a estos abusos cuando criticaba en el *Gorgias* la que llamó «artimaña retórica».

Este libro de Arbeloa tiene fuerza, expresividad y hasta encanto, porque su capacidad de observación penetra hasta el núcleo mismo de los significados cotidianos, pone en evidencia el esfuerzo de demagogos irresponsables por deformar la arquitectura y las relaciones léxicas. Por esta razón, a mí me ha parecido no sólo interesante, también emocionante. Hace falta valor para nadar contra corriente cuando el río anda revuelto y todos, todos, tal vez con la excepción de Arbeloa y algunos pocos más, echan sin inhibición la caña al aire, las redes, las nasas, para pescar a río y a océano revuelto. Y pescan, vaya si pescan. No hay más que leer estas páginas vigorosas, estos retazos de espléndida y lúcida coherencia, para comunicarse con la corriente de autenticidad de la que emanan y examinar a su luz los peces recogidos que se exhiben impudicamente en las lonjas de asambleas, tribunas y parlamentos de papel o pupitre.

La función de Arbeloa es desvelar desde dentro, sirviéndose de la energía interior de la lengua, las perversiones retóricas, las cesiones inconscientes y los abusos demagógicos con que los políticos y sus corifeos periodísticos traicionan el buen sentido. No puedo negar que estoy de acuerdo con todo lo que Arbeloa escribe, en ese estilo de artesano conceptista, que parece desprendido de la directa enseñanza de Gracián, un estilo que yo describiría como de leñador, o labrador, o de herrero, forjado a golpes de martillo sobre el yunque de la oración, un estilo directo que huye de falsas modestias y que él tiene el don de exhibir con contundencia lo que se oculta tras la máscara de la ideología, un estilo que tira de la manta para mostrar las carnes impúdicas de un rey desnudo. Llamar al pan pan y al vino vino no es tan fácil cuando son tantos los empeñados en adulterar el pan y en aguar el vino.

¿Qué tiene de especial Arbeloa para que su forma de escribir pueda ser diáfana, tan límpida y contundente? Tiene algo, en efecto. Que cuando habla, habla de lo que siente porque lo sabe. Conocimiento y sentimiento van de la mano y no ha tenido que aprender nada de lo que dice a marchas forzadas para inventarse un mundo y hacerlo real a base de imponer a los demás la invención propia. No tiene que inventarse a sí mismo para hablar su propia lengua, ni inventar una genealogía para denunciar a quienes la inventan y la revenden. Resulta sorprendente que pueda sorprender que, para Arbeloa, ser español y vasco no sea una identidad vergonzante. Que haya que pedir permiso a quién sabe qué locos, totalitarios y siniestros personajes emboscados tras capuchas, para poder sentirse uno mismo conforme con su propia historia y poder contar esa historia sin temor ni temblor a quienes diariamente se les impide que puedan escucharla.

En fin, no me alargaré más. Puede que esa coincidencia temática entre lo que muestra Arbeloa y lo que a veces me hubiera gustado mostrar en mis artículos, permita encontrar una relación entre perspectivas complementarias. La mía, analítica y cientifista, la de Arbeloa, dialéctica y expresiva. A mí me interesó, especialmente, profundizar en las trampas, recovecos y deformaciones del uso «terrorista» del lenguaje. Y sobre este asunto he publicado, como he dicho, algunas cosas que acaso tengan interés. El caso es que a Víctor Manuel Arbeloa le interesaron lo suficiente como para pedirme este prólogo, que ni puedo ni debo rehuir aunque dude de su interés para presentar estas páginas de las que estoy seguro, tras leerlas, que se bastan a sí mismas para presentarse pues hablan por sí solas un lenguaje transparente, sin necesidad de intermediario alguno.

LUIS NÚÑEZ LADEVÉZE

Sobre el lenguaje y algunas perversiones

El hombre es el único animal, social y socializado, capaz de construir un sistema interior de señales de segundo grado, por medio del cual transforma el variado mundo de sus experiencias en un sistema simbólico, apto para la comunicación lingüística y creador a la vez de una cultura.

Con el lenguaje el hombre experimenta su propio ser como ser para otros. Somos, en buena medida y en un sentido profundo, lenguaje. En nuestro tiempo se ha convertido en tema capital de la filosofía. *Casa del ser*, lo llamó Heidegger, y Wittgenstein describió la filosofía como *una lucha contra el embrujamiento de la inteligencia por medio del lenguaje*.

Este último autor nos metió para siempre en la cabeza que hay tantos lenguajes como juegos de lenguaje (*Sprachspiele*), es decir, como modos de usarlo. El lenguaje es una trama de actividades vitales, de formas de vida, regidas por las reglas del juego. No es lo mismo dar órdenes que describir algo; informar que contar chistes; preguntar que imprecisar, etc. Y la actual etnografía del habla (lengua hablada por una comunidad), siguiendo a viejos maestros, sostiene que ni la lengua en sí ni la gramática moldean el mundo sino la experiencia del habla, cuya estructura crea al hablante, cristaliza su pensamiento y le sitúa en su comunidad. En uno de los capítulos del libro me detengo a exponer y a rebatir algunas tesis excesivas sobre este asunto.

De ahí la suma importancia de estudiar el habla cotidiana para desentrañar sus mecanismos y juegos, ponderar su belleza y su riqueza, sacarle todo el partido posible a sus denotaciones y connotaciones, y al mismo tiempo sorprender sus errores y en-

gaños y denunciar sus perversiones. Lo hacen entre nosotros habitualmente Fernando Lázaro Carreter (recientemente fallecido), autor del libro *El dardo en la palabra*, o Amando de Miguel, cuyo título *La perversión del lenguaje*, me ha dado ocasión pintiparada para la cabecera de este trabajo. Algo más específico, pero son cada día más también los escritores y comentaristas políticos que trabajan en ello, conscientes de la fuerza e influencia del lenguaje común en todos los sectores de la vida, muy especialmente en la vida política. Ya los empiristas ingleses del siglo XVII nos avisaron sobre las trampas del lenguaje, sobre *el abuso del lenguaje*.

Otros autores modernos insisten en que la ocultación y hasta falsificación del pensamiento por el lenguaje ocurre cuando éste no sigue el *sentido común*, la *metafísica natural del espíritu humano*, o cuando se muestra incapaz de seguir las visiones del fondo de la realidad proporcionadas por la intuición. Pero todo esto es demasiado fácil de decir y no nos lleva muy lejos. La ocultación, la falsificación del pensamiento por el lenguaje tiene también otras causas más cercanas y menos metafísicas, como muchos hemos podido comprobar.

El profesor Luis Núñez Ladevéze lleva años enseñándonos que el uso de los significados del lenguaje no es inocente. Elegimos las palabras porque tienen significado pero podemos aplicar (*designación*) las palabras a la realidad según nuestra conveniencia. Mientras el debate sea abierto, el lenguaje puede servir como medio de discusión, pero cuando el lenguaje se pone al servicio de una praxis, cuyo objetivo se considera un imperativo categórico, entonces se ideologiza totalmente y la discusión resulta inútil.

No hay lenguaje neutral. Toda palabra expresa el registro en que suele ser usada, y la objetivación o subjetivación está en las condiciones estipuladas para un correcto uso designativo. Las perversiones del lenguaje, de cualquier tipo que sean, no suelen llevarse a cabo en el nivel de la gramática o de la sintaxis sino que proceden mayormente de la aplicación o designación concretas que adulteran las definiciones cognitivas.

Por ejemplo, las perversiones políticas de la lengua —de algunas de las cuales hablo en este libro— per-vierten o des-naturalizan las definiciones comúnmente aceptadas, por ejemplo, de *diálogo*,

libertad, paz, democracia, violencia, fascismo, patria, etc., haciéndoles significar algo distinto o muy distinto de lo que convencionalmente significan en el habla corriente, en los tratados políticos o en los diccionarios.

Hace mucho tiempo que el independentismo terrorista y buena parte del independentista no terrorista, y no sólo vasco, se adelantaron, recogiendo y amplificando una larga tradición izquierdista e independentista, a imponer sus puntos de vista, criterios, propósitos y obsesiones en el terreno del léxico, la designación, y hasta en el de la ortografía, y se encontraron con que buena parte de sus oyentes y leyentes no rechistaban ni menos aún respondían a su adoctrinamiento, y ni siquiera a sus tergiversaciones, antes bien parecían aceptarlos consciente o inconscientemente.

Sería demasiado cómodo recordar que todo lenguaje político es un lenguaje *expresivo* y *apelativo* más que *representativo*; *emotivo* más que *cognoscitivo*; *prescriptivo* y no *indicativo*, y casi siempre *valorativo*. Porque a menudo la perversión o desnaturalización se encuentran también en el lenguaje *representativo*, *cognoscitivo* e *indicativo*.

Ladevéze enumera una serie de designaciones *contra natura* en el dominio lingüístico del terrorismo etarra, extraídas de su prensa oficial u oficiosa. Designaciones que sirven a la construcción de un marco de coherencia argumentativa, o de interpretación particular, que es un sistema de coordenadas lógicas y simbólicas a la vez. Marco en el que adquieren sentido global y coherencia los conceptos y expresiones de su sectario diccionario político, de su *jerga política*, y que no es otro que el de un Pueblo vasco, Euskadi y Euskal Herria, en estado de opresión por culpa de los Estados francés y español, contra quienes legítimamente se rebela con todos los medios a su alcance. Diccionario no compartido ni mucho menos por la mayoría genuina de la Comunidad Autónoma del País Vasco y tampoco por la mayoría de nacionalistas democráticos, que no pueden confundirse ni con independentistas extremos y fanáticos y mucho menos con terroristas, como podría sospecharse de algunas prosas antiterroristas tan simples como injustas.

Dentro de esa estructura sistémica, con su lógica inmanente, el lenguaje empleado de continuo por los secuaces, colaboradores y simpatizantes de la banda terrorista y de su múltiple entorno adquiere legitimación no sólo gramatical y léxica sino también moral. Pero fuera de tan atrabiliaria y esperpéntica irrealidad ya «no hay *acciones armadas* sino *crímenes*. No hay *comandos* sino *facciones*. Ni hay *alto el fuego* sino *inactividad*. No hay *prisioneros* por ETA sino *secuestrados*. No hay *organización* sino una *banda* organizada. No hay *retención* sino *secuestro*. No hay *militante* sino *secuaz*. No hay en los terroristas *cuerpos armados* ni *brazos armados del frente político*; no hay ningún *cuerpo armado*, ni *frente político* o *militar* alguno. No hay *refugiados vascos* sino *terroristas fugados* o *deportados*. Ni hay *cárceles del pueblo* sino *zulos* o *mazmorras*. No hay *expropiación* ni *impuesto revolucionario* sino *robo* o *extorsión*».

Todo mi libro, compuesto de pequeños capítulos, de una a cinco páginas, escrito desde la experiencia más cercana y cotidiana, recoge unas cuantas, grandes y contagiosas perversiones políticas del lenguaje común, limpio de por sí, que lo ensucian, contaminan, arman, ensangrientan y al fin lo destruyen.

He dejado a un lado perversiones muy generales —a veces no pasan de comodines—, ya tratadas por casi todos los autores (*izquierda-derecha, progresista-conservador, fascismo, mitos, laicismo, modernidad, política...*), así como las que considero que gracias a nuestras constantes denuncias y críticas han pasado a ser trampas descubiertas, bien conocidas de todos o de casi todos. Me detengo sobre todo en aquellas que son fuente de maletendidos y engaños habituales y en otras que casi han pasado a ser toleradas y hasta tenidas como de recibo en nuestra sociedad.

Cada capitulito recoge una perversión lingüística principal, a veces acompañada de otras, porque la realidad de la que parto suele también anudarlas y mezclarlas. El capítulo se compone en ocasiones de dos o más pequeños artículos que discurren sobre el mismo tema, en torno de alguna de sus varias dimensiones.

Este es un libro que lleva varios años rodando: en mi mente, en conversaciones, mesas redondas, mítines, conferencias, alocuciones, artículos de opinión, cartas al director... He conservado algunas cosas tal cual salieron de mis manos hace tiempo, para

que no perdieran el vigor y la frescura que entonces tuvieron; he tenido que colocar en nuevos moldes otras páginas; he querido redactar con mayor exigencia algunos viejos motivos, y me he pasado horas escribiendo sobre motivos que faltaban o sobre matices y texturas de los que ya estaban.

Que el lector me acompañe en esta tarea dilucidadora de nuestro lenguaje, es decir, de nuestra vida cotidiana, me continúe, y —no le será nada difícil— me corrija, me complete y me supere.

VÍCTOR MANUEL ARBELOA MURU
Pamplona, 31 de agosto de 2004

I

Ámbito vasco de decisión

El tan repetido y como enigmático *ámbito vasco de decisión*, que aparece en varios y recientes documentos políticos nacionalistas-independentistas, no por repetido y enigmático va más lejos.

Porque el ámbito vasco de decisión no pasa, aunque parezca una broma, de su ámbito propio. Y esto quiere decir ámbito (de *ambire*). Y de ahí no se puede pasar, si quiere llamarse ámbito. Sea vasco, californiano o lombardo. Aquí ámbito vasco no quiere decir más que Comunidad Autónoma del País Vasco, porque los vascos no tienen más derechos como tales que los germanos o los árabes.

En un Estado de derecho y en el Estado constitucional español uno es el ámbito de poder municipal, otro el ámbito de poder provincial, otro el de poder autonómico etc. El *ámbito vasco de decisión* no pasa de ser, obviamente, un ámbito de decisión de una Comunidad Autónoma, nacida de un Estatuto de Autonomía, dentro de un Estado autonómico, dotado de una Constitución, ni federal, ni regional, ni unitaria sino autonómica.

El *ámbito vasco de decisión* no puede pasar de ahí, a no ser que se quiera pasar a otro ámbito, que no sería ya el autonómico, lo que constituiría entonces el *ámbito super-vasco*, es decir, super-autonómico, ámbito que puede ser un sueño, peor no es una realidad.

Para ir al grano de la política concreta en Euskadi, en el actual *ámbito vasco de decisión* la autodeterminación para la secesión no es un derecho natural. Sobre la autodeterminación me extendiendo en un próximo capítulo.

Ni siquiera Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, que ha desempolvado la muy envejecida teoría de Jellineck sobre los *fragmentos de Estado* para aplicarla a Euskadi, Cataluña y Galicia, contempla tal derecho.

Y la resolución del Tribunal Supremo del Canadá, del 20 de agosto de 1998, sobre el caso de la provincia federada de Quebec —¡colonia francesa todavía en el siglo XVIII!—, tras recordar que su Constitución federal no reconoce el derecho a la autodeterminación y que un referéndum no tiene papel directo ni efecto jurídico alguno en su régimen constitucional, afirma, a una con toda la doctrina internacionalista:

... el derecho a la autodeterminación en derecho internacional significa a lo más la vía de la autodeterminación externa en el caso de las ex colonias, de los pueblos oprimidos, como los pueblos sometidos a una ocupación militar extranjera, o también en el caso en que a un grupo definido se le niegue el acceso real al autogobierno a fin de asegurarse su desarrollo político, económico, social y cultural. En estas situaciones, el pueblo al que nos referimos goza del derecho de autodeterminación externa porque se le niega la facultad de ejercer, internamente, su derecho a la autodeterminación.

¡Y esto sobre la rica y próspera Provincia de Quebec, que solía ser un ejemplo evocado por los independentistas vascos y catalanes antes del último y rotundo revés electoral de aquellos independentistas!

II

1. ¿Qué derecho de *autodeterminación*?

Los políticos del PNV, EA, Batasuna, ETA, y otros afines, hablan a cada paso de autodeterminación como equivalente de independencia, e incluso como derecho a la independencia. Lo que ya es decir algo. Porque hablar sin más de autodeterminación es no decir nada, pues la expresión es sumamente equívoca, es decir, confusa y conducente a la confusión.

El tradicional y genuino sentido de la autodeterminación es el de la capacidad radical de la persona, sustantividad inteligente y libre, para ser uno mismo en cualquiera de las opciones que toma en su vida. Es también el ejercicio consciente y personal de su libertad, propiedad constitutiva de su personalidad.

Pero lo políticos suelen hablar de la autodeterminación como de una opción política muy concreta, y sujeta, como todo lo político (perteneciente a la comunidad), a normas exteriores, precisas y más o menos consensuadas.

Al confundir ambas nociones, hablan algunos sobre la autodeterminación en un preciso sentido político, pero como si fuese la autodeterminación general del hombre, y así la tienen y quieren que se la tenga como un derecho universal y primigenio.

Desde la Carta del Atlántico (1941) a los acuerdos de Yalta (1945) es clara la intención de los aliados de llegar a reconocer la idea de la autodeterminación, tal como se fijará posteriormente en la «Carta de las Naciones Unidas», sólo que ésta hablará de *principio de igualdad de derechos y de libre determinación de los pueblos...* Pero aquí no parece que se hable de otra cosa sino de la llamada «dimensión interna» del

principio, es decir, del gobierno representativo elegido por los ciudadanos. Lo cierto es que ni tal principio ni tal derecho aparecen en la «Declaración Universal de Derechos Humanos», de 1948.

La resolución 1.514, de 1960, que garantiza el derecho a la independencia de los países colonizados dice lo que dice y no dice más. El artículo 1.1 del *Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos*, de 1966 proclama: *Todos los pueblos tienen el derecho de libre determinación. En virtud de este derecho establecen libremente su condición política y proveen asimismo a su desarrollo económico, social y cultural.*

¿Qué pueblos son éstos? ¿Los indios navajos? ¿Los rusos de Estonia? ¿Los húngaros de Serbia? ¿Los judíos de Irán? ¿Los flamencos? ¿Los corsos? No. Las resoluciones de la Asamblea General, los dictámenes del Tribunal Internacional de Justicia, y el consenso internacional en torno al hecho colonial como supuesto legitimador de la autodeterminación resuelven las dudas de una cierta confusión de lenguaje, tantas veces interesada. Gross Espiell, informador especial de las Naciones Unidas, en 1979, en un grueso informe, que casi nadie parece haber leído, deja meridianamente claro que el principio y el derecho de autodeterminación sólo puede aplicarse, según la doctrina de la ONU, a *pueblos sujetos a un dominio colonial y extranjero*.

No hay más que leer el artículo 1.3 del Pacto susodicho, cuando se refiere expresamente a los Estados responsables de territorios no autónomos y de fideicomiso, y al artículo 27 del mismo sobre los «derechos de las minorías nacionales» y sus derechos culturales y religiosos, sin que se hable para nada de autodeterminación. Y la misma *Declaración sobre Principios de Derecho Internacional*, de 1970, tantas veces citada por los defensores de una interpretación laxa y maximalista del derecho de autodeterminación, se encarga de salir al paso de tales pretensiones:

Ninguna de las disposiciones de los párrafos precedentes se entenderá en el sentido de que autoriza o fomenta acción alguna encaminada a quebrantar o menoscabar, total o parcialmente, la integridad territorial de los Estados soberanos e independientes que se conduzcan de conformidad con el principio de igualdad

de derechos y de la libre determinación de los pueblos antes descrito y estén, por tanto, dotados de un gobierno que represente a la totalidad del pueblo perteneciente al territorio, sin distinción por motivos de raza, credo o color.

Es curioso, pero lógico, observar que, mientras los Estados del llamado Tercer Mundo, un día colonizados, fueron los más entusiastas defensores del principio y del derecho de autodeterminación (aplicado a los territorios coloniales) en los años 60 y 70, son ahora los más reacios a cualquier interpretación lata y laxa del mismo. Y eso que no es fácil encontrar en ellos naciones culturalmente homogéneas, que suele ser el sueño de todo nacionalismo étnico combatiente.

La verdad es que tanto las conferencias de la Organización de Estados Africanos, como la de Estados Americanos, o de los Países No Alineados, han tendido a confirmar vigorosamente la validez de las fronteras existentes, hace años tan criticadas, y a defender más que nadie la intangibilidad de esas fronteras, la no injerencia en los asuntos internos de cada país, y la inexistencia de cualquier derecho de autodeterminación y de secesión.

Algo parecido sucede en los movimientos y partidos que en el mundo occidental defienden el derecho de autodeterminación. Lo defienden hasta conseguir el objetivo de la independencia; conseguida ésta, no hay derecho de autodeterminación que valga. Tampoco lo reconocen a las partes que en sus territorios se oponen a cualquier separación. Su cacareada democracia en este punto no va más allá de su nacionalismo independentista.

En este momento no conozco un solo Estado miembro de la ONU que reconozca el derecho de autodeterminación.

Claro que ésta es mucho más amplia que el derecho positivo. Pero este supuesto derecho es el argumento más tergiversado y manipulado en asunto tan polémico.

2. ¿Autodeterminación? Pues vamos a autodeterminarnos

Por mucho que Arzallus lo niegue, achacándole a su viejo amigo Aznar —*yo de Aznar me fio*— el invento, como si todos fuéramos tan crédulos o sumisos como sus correligionarios, lo cierto es que lo dijo Ibarretxe en su discurso donde lo planteó como primer objetivo de la legislatura, lo dice el programa de gobierno de PNV-EA, lo dijo un increíble y desdichado Atutxa en la entrevista en *El País*, lo dicen a todas horas Arzallus y los dirigentes de EA... Claro que estos últimos lo dicen con todas las letras, y es de agradecer, igual que los de Batasuna y ETA: autodeterminación «para» la independencia.

Ibarretxe y los suyos dicen autodeterminación, ámbito vasco de decisión, la voluntad del pueblo vasco, nuevo marco jurídico, superación del Estatuto, voz propia en Europa... para que las buenas gentes que aún confunden autodeterminación política de un sujeto colectivo sobre su territorio con autodeterminación personal e intransferible, y, además, los incautos, los ingenuos o los incondicionales sin condiciones no se asusten, o no se extrañen, o no les dejen de votar.

Ya me he preguntado otras veces qué hubieran dicho los votantes de PNV-EA, si en vez de *autodeterminación* hubieran llevado en su programa y lo hubieran dicho todos los días en sus mítines eso de la *independencia* con todas sus consecuencias, políticas, económicas, culturales, etc. Pero no lo hicieron. Una vez más, el lenguaje ambiguo, equívoco, de medias verdades, falaz.

Y ¿por qué ahora la autodeterminación, es decir, la independencia? Porque han quemado ya todos los demás cartuchos de la demagogia y la irrealidad y ya no quedan más. Sí, pero sobre todo por algo mucho más «eficaz»: porque no quieren

perder los votos que se les han añadido de HB-EH-ETA, porque no quieren perder ese refuerzo que les da la mayoría absoluta en Euskadi (no en Álava y en algunos otros puntos como Bilbao), mate ETA o deje de matar, haya tregua-trampa o no la haya.

Gracias a ETA habla ahora el PNV de autodeterminación, es decir, de independencia, contra la que votó en las Cortes Españolas en 1978 y de la que no se ha atrevido a hablar en serio hasta el Pacto de Lizarra. Sin ETA no hablarían de eso ni por pienso. Ése ha sido el objetivo, el lema, el camino de ETA. Para eso nació, para eso sobrevive. Ya ha conseguido ese triunfo colosal: llevar a PNV-EA a su posición. ¡Pueden contar con ella, ya lo creo! Ya se hable de *pacificación* o de *autogobierno*, de eso principalmente se va a hablar: de autodeterminación, es decir, de independencia.

Así que se terminó la broma que ha durado demasiado tiempo. Basta de engaños, subterfugios y lenguajes de madera. ¿Quieren la autodeterminación, es decir, la independencia? ¿Quieren echar por tierra la Constitución de 1978 y el Estatuto de Guernica con ella, los consensos que los hicieron posibles y que han dado como fruto la rica autonomía de Euskadi? ¿Quieren echar por tierra los derechos y con ellos hasta la seguridad de la mayoría de ese «Pueblo vasco» que, según todas las encuestas, no quiere la independencia, y todo eso sirviéndose —lo digan o no, lo quieran o no— del terror de ETA, que va a ser su más terrible aliado?

Pues vía libre a todas las derivaciones políticas, sociales y económicas. De entrada, los navarros no lo vamos a olvidar. (Espero que los alaveses, bilbaínos, donostiarras, etc. tampoco). Un día también nosotros reformaremos la Constitución y el Amejoramiento y borraremos con el apoyo del resto de los españoles ciertos artículos que sólo en aras del consenso votamos en las Cortes y en el referéndum. Y a ver qué político navarro se atreve a contradecirnos. Y mientras tanto sacaremos todas las consecuencias en el terreno de los convenios, de las relaciones de todo tipo, de las instituciones culturales comunes que todavía sostenemos, cuestionaremos muy seriamente ante quien proceda las interdependencias eclesiásti-

cas, que no son sólo «cuestiones eclesiales» sino sociales y culturales, etc.

El engaño, la deslealtad, la falta de sentido común y la locura política que llevan a la confrontación, a la muerte y a la ruina no pueden merecer un segundo de espera.

III

1. ¿El *castellano*, un enemigo?

Cuando veo diariamente en toda Navarra, incluida Pamplona, borradas o repintadas las señales de tráfico escritas en castellano/español, no sólo lamento una vez más la falta de sentido común, de sentido de responsabilidad, de sentido político y hasta de buen gusto de algunos responsables del Gobierno de Navarra y de muchos Ayuntamientos, incluido el de Pamplona, que los dejan así semanas y meses enteros, sino que lamento a la vez la barbarie de esos bárbaros abernazis, que parecen salidos del paleolítico inferior, y que son, además, unos ignorantes de primera división. Aunque, aun superada su ignorancia, me temo que su fanatismo no les dejará echar marcha atrás.

No saben seguramente que el castellano/español brotó dentro de eso que llaman Euskalherria, nombre que un día significó las gentes que hablaban el vascuence y las tierras donde se hablaba. Lo subrayó con fuerza hace algunos años el maestro vascófilo J. M. Azaola y lo ha recordado recientemente el vascófilo tafallés R. Cierbide.

El romance castellano comenzó a hablarse en Las Encartaciones (señorío de Vizcaya) y en los valles de Valdegovía y Valderejo (Álava) antes que en Soria, en Segovia y en toda Castilla al sur del Duero; mucho antes que en León.

Los vascos que poblaron la parte norte de Burgos, junto con otras gentes del oeste y suroeste de Álava, al romanizarse, crearon un romance en el que permanecieron hábitos fonéticos propios de la lengua vasca. La primitiva y rural lengua vasca de alaveses y vizcaínos comenzó a poblarse de préstamos románicos procedentes sobre todo de la Rioja y parte de Burgos: nombres cultos como *fede*, *lege*, *errege*, *bake*, *aldare*; técnicos, como *ezpata*, *errota*,

mathaza, gisu, zela; o tan familiares, como *butsu, portu, berna, erripa, luku*... Pocos todavía en comparación de los miles que hasta hoy mismo enriquecerán el vocabulario vasco, procedentes directamente, primero del latín, después del romance castellano, y finalmente del castellano/español, además de algunos del francés. El mismísimo patriarca de la crítica e historia literaria vasca, Luis Villasante, hace poco fallecido, llega a sugerir que acaso las afinidades étnico-lingüísticas de las gentes vascas de Álava y Vizcaya con las de Castilla del Norte expliquen, siquiera parcialmente, la alianza de vascongados y castellanos en la Edad Media.

Y, añadido yo, la riquísima literatura en castellano/español de los innumerables autores vascos desde entonces hasta hoy. ¿O no pertenecen ellos y su lengua, muy mayoritaria en el País Vasco, a la cultura vasca?

2. Hermandad vasco-castellana

La investigadora Emiliana Ramos dio cuenta recientemente en el palacio de la Diputación Foral de Álava sobre su trabajo llevado a cabo sobre *Los cartularios de Santa María de Valpuesta. Análisis lingüístico*, con ayuda de una beca concedida por Eusko Ikaskuntza, según leo en uno de los boletines de esta noble institución.

La zona de influencia de la antigua sede episcopal de Valpuesta (804-1807), hoy provincia de Burgos pero geográficamente adscrita al valle alavés de Valdegovía, abarcaba el extremo occidental de Álava y el norte de Burgos, la antigua Autrigonia, tardíamente romanizada y profundamente latinizada. En esta zona se asentaron durante los siglos VIII y IX gentes procedentes de tierras más al sur de Hispania, que iniciaron la repoblación de la frontera oriental del reino de Asturias. Este territorio estuvo en contacto constante con gentes de lengua vasca.

Los cartularios del monasterio-colegiata de Valpuesta (804-1200) se hallan en el Archivo Histórico Nacional. Los miembros de la comunidad se llamaban *fratres* y pertenecían a la observancia tradicional española, vinculada a la Regla de San Fructuoso. El obispo residente en ella era distinto del abad. Los primitivos cartularios fueron publicados en 1900 y los restantes hace unos pocos años.

La señora Ramos ha ido estudiando los rasgos que indican la evolución hacia una lengua romance diferente del latín, como la diptongación, la pérdida de vocales átonas interiores, la destrucción del sistema de casos latinos, el empleo del acusativo como, caso general, el proceso de formación del plural romance, el orden romance de las palabras frente al orden latino, etc. La constatación de ciertas características entre estas formas romances permiten asegurar a la estudiosa que se trata de muestras del castellano primitivo. Tal vez los primeros testimonios del romance

castellano primigenio, anteriores a la variante romance más oriental que aparece en las célebres *Glosas Emilianenses* del Códice Emilianense 60, en el monasterio de San Millán de Suso, a finales del siglo ix o comienzos del x, y en el que se hallan también las dos primeras glosas en vascuence.

Desde el primer momento de su nacimiento las variantes romances de lo que, andando el tiempo, será la gloriosa lengua castellana, llamada español en todo el mundo, tendrán relación directa, vital, con gentes que hablan vascuence o lengua vasca, llamada también euskara, comenzando desde entonces un mutuo enriquecimiento que no cesará hasta hoy mismo.

Pero algunos, tal vez ignorantes de todo esto, tal vez pobres sectarios, se empeñarán en hacer del castellano/español el enemigo, lo llamarán *erdara* (lengua extraña o extranjera), con muchos derivados, que vienen a significar lo mismo. *Española*, la llamó, en cambio, Pedro de Axular, máxima autoridad euskárica. Qué sería hoy el euskara sin el castellano sólo lo saben, dejando para los más doctos otros secretos lingüísticos, quienes hayan leído y acaso también aprendido todos los términos de cualquier diccionario vasco.

IV

Cobardías episcopales

He escrito, junto con otros tres colegas universitarios y escritores, una respuesta amplia a la infausta carta pastoral de los cuatro obispos en ejercicio de las tres diócesis de Euskadi, y a ese artículo, del día 9 de junio de 2002, publicado en *Diario de Navarra*, de Pamplona, remito al lector amable, si quiere un análisis pormenorizado del documento episcopal.

Aquí sólo quiero recalcar una serie de cobardías, demasiado humanas, de esas que suelo reprochar con cierta frecuencia a políticos e intelectuales de nuestra nación o de nuestra región.

Los cuatro obispos que pastorean en Euskadi se contentan con coincidir con lo que se llama «mayoría» en su Comunidad, mayoría muy ajustada por cierto, a la hora de cometer el error mayor del escrito. ¿Desde cuándo el criterio pastoral católico ha sido coincidir o no con la mayoría de los fieles e infieles? ¿Es éste un criterio evangélico? ¿Desde cuándo?

Pero es que ni siquiera los cuatro obispos se atreven a decir el nombre del País en que escriben y en el que trabajan. ¿Por no acertar o por no agradar a la «mayoría»? Ni Euskadi, ni Comunidad Autónoma Vasca, ni País Vasco... ¿Hubieran querido decir tal vez decir Euskal Herria, pensando que iba a firmar el arzobispo de Pamplona y acaso el de Bayona? Con mucha mayor «razón» no se atreven a dejar escrito el nefando nombre de España —uno de ellos nacido en Pamplona, otro en Ávila, otro obispo de Zamora durante mucho tiempo—, y sólo una vez la llaman Estado español, como si a la Santa Sede llamaran Estado Vaticano, o parecido.

No se atreven a citar por su nombre la Constitución Española ni el Estatuto de Autonomía, llamado de Guernica o del País Vasco.

No se atreven a condenar el terror callejero, que ETA llama «kale borroka».

No se atreven a mencionar a los casi 1.000 asesinados por ETA, ni recordar a los miles de extorsionados, de mutilados y heridos, de exiliados fuera del País Vasco...

No se atreven a pedir, no que ETA desaparezca, que eso sí que piden, claro, sino que sea perseguida y eliminada de la vida pública. Y parece importarles poco, según la frase que pasará a la historia de la infamia, cuáles sean las relaciones existentes entre ETA y Batasuna.

No se atreven a agradecer al Estado de Derecho la lucha larga, dura, heroica, contra el nacionalismo terrorista de estos treinta años.

No se atreven. Como tantos profesores, intelectuales, escritores, poetas, periodistas, clérigos, jueces, empresarios, alcaldes, políticos de todos los grados... en sus respectivas responsabilidades y actuaciones. No se atreven.

No seré yo quien diga dónde debieran estar todos estos cobardes que acabo de citar, ni qué debieran hacer o dejar de hacer.

Simplemente digo eso: que no se atreven.

V

¿Comunidad diferenciada?

Yo mismo he firmado alguna vez algún texto donde aparecía la expresión que ahora critico, más que todo por repetida y por insustancial.

No sé qué ingenio la inventó, con el mejor de las intenciones sin duda, pero ha terminado por ser un lugar común, abusado por unos y por otros, que no merece el honor de la acuñación.

Diferente y diferenciado. No hay objeto en el mundo que no sea diferente de otro. Y todas las personas e instituciones son diferentes. Diferenciada es ya aquella institución no sólo diferente sino que tiene reconocida su diferencia. Y así comunidad política diferenciada es el municipio, la provincia, la mancomunidad... Vizcaya, por ejemplo, es una comunidad política diferenciada dentro de una misma Comunidad Autónoma, que es, en su caso, la del País Vasco, Euskadi o Euskal Herria, para decirlo en los términos del Estatuto Vasco.

Por todo esto decir que Navarra es una comunidad política diferenciada es no decir nada.

¿Es que no basta decir que es la Comunidad Foral de Navarra? Pues, si eso no parece bastar, añádase aquello de «con régimen, autonomía e instituciones propias», como lo recoge el artículo 1 de la Ley Orgánica de Reintegración y Amejoramiento del Régimen Foral de Navarra. O, si se prefieren términos más cotidianos, dígase «con Gobierno y Parlamento propios».

El lector entenderá también, ahora mejor que hace unos cuantos años, la razón de haber preferido, afortunadamente, las palabras Gobierno y Parlamento antes que Diputación y Cortes, como algunos entonces preferían.

Hay expresiones historicistas que no se acomodan bien, por falta de sentido político, a la historia de verdad, a la realidad política en el más extenso sentido de la palabra.

VI

«Si no *condenan* el terrorismo...»

No sé a qué genio político se le ocurrió esta frase, que puede parecer vulgar, ni tampoco cuándo quedó acuñada con tanto éxito. Lo cierto es que ha sido repetida hasta la saciedad, manida y remanida en todos los foros, en todos los medios, en todos los comunicados habidos y por haber.

Un buen día me saltó la duda y pregunté en una de mis muchas «Cartas al director» en *Diario de Navarra*, la sección más leída del mismo, después de los deportes y las esquelas: *¿Y si llegaran a condenarlo un día?*

Recuerdo que de 1979 a 1981, el representante de HB en la Mesa de nuestro Parlamento Foral, con motivo de las condenas institucionales de los *atentados* terroristas (debiéramos haber dicho o escrito *crímenes*), empleaba siempre el verbo *lamentar*, y lo explicaba en el sentido de *sentir*, *dolerse*, *condolerse*... por lo ocurrido: una muerte, una herida grave, una desgracia, un horror, lo que se quiera. Pero nunca pasaba al terreno del juicio, que valora la acción, que la aprueba o reprueba, la premia o la condena. La condena no arregla nada —solía decir—, no resuelve *el conflicto*, no mejora la situación. Es pura retórica, una palabra vacía, una engañifa, un acto hipócrita..., cuando no intentaba él mismo enfrentarnos a nuestra propia responsabilidad, a nuestra propia culpabilidad por no hacer nada más que hablar y perorar sobre un hecho que, por muy trágico que fuese, tenía sus causas cercanas y lejanas, que nosotros, a su juicio, nos empeñábamos en olvidar cuando no ocultar.

Pasaron los años. Seguía oyéndose la cantinela de «*Si no condenan el terrorismo*». La frasecita, tomada como un axioma, servía para dividir dos mundos; fungía de criterio para conceder el sal-

vaconducto democrático, y hasta para hacer posible cualquier acuerdo o pacto político. Tras el monstruoso asesinato de Miguel Ángel Blanco en julio de 1998, hubo un concejal herribatasunero que se atrevió a *reprobar* el crimen y otro llegó hasta pronunciar la fórmula mágica de *condenarlo*. Se repitió la hazaña en algún que otro caso, pero fueron testimonios demasiado borrosos, poco aclarados. Aquellos concejales desaparecieron de la escena política y la audaz excepción no tocó apenas la regla.

Tras el Pacto de Estella, el PNV y EA tuvieron serio interés en que EH (*Euskal Herriarrok*) condenara la violencia para poder llegar a la colaboración parlamentaria con esa fuerza política, sucesora de Herri Batasuna, que les era necesaria para tener la mayoría. La Resolución aprobada por los tres grupos parlamentarios el 18 de febrero de 1999, como verá el lector en el capítulo «Qué *democracia*, qué paz, qué violencia», deja bien claro qué entendían, y entienden, estos tres grupos por todo eso y a qué estaban dispuestos los adelantados de ETA con tal de entrar en la mayoría gobernante.

Ha llegado hasta hoy la sibilina y equívoca expresión. El 1 de junio de 2003, a los dos días del crimen de Sangüesa, donde fueron abatidos por ETA dos policías nacionales, el único concejal de HE (un remedo hábil de EH tras su ilegalización), que dio con su voto anunciado y acordado la alcaldía al nuevo alcalde socialista, hacía público un comunicado mostrando su *rotundo rechazo y condena* del atentado de ETA, así como *de cualquier otra expresión de violencia que atente contra los derechos humanos, procedan de donde procedan*. Si París bien vale una misa, el Ayuntamiento de Sangüesa y la apetitosa concejalía de la Juventud vale también una condena de boquilla, y más si pende la amenaza de ilegalización por el hecho de no condenar un crimen cerca de casa. Por otra parte, *Expresiones de violencia* es ya una frase acuñada en el Pacto de Estella, y en la tradición de las declaraciones de Otegi, Permach y otros intérpretes de la doctrina oficial de ETA *expresiones de violencia* son, por ejemplo, la situación de los *presos vascos*, la misma dispersión, el encarcelamiento de la Mesa Nacional, la presencia de la Guardia Civil y de la Policía Nacional en el País Vasco, la política represora de Aznar, la Ley de Partidos, etc. A eso equivale la forzada *condena* de un atentado de ETA

Pero la frase cuasi sacramental-política surtió efecto una vez más en la ciudad navarra. Una vez escrita y aireada, el nuevo, agradecido, exultante alcalde de Sangüesa equiparó el grupo municipal filial de ETA *al resto de las fuerzas. Lo que pase ahora* —sentenció *pro domo sua*— *cualquier demócrata tiene que aceptar.*

Y colorín-coloráu. Este cuento no ha acabáu.

VII

¿Quién creó el *conflicto*?

Si queremos hablar de conflictos humanos, vayamos hasta Adán y Eva, hasta lo que conocemos de la primera existencia del *homo sapiens sapiens*. Si hablamos de conflictos en el País Vasco y en toda España, hagamos lo mismo.

O, si queremos limitar el tiempo histórico, quedémonos en las tres guerras carlistas del siglo XIX, guerras españolas, con motivos ideológicos, dinásticos, religiosos, sociales, comunes a toda España.

Consecuencia muy directa de esas guerras y de todo un cambio político, ideológico y social del siglo XIX, fue la modificación por los Gobiernos liberales, pactada o no, moderada o radical, de los Fueros de Navarra y de Vascongadas (1839, 1841, 1876), que propició a la vez el nacimiento del nacionalismo vasco a través de Sabino Arana Goiri, un ex carlista e hijo de carlistas muy afectados por la última guerra civil entre carlistas y liberales españoles.

Pero, como los mejores historiadores han puesto de relieve, el nacionalismo sabiniano fue hijo sobre todo de la reacción de la pequeña burguesía y campesinado vizcaínos ante la amenaza que se veía venir por los cambios políticos, económicos y sociales para los Fueros tradicionales (sistema tradicional de vida y gobierno), donde cabe incluir también la religiosidad católica de aquel tiempo, los modos de la vida rural, la lengua vasca, etc.

Con los fueristas, los carlistas y los eukalherriacos, por muy agraviados y recelosos que estuvieran, podía haber habido, como de hecho hubo, un cierto entendimiento, sobre todo tras la puesta en marcha en 1878 de los Conciertos, que fueron punto de arranque del desarrollo económico y social de Bilbao y de Vizcaya.

Ese desarrollo, pionero en España, no se hizo precisamente antes de 1876, cuando las Provincias tenían sus Fueros «intactos», sino ¡varios años después!

El nacionalismo sabiniano, irrealista, extremoso, agresivo, integrista, fanático y xenófobo-antiespañol, que tuvo que echar marcha atrás con la *Liga de Vascos Españolista* en los últimos meses de vida del fundador, exageró, intensificó, exacerbo, sacó de quicio aquel conflicto, un conflicto más en la vida moderna, y lo vinculó a una pretensión peligrosa, irrealista y generadora de mucho mayores conflictos futuros: la independencia de Euskadi, incluyendo pretenciosamente, y contra todo derecho y razón, Navarra y el País Vasco francés.

El nacionalismo sabiniano fue, pues, causa y no efecto del hoy llamado interesadamente por muchos *conflicto vasco*.

El historiador Juan Pablo Fusi ha comparado aquella ruptura histórica, creadora de *conflicto*, con la creación de ETA en 1959, cuando de un movimiento nacionalista vasco social-cristiano, entonces ambiguamente soberanista étnica y culturalmente, pasó a ser un movimiento marxista-leninista-maoísta-guevarista-polpotista, revolucionario y terrorista, paladinamente independentista. Movimiento que no es para nada consecuencia de un *conflicto* sino fruto de una decisión calculada, multiplicadora del conflicto creado por el viejo nacionalismo sabiniano y generadora de otro mucho más cruel y estragador: la independencia y la conquista por las armas de todo el poder en el Euskadi soñado por Sabino Arana Goiri.

No nos vengan, para colmo, a hacer creer que se trata de una necesidad o de una justicia histórica. Se trata de un error querido, estudiado y programado, punto por punto, para hacer cada día más conflictivo el *conflicto*.

VIII

«Los *constitucionalistas*»

Como dije en otra ocasión, es tan negativa, tan vacía, tan ridícula esa seudodefinición de *no nacionalistas*, que algunos prefirieron decir *constitucionalistas*.

Pero este intento de llenar el vacío de identidad, es decir, de ser, es un intento frustrado. Se apela, como se ve, a una norma jurídica básica, que es la Constitución. La Constitución ¿de qué ciudadanos, de qué país? De nuevo se oculta el verdadero sujeto individual y colectivo. Porque, sólo para recordar algo fundamental, esa misma Constitución (española, de 1978) nos dice en su artículo 2 que la Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles.

La identidad legal —racional, dirían impropriamente algunos— se basa en otra identidad radical, que es la voluntad de las personas, de los ciudadanos, de vivir y de convivir en torno a un proyecto común —el *proyecto sugestivo de vida en común* de Ortega y Gasset—: he ahí el pueblo convertido en nación, que hace sus leyes propias. Y esos ciudadanos tienen una inteligencia sentiente, una voluntad tendente y unos sentimientos afectantes, para decirlo de una vez en los rigurosos términos zubirianos. Son personas concretas. Son el pueblo español.

La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado (artículo 1 de la Constitución).

Si no hay pueblo —prioridad al menos metafísica, y casi siempre temporal, como en el caso de España—, no hay Estado, no hay Constitución.

Inútil, pues, andar queriendo evitar la palabra y la realidad de España, de la Nación española, que es el sujeto colectivo, como

personificación de todos los españoles, de esa Constitución, y así aparece meridianamente claro en el Preámbulo de nuestra Carta Magna.

Pero para algunos de los *constitucionalistas* en Euskadi, y en menor medida en Navarra, España y Nación española son un tabú, y muchos de ellos harán todo lo posible por evitarlo, imitando, aunque con otros matices, a sus paisanos nacionalistas-independentistas. Allá ellos con sus patentes contradicciones.

Entendiendo como entienden la Constitución como suprema regla de juego, como *marco* de referencia y de convivencia, su identidad queda falta de referencias reales, vacía de valores reales y cotidianos propios: no bastan los teóricos.

Se encuentran por eso inermes, indefensos ante el despliegue de vitalidad y de recursos del nacionalismo-independentismo vasco, cada día más exigente, más extremoso, más amenazador. Como en los tiempos del pobre Tomás Meabe o Felipe Carretero, el internacionalismo, adobado ahora con un abstracto constitucionalismo, no da para más en su ilusa idealidad, que con frecuencia es también complejo, pusilanimidad y miedo. Están, aunque no lo confiesen, huérfanos de país, de patria, de nación, de proyecto común, de historia y geografía, de vocabulario, y de todos los símbolos comunes, que apelan a una recia realidad comunitaria, como acaece normalmente en todo el mundo. Escribe esa sagaz pensadora que es Edurne Uriarte:

Los constitucionalistas aparecen de esta forma desnudos de proyecto colectivo, de alma; en definitiva, de identidad; tan sólo tienen la fría y lejana Constitución.

¿Cómo van a ganar así unas elecciones? ¿Se imagina alguien que los navarristas y españolistas que nosotros somos, es decir, navarros y españoles, fuéramos por ahí llamándonos, acaso con pudor y miedo, *amejorandistas*?

IX

Por *culpa* de todos

Lo ha dicho Lotina, Y ése, el otro, y el de más allá. Qué pena de ocasión perdida. ¿Cuál? La tregua. ¿Qué tregua? La de ETA. ¿Y por qué? Porque todos podríamos haber hecho algo. ¿Como qué? Y en vez de explicar alguna vez alguien lo que él mismo podía haber hecho, casi siempre se refieren, diciéndolo o no, al «otro», que es siempre el Gobierno de España, y sobre todo España, que es en verdad «el otro», «el enemigo esencial» del independentismo vasco.

¿Como qué? Qué sé yo: acercar a los presos, excarcelarlos, hacer una mesa de diálogo y negociación. ¿Sobre qué? ¿Sobre el empleo, sobre la carestía de la vivienda? ¿No están para eso los Ayuntamientos, los Parlamentos, los Gobiernos? No, hombre, no. Sobre la autodeterminación y así (quieren decir independencia). ¿Qué valen todos los presos del mundo sin esto?

Venimos a parar a lo de siempre. A lo que quiere ETA, la banda terrorista, que proclama una falsa tregua, una tréguala, y, mientras tanto, además de engañar, se arma, se aprovisiona, extorsiona a unos sí y a otros no, incita el terror callejero, amenaza a unos sí y a otros no, etc. Ya se sabe a quiénes.

Y nosotros, mira tú, sin hacer nada. Nosotros, los ahora, al parecer, tan evangélicos, tan penitentes, tan autoflagelantes, tan piadosos pasivos. Todos pensándonos y sintiéndonos ahora culpables, ¿quién lo diría!

La cosa es no echar la culpa a quien la tiene, aunque haya que decir morondangas. La cosa es servir en todo momento a la Santa Madre Patria Vasca. Y, a veces, ni eso siquiera. Si no hubiera armas detrás, no habría miedo a decir las cosas claras, o, al menos, a no repartir la culpa, tontamente, injustamente, absurdamente,

entre todos. Porque hablar de todos es aquí no hablar de nadie;
es no decir nada, en definitiva.

Y así, salvar la piel.

Aunque sea a costa de otros.

X

Demagogia contra imaginación

En la España de nuestros días, como seguramente en cualquier otro país, la demagogia política es el sucedáneo del realismo, su carátula engañosa, su enemigo principal. Porque mientras se sostiene la demagogia, esa mentirosa conducción o intento de conducción de un pueblo, según el *étimon* griego, se huye de la realidad, se enmascara la realidad, se tergiversa y se distorsiona a capricho la realidad.

La realidad, que casi siempre suele volver por sus fueros, a veces llega o se le ve llegar demasiado tarde.

Los demagogos confunden a la vez imaginación con fantasía. Lejanos, como he dicho, de la realidad, se pierden en proyectos fantasiosos, que poco tienen que ver con aquélla. La imaginación, que opera con ideas y proyectos, supone una actuación de la inteligencia y de la voluntad sobre la realidad, y no hace mangas y capirotos con ella. Las seducciones y delirios, que les llenan de euforias inmediatas, se rompen después con estrépito o fracasan nada más ponerlos en acción.

Aunque se consideren muy otra cosa, los demagogos suelen ser muy conservadores, conservadores sobre todo de sus egolatrías, rencores y obsesiones. Sedicentes buscadores de la utopía, suelen defender apuestas burocráticas, empecinamientos en viejas estructuras de poder que a ellos les favorecieron y les sustentaron y que siempre añoran. La añoranza es el revés de la utopía. Se llaman utópicos y no pasan, como se ve, de añorantes.

Voluntaristas, no se dan cuenta que el voluntarismo es el intento infausto de forzar la realidad, que no les sigue, que no se deja comprar ni vender como muchos de ellos.

A estos demagogos, voluntaristas, añorantes, que creen ser dueños de la realidad, porque la confunden con su clientela o sus

intereses particulares, les da igual negociar que romper la negociación, pactar que tirar los pactos por la ventana, dialogar que detener el diálogo cuando les conviene o creen que les conviene (a ellos, no a la sociedad).

Más que prever y preparar la futura realidad (la verdadera imaginación), lo que el demagogo busca en la fantasía es añorar la realidad que fuera un día suya, si es que lo fue, e intentar amarrarla a la herradura servil de sus *affaires*.

XI

1. ¿Qué *democracia*, qué paz, qué violencia?

Nueve veces aparece la palabra *democracia*, como sustantivo o adjetivo, en el texto de la Resolución aprobada por los parlamentarios de PNV, EH y EA en el Parlamento Vasco, el pasado 18 de febrero. En tres ocasiones aparece la palabra *paz*, acompañada de la anterior; así, *escenario definitivo de democracia y paz*, y, por dos veces, en la expresión *un futuro de democracia y paz*.

Tratándose de un *conflicto de naturaleza política* o de un *conflicto político*, expresión que se repite cuatro veces, *democracia y paz* no significan ni más ni menos que la superación de aquél. Ésta es la apuesta de todos los firmantes:

la construcción de un escenario político y democrático en el que se respeten los derechos individuales y colectivos y las decisiones de la sociedad vasca.

En el último párrafo de la Resolución, el famoso «proceso» aparece como un *iter*, en el que se supera el *conflicto* y se llega entonces en Euskal Herria a ese escenario definitivo. Se confirma así mi interpretación. Sólo que aquí se añade el estrambote *con el objetivo de que el sufrimiento existente en la sociedad vasca remita hasta su desaparición*. Lo que tiene poco sentido, porque si existe la paz y la democracia definitiva, no hace falta añadir nada.

Pero había que mencionar, aunque fuera por los pelos, *el sufrimiento*, intentando llenar un inhumano vacío en toda la Resolución, que no contempla para nada las víctimas del *terrorismo*, vocablo horrendo al parecer. ¿Qué sufrimiento es ese? El existente en la sociedad vasca ¿Y qué hay de los atentados, extor-

siones, amenazas, etc. en Cataluña, Madrid, Aragón, Cantabria, Navarra, etc.?

Si no se habla de las víctimas del terrorismo, sí se habla, claro está, de la «política penitenciaria», que debe aplicarse según los principios recogidos en dos acuerdos parlamentarios, lo que *humanizaría una de las consecuencias del conflicto que todos debemos superar*.

Me recuerda éste aquellos textos nacionalistas de la Transición —convocatoria de Vergara, Echarri Aranaz, etc.— en los que se elogiaba a los heroicos hijos del Pueblo vasco, que no habían hecho más que responder con su violencia revolucionaria o patriótica a la violencia institucional, lo mismo que cuarenta años antes. *Una de las consecuencias del conflicto* son, como se ve, los presos de ETA, cuya situación se quiere humanizar. Las demás consecuencias y situaciones ni se citan siquiera.

Una consecuencia del conflicto. ¿Qué mejor manera de justificar, o de velar, pasar por alto, alejar... la barbarie de treinta años?

Así pues, en Euskal Herria —¿qué Euskal Herria, la del Estatuto de Autonomía, o la imperial?— no habrá *paz y democracia* hasta que se supere ese *conflicto político*, que ni se define ni se describe. ETA ya se encargó de hacerlo en su primer comunicado.

Tomen nota todos los que, desde sublimes concepciones a interesados panfletos, andan por ahí llenando páginas y ratos de ocio, como si aquí se hablase de la paz de la que hablaban Santo Tomás de Aquino o Aristóteles.

Ya lo habían cantado aquellos *bertsolaris*, aquella mañana del 17 de enero de 1977, en Echarri Aranaz:

No habrá paz si al Pueblo vasco no se le deja en paz.

Superar, pues, ese *conflicto* y llegar a *un marco de convivencia democrático* (¡no como éste de ahora!), *que, superando los viejos esquemas y clichés, permita habilitar instrumentos democráticos para dirimir las diferencias y encuentre los cauces adecuados para plasmar su voluntad y capacidad de decisión* es lo que buscan esas *formaciones políticas, sociales y sindicales* (expresión que se repite dos veces), componentes del Pacto de Irlanda y firmantes del *Lizarrako Akordioa*. Un *escenario político nuevo para Euskal Herria*.

Tan nuevo, que ni siquiera se cita el Estatuto de Guernica, y, no digamos, la Constitución Española y el Tratado de la Unión Europea!

A nadie se le oculta, por otra parte, las *dificultades* que todo esto entraña.

Pero no, no son tan graves, como nos parecen a muchos, esos *episodios de violencia de distinto signo que todavía se producen en nuestro país*.

De distinto signo siempre ha significado en la literatura nacionalista-independentista la «violencia institucional» y la violencia que a ella responde. Casi al final de la Resolución, se insiste en la consolidación de la *convivencia democrática*, evitando *cualesquiera actuaciones (actitudes, acciones) y reacciones vulneradoras de derechos individuales y colectivos, por no corresponderse con actitudes y métodos de naturaleza democrática*. Actuaciones y reacciones, derechos individuales y colectivos: siempre a la par el Estado opresor y la respuesta de los oprimidos, por equivocados que estén. No se puede liberar de esta esencial dualidad un nacionalismo exasperado y axiomático, que por eso tiene que ser independentista.

El día en que escribo, el coordinador de la Mesa Nacional de HB, Joseba Permach, confirma una vez más, entre miles, lo que vengo diciendo. Califica él los sabotajes contra edificios públicos y cargos del PP y del PSE-EE de *violencia de respuesta a la violencia originaria* de los Estados español y francés. Siempre lo han entendido así.

El tercer punto del acuerdo de la Resolución «señala» que en el inicio de tan complicado proceso no existen *situaciones perfectas* (un modo más de quitar importancia a la violencia actual). *Pero siendo el conflicto de naturaleza política*, los firmantes apuestan por que el proceso de negociación y resolución se realice *en unas condiciones de ausencia permanente de todas las expresiones de violencia*.

Aquí, en esta copia del Pacto de Estella, han querido ver algunos no sé qué de nuevo y de audaz. Nada de eso. El mismo Permach incluye en *todas las violencias* la situación de presos de ETA, la dispersión, y el encarcelamiento de la anterior Mesa Nacional.

No otra cosa hace la Resolución parlamentaria, que en su párrafo quinto cita, frente al esfuerzo nacionalista por llegar ese dichoso *escenario político nuevo*, la *absoluta paralización* del Gobierno español y de *determinados sectores políticos*, empeñados en su *enfrentamiento, bloqueo y falta de voluntad*; la *oposición frontal* a cualquier iniciativa de *la sociedad vasca*, y el mantenimiento de *situaciones de ilegalidad* (clara referencia a los presos). He aquí, pues, unas muestras de esos *episodios de violencia de distinto signo*.

Añadamos otro «episodio» citado en el punto 1 del acuerdo: *el clima de crispación que se pretende instalar en la llamada clase política y mediática*, achacable, cómo no, a España, a los políticos y periodistas españoles, mientras se silencian todas las fechorías de los grupos violentos independentistas.

Pero hay más. Durante todos estos años hemos venido oyendo y leyendo lo que muchos de los firmantes de esa Resolución entienden por *expresiones de violencia*: la misma Constitución española y, en general, las leyes españolas que afectan a Euskadi; los poderes constitucionales del Ejército; la presencia en Euskadi o Euskal Herria de las *fuerzas de ocupación*: Guardia Civil, policía, jueces, fiscales... ¡Quién sabe si también la misma presencia del PP, PSE, UA, cuando no *respetan los derechos individuales y colectivos y las decisiones de la sociedad vasca!*

* * *

POSDATA: *¡Qué paz ni que leches!* —parece decir ETA en su último comunicado de 24 de febrero—. Harta, sin duda, de oír y leer a políticos de una u otra laya, comentaristas, contertulios, obispos, pacifistas... hablando y escribiendo del proceso de paz, de la paz, *una paz aséptica, una paz presunta...*

Quieren hacer creer —sermonea ETA— *que estamos en un proceso de negociación con la paz como objetivo, en lugar de un proceso de construcción nacional.*

¡Por si alguna evidencia faltaba!

2. ¿Demócratas de toda la vida?

Es un lugar común abusivamente utilizado por muchos, uno de los más comunes entre políticos. Hablan de sí mismos o hablan de sus afines como demócratas de toda la vida, de toda la vida defensores de la libertad, o de las libertades, como ahora suele decirse.

Hace unos meses asistí en una universidad navarra al homenaje a dos grandes poetas españoles, militantes comunistas en diverso grado por los años 30, y en ningún momento los profesores intervinientes, españoles y extranjeros, dejaron de presentarlos como finos demócratas y aguerridos defensores de la libertad y de las libertades, ante el asombro de unos pocos participantes, que conocíamos la historia de España.

Porque es el caso que hasta bien entrados los años 50 ó 60, la mayoría de las formaciones políticas, que con frecuencia se jactan de todo eso, defendían muy diferentes posiciones y objetivos en las contiendas de sus partidos, sindicatos y asociaciones. No faltan quienes se han quedado todavía en las trincheras de las primeras décadas del siglo xx.

Y esto podemos decirlo de personas y formaciones que se llamaron de derecha, de izquierda o de centro, que luchaban en otros tiempos, por ejemplo, por el Reinado social de Jesucristo, los derechos de la Iglesia, la Monarquía legítima, la Patria, el Estado Nuevo, la Revolución Nacional-Sindicalista, la Reforma Agraria, la Revolución Social, la Revolución Soviética, la Dictadura del Proletariado, la Conquista del Poder para los obreros y campesinos, el Comunismo Libertario, y cosas por el estilo. No por la democracia, ni por la libertad y las libertades de todos.

Pero suele ser la llamada Izquierda española la que sobresale en el intento de apropiación retrospectiva de la democracia y la

libertad. Un ejemplo entre muchos. El día 3 de mayo de este año, a pocos días de las elecciones autonómicas, nada menos que José Luis Rodríguez Zapatero arremetía en Jaén contra la referencia hecha por el presidente del PP a la candidatura de Adolfo Suárez Illana en Castilla-La Mancha y comentaba:

Los socialistas, para reconocernos, no tenemos necesidad de buscar nuestros antecedentes o antecesores. Nosotros llevamos 124 años luchando por los mismos valores.

Es una nueva, más concreta, versión del habitual estribillo triunfalista de que los partidos y movimientos llamados de izquierda han luchado desde tiempo inmemorial, desde siempre, por la libertad y la democracia. Por los mismos valores de ayer y de hoy.

¿Los mismos valores? Eche una ojeada el lector al *Programa Máximo*, que ha durado hasta hace bien poco y vea si son los mismos valores que los del actual socialismo democrático europeo. Y dejando a un lado a los fundadores del PSOE, muy siglo XIX, repásese la lista de los que fueron marxistas a la antigua usanza hasta la llegada de la Segunda República y aún mucho más acá; escribieron y aprobaron la Constitución sectaria de 1931, y pretendieron hacerla todavía más; prepararon el golpe antidemocrático y sangriento de Asturias en 1934, y estuvieron dispuestos a todo desde finales de 1933, una vez perdidas las elecciones a Cortes de ese año.

Vea Zapatero si sus valores son los mismos de Largo Caballero, Araquistáin, Álvarez del Vayo, Negrín, Carrillo, etc.

Y para prueba baste un botón tomado de un autor navarro, que no es «de derechas» precisamente. Reproduce en las páginas 242-246 de su libro *Luchas de clases en Navarra (1931-1936)* —a menudo unilateral, cuando no sectario— la proclama de Alianza Obrera de Pamplona para la «insurrección de octubre» de 1934, constituida fundamentalmente por el PSOE y la UGT, con la colaboración del Partido Comunista de España, Izquierda Comunista, Partido Sindicalista, CNT e Izquierda Republicana.

Tras comenzar afirmando que *la clase burguesa representada por el Botas* (Alcalá Zamora, presidente de la República), *Lerroux*

(presidente del Gobierno republicano), *Gil Robles* (presidente del partido más votado en España) y *demás canalla* (...) *se decide sanguinariamente por la dictadura fascista, incorporando en las poltronas ministeriales a los perros vaticanistas de Acción Popular* (el partido confederado de Gil Robles), expresan claramente sus propósitos, en consonancia con sus correligionarios de toda España:

Vamos a la conquista del Poder para los obreros de la ciudad y del campo y al establecimiento de un régimen colectivo que al igual que en la Unión Soviética dé a los ciudadanos paz, bienestar y trabajo. (...) ¡Todo el Poder para los Obreros y Campesinos!

¿Los mismos valores? Quiá, hombre, quiá.

Todos somos demócratas con fecha fija. Todos somos demócratas muy recientes, y, ay, siempre en trance de mayor democratización.

XII

¿Deslegitimación y violencia?

Entre los méritos del libro «Violencia política en la España del siglo xx» —carlistas, anarquistas, monárquicos, alfonsinos, socialistas, comunistas, anticlericales, fascistas y falangistas, patronos, sindicalistas, militares, nacionalistas de ETA— están las sagaces reflexiones del director de la publicación, el historiador y comentarista político Santos Juliá. Por cierto, y siento decirlo, el estudio del navarro Florencio Domínguez sobre la *violencia nacionalista de ETA* me parece uno de los menos acertados.

Recuerda Juliá, y añado yo lo que él no dice, que desde la caída del Antiguo Régimen y la revolución liberal el Estado español nunca había gozado de una legitimidad generalizada. Ni durante el reinado de Isabel II ni el Sexenio, ni tampoco durante la Restauración, que fue incapaz de conquistar la legitimidad entre los partidos excluidos del turno de gobierno y entre los movimientos obreros e intelectuales.

A la Segunda República, con una Constitución sectaria y con enconos sectarios desde casi el comienzo, le faltó también desde el comienzo el apoyo de quienes se sintieron alejados o perseguidos por ella. No hablemos de la Guerra Civil y de la posterior dictadura franquista. Civiles y militares, fuerzas denominadas de derecha o de izquierda han solido lanzarse a la insurrección para conquistar todo el poder y excluir a sus competidores, aunque pasado un tiempo sólo recuerden la insurrección... de los otros.

Algunos años después de la tragedia comenzaron unos y otros, aunque con fuertes resistencias dentro de cada bando, a preparar la reconciliación nacional y se comprometieron, incluso formalmente, a renunciar a toda violencia.

En julio de 1977 antiguos enemigos de contienda, ahora diputados, proclamaron en las Cortes su voluntad de superar los residuos de la Guerra Civil, y lo repitieron después de mil maneras. En la explicación del voto al proyecto constitucional la misma idea-fuerza saltó una y otra vez de la boca de todos.

Jordi Pujol, por ejemplo, exaltaba el consenso frente a una tradición de enfrentamiento, *donde el trágala y no el acuerdo ha sido habitual en la vida colectiva*. Y Xabier Arzallus, aun exponiendo las razones de los parlamentarios peneuvistas para no votar favorablemente el texto constitucional, aseguraba que iban a continuar impasibles *por la vía democrática de la verdad y del respeto, sin tentación alguna hacia la violencia y hacia la coacción utilizando los cauces democráticos que la misma Constitución nos ofrezca*, confirmando al mismo tiempo que en el reconocimiento y defensa de los derechos históricos propuestos por su grupo *no había ni intención autodeterminatoria ni de quitar el techo constitucional ni de salirnos de la Constitución*.

Aprobada la Constitución, con la abstención del PNV, ETA comenzó su más virulenta campaña terrorista, en nada parecida a las anteriores. Señal de que la Constitución democrática era mucho más terrible enemigo para la banda que las Leyes Fundamentales de Franco. Otros grupos nacionalistas exasperados imitaron a la mafia independentista vasca en Cataluña, Galicia y Canarias, pero pronto fueron reducidos al silencio y al ridículo. Grupos llamados de ultraizquierda y ultraderecha se añadieron al corro macabro, pero más tarde o más temprano tuvieron el mismo fin.

Por vez primera en muchos años se había conseguido en España una legitimidad política, que iba a ser ratificada y profundizada por las sucesivas consultas electorales. El único régimen construido sobre un consenso social y político generalizado desde 1812.

Pero pronto el PNV cambió su aparente lenguaje y su aparente actitud oficial y oficiante y se dejó arrastrar por el mensaje político de ETA, un rival de tomo y lomo en el propio patio, y comenzó a dar serios disgustos al partido de Suárez y al de Felipe González, que habían sido sus «generosos» valedores en la redacción y votación del Estatuto Vasco en 1979. Para quienes asistimos estupefactos a la campaña brutal y sarcástica de los peneu-

vistas contra la Constitución española y contra todos los que la defendíamos, lo que nos venía encima no era ningún secreto. Una cosa eran las retóricas palabras de Arzallus en el Congreso para ganarse los ánimos de quienes habían de votar el próximo Estatuto, y otra sus hechos y sus consignas para los hechos siguientes.

Acabamos de ver, como espectadores de una tragifarsa, el penúltimo capítulo de las relaciones de PNV-ETA, con el Lizarrako Akordioa, la tregua-trampa, la nueva matanza y el fracaso estrepitoso del Gobierno pelele de Ibarretxe, Pero sigue sorprendiéndome el silencio, un sí no es ignorante, indiferente o cómplice, de buena parte de los comentaristas y de casi todos los políticos sobre la deslealtad de otros partidos nacionalistas.

Veinte años después de la sesión parlamentaria antes citada, cuando el PNV estaba a punto de llegar o había llegado ya al increíble acuerdo secreto con ETA, que le llevaría al pacto con HE dos meses más tarde, se llegaba en Barcelona (16 de julio de 1998), y no por casualidad, a otro acuerdo o pacto entre el Partido Nacionalista Vasco, Convergencia i Unió y Bloque Nacionalista Galego (la vieja *Galeuzca* republicana).

Hogaño es buen año, debieron de decirse los cuatro partidos, hechos una pella. Un sucio y felón golpe bajo al pacto constitucional de 1978, llevados por la deriva del PNV, arrastrado a su vez por ETA, haciendo de telón de fondo, amparo y propaganda al Foro de Irlanda y al Pacto de Estella.

El «texto del trabajo» que acompaña a la Declaración de Barcelona no se anda en chiquitas y dice claramente lo que aquella intenta adulciar arteramente. El proceso del actual Estado de las Autonomías (impropia expresión) no es más que una *descentralización política y administrativa*, por lo que los partidos firmantes proponen *suspender el actual marco constitucional y avanzar en la conformación institucional y política de un Estado plurinacional* para iniciar un proceso de «construcción nacional» de sus respectivos países. Es decir, un proceso de deconstrucción nacional española. Nada más y nada menos. Dos meses después, Jordi Pujol, dando por agotado el Estado autonómico, como lo habían hecho sus amigos en Euskadi, proponía en un debate de política general en el Parlamento de Cataluña la apertura de un proceso constituyente.

Los «declarantes» de Barcelona siguieron, semestre tras semestre, declarando, que no aclarando, con todos los eufemismos, disfraces, dobleces y hasta cencerros tapados que se quiera, la primera Declaración de Barcelona en Bilbao, Santiago, Vitoria, etc., dando alas y legitimación al PNV. Mientras deslegitimaban alevosamente —¡negando, en su caso, tal deslegitimación!— el pacto constitucional español. Y todo ante el silencio vidriado, comprensivo cuando no aprobatorio, de Pasqual Maragall y de otros dirigentes del PSC-PSC(PSOE). Cuando la Declaración pide un *Estado plurinacional de tipo confederal*, muchos —incluidos muchos políticos— que no distinguen entre confederal y federal, se quedan tan anchos, cuando ¡un Estado confederal, que hoy no existe en ninguna parte del mundo, no es un Estado, sino varios Estados!

No eran, pues, humo de pajas ni sólo lenguaracerías lo que Jordi Pujol o su esposa Marta Ferrusola, o Durán i Lleida iban diciendo sobre la no existencia de España o de la Nación española, o las resoluciones del Parlamento Catalán sobre el derecho de autodeterminación, o las proclamas independentistas de las Juventudes de Convergencia, o la propuesta aprobada por el reciente congreso de Unió a favor de la independencia de Cataluña. ¡Y todos tan formales, tan amigos, tan necesarios para la «gobernabilidad» (¿en vez de gobernación?) del Estado!

Lo cierto es que siempre que se ha promovido la deslegitimación del Estado en España se ha fomentado la violencia política. En tiempos de Alfonso XIII, en la República, al fin de la dictadura de Franco y durante la Transición. Mediante el pacto con ETA y EH, el PNV se excluyó del consenso democrático. Por ese mal camino intentó llevar a los partidos firmantes de la Declaración de Barcelona, de cuya vigencia actual «discuten los autores». Pronto veremos si la aparente «congelación» es un nuevo ardid o el reconocimiento implícito de un inmenso error.

A dónde puede llevar la deslegitimación del Estado constitucional, incluidos los Estatutos que nacieron de él, junto con la múltiple estrategia soberanista-independentista, *es una cuestión abierta* —escribe Juliá—, *que impide suprimir los signos de interrogación cuando llegamos al fin de esta larga historia de la violencia política en España.*

XIII

1. Ese cuento del *diálogo*

Mientras la Conferencia Episcopal Española condena una vez más *de forma tajante y sin paliativos* (¿qué será eso, Dios santo, quién piensa ahora en *paliativos*?) el doble crimen etarra de Santa Pola, el presidente autonómico vasco Ibarretxe, cada vez más gesticulante y con titubeos de dirigente pusilánime (alguien, castizamente, diría de «cagarria»), apela de nuevo, *ad nauseam*, a la *sensatez* y al *diálogo*.

Diálogo (palabra griega compuesta de *diá* y *légo*, «decir entre», conversación entre dos o más personas) sólo es posible, si hay naturalmente *lógos*, palabra clave en lengua griega y en todas las que del griego se derivan, y que quiere decir: razón, inteligencia, juicio, pensamiento, proposición, definición, argumento, razonamiento, expresión..., y todo lo que dice relación esencial con ello.

Así que, si no hay *lógos*, no puede haber *diálogo*. Tampoco puede haberlo, si en vez de ser una conversación entre, a través (*diá*) de dos o más personas, la conversación es de uno *contra* (en griego, *antí*) otro o de unos contra otros. Habría en ese caso *antilogía*, *anti-tesis* (y hasta podríamos inventarnos el voquible «antílogo»), pero no *diá-logo*.

Ya se ve a primera vista que alguien que quiera dialogar con un arma en la mano o debajo de la mesa, con intención de imponer su voluntad, no puede dialogar. O, si alguien, sin atender a razones, quiere a toda costa imponer su tesis, aunque no sea por las armas sino por cualquier presión, intentando rendir al enemigo (que no interlocutor), tampoco puede decirse que dialogue. Podrá ser eso trato, treta, ardid, argucia, artimaña, astucia, cháchara, charla, palique, garla, parloteo..., pero no diálogo.

Con los fanáticos, *abernazis* o no, y más si están armados —muchos los llaman neciamente «radicales»—, no hay diálogo posible. Ellos, por definición, no pueden dia-logar. No pueden buscar la verdad: ya la tienen. No tienen por qué preguntar nada ni sobre nada: ya lo saben. Su verdad absoluta es por fuerza una verdad excluyente de cualquier otra, de cualquier otra idea o propuesta que pretenda ser verdad, porque la verdad es una y es la suya. Todo lo demás es error, error peligroso, al que hay que cerrarle el paso, al que hay que perseguir y eliminar. Y no sólo al error sino al que «yerra», como en el caso de todos los terroristas

Parece mentira que haya aún almas cándidas, almas de cántaro, que sostengan la utilidad y hasta la necesidad de entablar diálogos con grupos armados, grupos terroristas, con asesinos que vomitan metralla y odio. O con sus representantes («brazos») políticos, falsos dialogadores, lobos con piel de oveja, o al menos fieles mastines, que tienen como sus amos el mismo concepto de verdad y el mismo horror al diálogo verdadero.

Con ellos se podrá intentar un trato urgente para evitar males mayores, como ha ocurrido una y otra vez en Colombia, o para ver de plantearse, en caso del cese del terrorismo, la entrega de las armas o el destino de los viejos sicarios, lo que con tan buena intención como rotundo fracaso se ha intentado varias veces en España en relación con ETA. Pero eso no es un diá-logo. Antes lo llamaban «contacto».

Lo que pasa es que los fanáticos, los absolutistas, los esquemáticos, los maniqueos (que dividen el mundo en dos, en bien y mal), incapaces de análisis, dudas, distinciones, matices o contrastes e insensibles a todo aquello que no sea su verdad, su estrategia, su táctica o su consigna, suelen tener una enorme influencia, y hasta una gran fuerza de seducción sobre muchas gentes simples o pícaras, carne de famulicio, poco aficionadas a pensar por su cuenta y a decidirse por propia voluntad, y que prefieren esa manera brutal de pensar y actuar de los fanáticos, que todo lo ven claro y todo lo deciden de inmediato, incluida el asesinato del disidente, del rebelde, del enemigo.

Los lemas de los fanáticos suelen ser los más sonoros y los más fáciles de aprender. Sus signos, los más repetidos y visibles. Su programa es simple como sus mentes o como sus miedos, y como

las mentes y miedos de sus secuaces. Bajo la férula férrea de estos dictadores, y más si están armados, se está más seguro, claro, que bajo la protección siempre teórica y mucho más blanda de los que hablan y hablan, dudan, disputan, cambian, se desdicen, se dividen, y sobre todo suelen defenderse y defender peor, y que se llaman «demócratas».

A menudo las ideas son tan frágiles, algunas tesis y doctrinas son tan anacrónicas o tan reaccionarias, que quienes las sostienen tienen que echar vehemencia, fiereza o amenaza al subproducto para poder exhibirlo y, no te digo nada, colarlo. ¿Cómo puede defenderse, por ejemplo, dentro de un Estado democrático, que un país, región, comunidad, que en él vive y convive hace siglos, por el solo hecho de que tres partidos políticos lo imaginen «pueblo» (*sic*) desde la prehistoria, pueda decidir en cualquier momento lo que quiera y como quiera, poniéndose las leyes comunes por montera? Sería volver no ya al Antiguo Régimen, en el que eso mismo fuera inconcebible, sino tal vez al siglo VII d. C. y, para mayor seguridad, unos siglos antes, antes de la llegada de los romanos, por si acaso. Es decir, a la misma prehistoria.

En esas y en otras ocasiones, más a menudo de lo que puede parecer, la arrogancia de los fanáticos no suele ser más que una muestra patente de su inseguridad. No están seguros de que el pueblo, al que dicen representar y por el que dicen combatir, esté con ellos. No están seguros de que sus lemas, tan simples, y sus propuestas, tan contundentes, tengan ni fulcro histórico, ni enjundia política, ni cohesión jurídica. Y de que internacionalmente puedan tener apoyo alguno. Lo que tienen es miedo. En el fondo de muchas fanfarronas jactancias, proclamas presuntuosas, implacables condenas o cantinelas axiomáticas, no hay más que un miedo profundo a encontrarse con sus hondas contradicciones, con sus íntimas debilidades, con sus propias mentiras y... con las verdades de sus execrables enemigos.

Como buscan su propia seguridad y lo que pretenden es confirmar a cada paso sus inestables convicciones, viven en estado de sitio de su propia autodefensa, en alarma perpetua y nerviosa, por lo cual atacan furiosamente a todos los que puedan un día desenmascararles, al quitarles su careta falaz y denunciar su inhumanidad tenebrosa.

Fanáticos; conservadores furibundos de su fanatismo esquemático; tradicionales de su tradición maniquea, sin la cual no saben ni discurrir ni vivir; inseguros en su inteligencia simplezca, de simplismo feral y violento, aborrecen el diálogo como pocas cosas en la vida. Es lo más opuesto a su ceguera y sordera frente al mundo exterior, a su insensibilidad a todo aquello que no sea su mundo imaginario.

El diálogo que a menudo propugnan no es más que un reclamo engañoso, una trampa saducea y un señuelo falaz. En primer lugar para su propia propaganda, que intenta atribuirse un valor común del mundo civilizado al que no pertenecen. Y luego para ganar tiempo en su táctica de lucha binaria sin descanso por medio de la falacia y de la fuerza.

Cuando alguien, temerario o débil, les regale la anhelada posibilidad de un falso diálogo, aprovecharán el viaje para decir, pregonar, proclamar, exigir amenazando, el mismo fantoche, el mismo fetiche, los mismos monstruos, confeccionados de odio y de mentira.

2. Frente a ese diálogo y esa paz

Edurne Uriarte, la famosa profesora de Ciencia Política, de la Universidad del País Vasco, perseguida y acosada por ETA, escribe en un periódico nacional resonantes artículos; el último, uno de los más finos análisis que he leído, se titula *La perversión de los conceptos de diálogo y paz*.

¿Por qué esa perversión? Porque esos conceptos de *diálogo* y *paz* están actuando de gasolina que activa el fuego de los terroristas. Porque contribuyen al mantenimiento de la inicua equidistancia entre asesinos y víctimas. Y porque mantienen la confusión social sobre la actitud y actuación debidas frente al terrorismo:

1. Por algo ETA ha utilizado de continuo y desde el principio esos dos conceptos. Mientras se hable de *diálogo* como solución al terrorismo, ETA sabe que puede seguir matando porque al final habrá *diálogo* y con él una contrapartida al cese de sus crímenes. Y cuanto mayores sean éstos, la contrapartida podrá ser mayor. Y si la sociedad habla tanto de *paz*, sin más, es que está de acuerdo en que aquí hay una guerra, o al menos guerrilla, dos enemigos militares, tan legítimo uno como el otro, y no una sola banda de matones mafiosos.
2. Si lo más importante es el *diálogo* y la *paz*, quiere decir que los que no dialogan con los terroristas, incluidas sus víctimas de todo tipo, son también culpables de no acceder a firmar *la paz*.
3. Si todas las ideas antidemocráticas, incluidas la idea del crimen, del secuestro y de la extorsión, son dialogables en un sistema democrático, y si lo más democrático y humano es dialogar con los asesinos, y las víctimas de ETA son, por otra parte, uno de los bandos de la guerra,

junto al Gobierno de España, el PP y el PSOE, ¿por qué hay que luchar, y menos de manera primordial, contra el terrorismo de ETA?

Por todo esto ETA habla preferentemente de *diálogo* y de *paz*. Y junto a ella, como subraya Uriarte, *los nacionalistas, los equidistantes* entre ETA y sus víctimas, y *los exquisitos*, que pretenden eludir un compromiso claro frente al terrorismo.

Por eso, también, lo mismo el grupo de intelectuales catalanes, contrarios al Pacto del PP y el PSOE, que Gerry Adams, incapaz de condenar a ETA, o el presidente Ibarretxe, o el vicario Pagola... hablan de *diálogo, diálogo, diálogo*, esa cantinela fácil y sin riesgos, sin decirnos más sobre él (cuándo, cómo, con quién, para qué...)

Eduarne Uriarte concluye que frente a tanta confusión, indecisión y cobardía, ha llegado la hora de sustituir *diálogo y paz* por *justicia y libertad*. *Justicia*, porque las democracias no dialogan con los criminales sino que los persiguen y los juzgan, mientras protegen a los amenazados y perseguidos por aquéllos. Y *libertad* en vez de *paz*, porque aquí no hay ninguna guerra y sí una banda terrorista y aterradora que quiere acabar con todas nuestras libertades.

¿Cuándo, Dios mío, aprenderán algunos pacifistas, algunos eclesiásticos, algunas gentes de buena voluntad (no hablo de los pillos e interesados) que todo texto significa lo que el contexto (político, cultural, filosófico, social...) le hace significar? ¿Por ejemplo, las palabras *diálogo y paz*? ¿Cuándo acabarán de desengañarse para no seguir engañando, sin querer, a los demás?

XIV

«Del *Ebro* para abajo»

Pensaba yo que los latiguillos nacionalistas vascos *del Ebro para abajo y del Ebro para arriba*, habían pasado a la historia, como más propios de los jacobinos franceses, que redujeron los nombres históricos de las regiones de Francia a nombres departamentales procedentes de montes y ríos: Alpes, Pirineos, Loira, Sena, Rin...

Pues no. Hace pocas fechas el Presidente del PNV volvía a las andadas: *Todo el mundo, del Ebro para abajo, está contra nosotros*, llegó a decir a la agencia Reuters. Dejo ahora a un lado la falsa generalización, propia de totalitarios, que dice *todo el mundo* intentando abarcar a todos sin distinción, o que mete en el «nosotros» a todo el mundo, en este caso del País Vasco, creyendo que todos piensan y actúan como él. Y dejo también, aunque sea mucho dejar, si ETA-Batasuna tendrá algo que ver con todo esto.

Lo más curioso del caso es que el Presidente del PNV, igual que todos los que emplearon el latiguillo, no sabe una geografía elemental. Algunos comentaristas se han reído de él pensando que quería decir que todos los que estaban *del Ebro para arriba* —Cantabria, La Rioja, Aragón, Cataluña, etc.— eran de los suyos. Más significativo es que el presidente de un partido que no deja de incluir Navarra por las bravas en escudos, mapas, partes meteorológicos, declaraciones, resoluciones y proyectos de futuro político, deje fuera sin más ni más a poblaciones navarras tan importantes como Castejón, Corella, Cintruénigo, Fitero, Tudela, Murchante, Fontellas, Cascante, Ablitas, Barillas, Tulebras, Monteagudo, Ribaforada, Buñuel y Cortes, por el solo hecho, al parecer, de que estén *del Ebro para abajo*.

A no ser que piense que están ya perdidas para la causa de la integración vasca (*la territorialidad*) y la independencia (*la soberanía*).

O crea de veras que, por ejemplo, en Arguedas, están con «ellos» más que en Castejón, en Fustiñana más que en Ribaforada, etc., por el solo hecho de estar a un lado u otro del Ebro.

¿Qué tendrá el Ebro, cielo santo, para dividir de manera tan drástica a los amigos y enemigos del Presidente del PNV? El mapa histórico de los vascones no estaba dividido por el Ebro, y menos cuando Calahorra era la *ciudad vascona* por excelencia.

¿O es que Arzallus se ha olvidado del mapa de Euskal Herria, en lo que toca al *herrialde* navarro?

XV

La necesaria *equiparación*

Todavía hay quienes siguen admirándose de que los líderes independentistas vascos y quienes les sirven equiparen al Gobierno español con ETA, a los terroristas con los antiterroristas, a HB con el PP y con el PSOE, etc.

No tienen otro remedio. El día en que acabe la equiparación, se acabó lo que se daba: lo que se daba (y se da) por bueno, por legítimo y hasta fundamental (por fundante), que es, ni más ni menos, desde el segundo Sabino Arana Goiri, que España es el mal por excelencia; el enemigo nato de Euskadi (ahora Euskal Herria); la antítesis y la contradicción suprema para todo buen patriota vasco.

Esto dicho, fijado, aprendido, repetido, internalizado y externalizado como un axioma —algo evidente e indemostrable—, lo demás es coser y cantar: coser siempre el mismo silogismo a los acordes del himno patriótico-antipatriótico.

Pero decir y repetir el principio teórico no bastaría. Hay que decirlo, con mejor arte y más sutil demagogia, acomodándose a las circunstancias. Y así, un día, el mal, el mal-España se encarnará en Cánovas; después en Sagasta, Maura, Dato o Primo de Rivera; en la República (Azaña, Lerroux, Gil Robles), en Franco (Rodezno, Lequerica, Areilza, Bilbao, Arrese, Iturmendi, Oriol, etc.), en la Constitución del 78, en Fraga, en González, en Aznar, el PSOE, el PP, UGT, CCOO, la Guardia Civil, el Ejército, la bandera española, la selección nacional, Mayor Oreja..., en... lo que pueda representar a España como el mal, como el enemigo, como la antítesis o la contradicción.

Cualquier mal es menor que ese supremo mal. Ningún mal —ETA, el terror, la extorsión, el secuestro, el asesinato— puede

comparársele, y menos si proviene de Euskadi, del seno de la patria, de los sótanos del nacionalismo. Los comentaristas suelen repetir la frase de Egibar, el segundo dirigente del PNV, cuando dijo aquello tan sublime, *Temo más a España que a ETA*. Un resumen precioso de toda una historia, de toda una política llevada a cabo desde la dirección independentista, a la vez que se aprovechan, claro, de todas las ventajas económicas, políticas y sociales de su inserción en España, incluida la de poder medirse contra España, reforzando así la frágil identidad que necesita un enemigo permanente para poder subsistir.

Nada más cierto que preferir ETA a España. ETA es mucho más débil, mucho más provisional y perecedera que la Nación, la Patria, el País y el Estado que se llama España. ETA es un aliado decisivo en ocasiones, con el que se puede acordar y pactar. ETA es un *hijo descarriado*, que puede volver al carril. Un *hijo pródigo* en derroches de odio, mentira y muerte, que un día puede volver a los brazos misericordiosamente paternos y sabinianos del PNV. Una fuerza popular, aunque esté armada, con la que se cuenta para mantener la mayoría política y social en cualquier ocasión apurada. Para intentar deshacerse del enemigo número uno que es España. Sin España, sin la contra-España ¿qué sería del PNV independentista, radicalizado, agresivo, demagógico, siempre airado, insaciable de poder, aislado internacionalmente, sin posibilidad alguna en la Europa de los veintitantos Estados nacionales?

El día en que España, sus símbolos —propios o atribuidos—, sus representantes —dignos o indignos— aparecieran, no ya como el bien, sino tan sólo como el mal menor, ese día el principio del nacionalismo (independentismo) dual, dilemático y contradictor, antagónico y antitético, estallaría en pedazos.

Y eso no, nunca. Eso está por encima de todo. Es un axioma. Y axioma vital y vitalicio. Por encima de cualquier moral, tan manejable por otra parte. Porque eso se tiene por moral (de *mos-moris*: costumbre), por moral suprema.

XVI

Antiespañoles-españoles

Cuenta José María Calleja en su último libro, estremecedor, y riquísimo en noticias, *Arriba Euskadi* (Premio Espasa Ensayo 2001) que los vascos son los ciudadanos de España que en una proporción más elevada tienen su segunda residencia fuera de la comunidad en la que viven la mayor parte del año.

Suelen comprar esa residencia en Cantabria, el norte de la provincia de Burgos, La Rioja y Jaca, Marbella, el Levante español, la costa catalana y Cádiz, por este orden.

En Marbella, según Calleja, noticia ya muy sabida, se compró «dos imponentes viviendas» el ex presidente José Antonio Ardanza, el del «ámbito vasco de decisión». El autor relaciona también en el título del capítulo a Garaikoetxea con Marbella, pero luego no precisa más.

En Cantabria, paraíso que han elegido y eligen para veranear, finsemanear y hasta vivir de continuo, miles de vascos, sobre todo vizcaínos, y cientos incluso de «ertzainas» (policías del pueblo) para vivir más seguros, dice Calleja que, en el momento en que escribe el libro, Xabier Arzallus, presidente del PNV, tiene *en plena construcción una casa, con maderas muy nobles en la escalera, aunque no concreta el lugar exacto, para respetar su intimidad, como él no hace con otros, y para no dar coartadas a su paranoia habitual.*

De siempre, aunque ni mucho menos como ahora, efecto del terrorismo etarra, los vascos han habitado en toda España, y toda España está llena de apellidos vascos, de placas conmemorativas, monumentos, nombres de calles, que evocan a vascos españoles. Desde secretarios de reyes y ministros de Gobiernos —numerosísimos con Franco, por ejemplo— hasta conquista-

dores, navegantes, marineros, banqueros, comerciantes, industriales, filósofos, profesores, escritores, pintores... Y también en la América que habla español.

No sólo eso. En el actual País Vasco, o Euskadi, y a pesar del nacionalismo excluyente imperante, las iglesias, los museos (por ejemplo, los espléndidos Bellas Artes, de Bilbao, y Artium, de Vitoria), los edificios nobles, las casonas, las casas consistoriales y diputacionales, las calles y plazas, los monumentos públicos... de ciudades, villas y lugares, están llenos de nombres de españoles y de vascos-españoles, que son glorias de la historia común española. Alguna vez los he citado, pero nunca se pueden citar todos y pueden dejarse algunos importantes. Vaya y vea el lector y cuéntenoslo después, como yo lo hago.

Naturalmente, y en justa correspondencia y convivencia, el País Vasco ha estado y está lleno de españoles procedentes de otros territorios de España, que en varios sitios son amplia mayoría. El País Vasco, como uno de los territorios más prósperos de la Nación desde hace siglo y medio, ha atraído a mucha gente hacia sí, especialmente trabajadores. Menos ahora, a causa del nacionalismo terrorista y del nacionalismo excluyente

Los hechos valen más que las palabras y mucho más que las palabras falsas, demagógicas, rezumantes de complejos. ¡Qué españoles, a veces en el peor sentido de la palabra (fanáticos, intransigentes, archiapasionados), aparecen los que a cada paso hablan mal de España y hasta se afanan por matar españoles, declarándose rabiosamente antiespañoles. Me cito en este simple pareado:

*Que un español al revés
un español, peor, es.*

XVII

1. Que *ETA* se disuelva

Pocas cosas hay, amable y benévolo lector, que expresen mejor la realidad política relacionada con el terrorismo etarra y con el independentismo nacionalista vasco, coincidentes ambos en algunos fines y hasta en algunos medios, que los gestos y las palabras, incluida la palabrería, de políticos, agentes sociales y gentes del común, con ocasión de cada atentado terrorista. Basta eso para saber quién es quién, qué hay y qué no hay, qué se puede esperar y qué no se puede.

Cualquier atentado contra cualquier víctima sirve para el análisis de las reacciones, por justeza, por defecto o por exceso. Tomo los datos, hoy 25 de noviembre, de las televisiones, radios y periódicos tras el doble asesinato, cometido ayer, de los dos ertzainas Ana Isabel Arostegui y Francisco Javier Mijangos. Por desgracia, no he podido ir esta vez a Beasain, Miranda de Ebro, Munguía y Algorta, los lugares de la tragedia, y vivir de cerca la respuesta popular.

Oigo en primer lugar, y es mala suerte, al Presidente del PNV declarar a los periodistas que ETA está matando *a gente de aquí, gente nacionalista, gente querida por este pueblo*. Como ya le es habitual, arremete de inmediato contra su ex amigo Aznar, en cuyas «críticas» no cree, pero sí en los resultados próximos de las elecciones municipales en Euskadi. ¡Si hubiéramos aguardado a esas elecciones para debilitar y vencer a ETA, estaríamos buenos! Como se ve, ya está otra vez en primer término, incluso en estos trances trágicos, la clave fundamental peneuvista-sabiniana: la división entre los de aquí y los de allí, entre España (ahora encarnada en Aznar) y Euskadi. Pero leo luego que Javier es de UGT y Ana de ERNE, el sindicato policial mayoritario, sumamente

crítico que aquél eligió, como tantos ertzainas, Miranda de Ebro para vivir, y que su familia ha elegido Bujedo para su funeral. Por cierto, que un diez por ciento de ertzainas tengan que vivir fuera de Euskadi indica mejor que nada que Euskadi vive en un estado de excepción permanente a causa de una banda terrorista.

Por lo demás, nada nuevo en el lenguaje aguado del nacionalismo-independentismo. En Beasain, Errazti habla de *violencia* y se atreve a decir algo tan original como que *no hay ninguna justificación* para cosas de este tipo, y va más allá y añade que el atentado va *contra la soberanía vasca*. ¿Y, cuando ETA mata a concejales del PP y del PSOE, militares, jueces o policías españoles, también? Otros, entre ellos Ibarretxe, insisten en lo de siempre: ETA actúa en contra de *la voluntad del pueblo vasco*, no escucha la voluntad del pueblo vasco. ¿Ése es el único y máximo criterio moral? ¿Y si esa voluntad coincidiera con la de ETA?

El discurso del peneuvista alcalde de Beasain, presidente de la fenecida o agonizante «Udalbiltza», pero aún con partida presupuestaria, es el típico lenguaje de madera utilizado en estos casos: está a punto de decir que exigen que ETA *se disuelva* —el lema nacionalista más audaz—, y dice al final casi lo mismo: *¡que desaparezca!* Cuando alguien comienza a increpar en el salón de plenos a los concejales de EH, el alcalde impone silencio. En el balcón municipal, ondea sola la ikurriña y a media asta, una hazaña. El lema de la primera manifestación, el de siempre: *Pakea behar dugu* (Necesitamos la paz). Da casi risa en medio de la pena y del hastío. Todo casa muy bien con la presidencia de «Udalbiltza».

Más coraje demuestran tener en Munguía, donde hay muchas personas que abandonan el salón de plenos, antes de tener que ser expulsados por otro alcalde peneuvista, por no querer oír el infame alegato de EH, mientras increpan a los cómplices y piden incluso su ilegalización. Acertado me parece también el manifiesto consensuado del Ayuntamiento de Bilbao, donde se recalca *la paz sin condiciones*, que es todo lo contrario de lo que ETA ha intentado siempre, y lo opuesto a lo que quiso ser y sigue queriendo ser el nacionalista-independentista Pacto de Estella, tan elogiado aquí, en Navarra, por José Luis Castejón.

Hay otras expresiones que no pasan de pintorescas y no merece

la pena sino apuntar su pintoresquismo. Tal me parece la declaración de Juan Fernández López Aguilar, para quien, siguiendo la terminología nacionalista, la acción terrorista es un atentado *muy directamente* contra Euskadi. ¿Los asesinatos de Miguel Ángel Blanco o de Fernando Buesa eran quizás sólo «indirectamente»? Para Llamazares, anclado al parecer en los años 20-30, cuando los leninistas dividían el mundo en fascistas (el mal) y comunistas (el bien), el atentado *sólo tiene un nombre, fascismo*, lo que es decir menos que nada. Otros se empeñan en calificar este atentado de *irracional*. ¿Cómo que «irracional»? Todos los atentados de ETA están planeados y cometidos con la más fría racionalidad posible, y no son ni «irracionales» ni «inútiles», sino que les han proporcionado hasta ahora la más racional de las utilidades: ahí está el Pacto de Estella y la deriva soberanista de PNV-EA. ¿Se quiere mayor utilidad que ésa, después de 900 asesinatos, en la misma dirección ideológico-política que ETA?

Afortunadamente el sindicato mayoritario de la «Ertzaintza» (Policía Popular), ERNE, que ha dado mil muestras de coraje, de rigor y de inteligencia en las múltiples denuncias a sus mandos y a sus responsables políticos, declara esta vez *en buena parte culpable* de la muerte de dos de sus patrulleros a la mala organización del cuerpo policial, a la falta *de mínimas medidas de seguridad*, y a *las tareas cotidianas marcadas por los mandos*, que les conducen *al abismo por el que ayer ETA les precipitó. De poco sirven las lágrimas*, concluyen.

Contra lo que suele decirse, ETA sabe en general dónde golpea. Y mientras continúe esa deriva independentista, impuesta por la banda, y esa intención de volver, de un modo u otro, al Pacto de Estella (*Habrá que aguantar los muertos que sean, la cuestión es avanzar*), y no se quiera aislar, como primer objetivo, a los brazos políticos y sociales de ETA, con los que se colabora activamente cada día..., sobra la palabrería de madera, las condolencias profesionales, los gestos rutinarios, las lágrimas de cocodrilo.

2. ETA kanpora

Quien haya leído el folleto que ha buzoneado a los ciudadanos de Euskadi —*ciudadanos y ciudadanas vascas* (sic)— el presidente de su Comunidad Autónoma, Juan José Ibarretxe, no se habrá sorprendido mucho, ni del fondo ni de la forma. Prueba una vez más que *paz*, para él como para su partido, es igual a unificación territorial: una Euskal Herria con Euskadi, Navarra y *los territorios vascos de Iparralde*, es decir, los territorios franceses de Aquitania, que los independentistas vascos llaman *el Norte*, nombre que jamás se han dado los propios habitantes.

Eso es lo que Ibarretxe quiere decir con la palabra *paz*, que tantos ingenuos andan por ahí repitiendo, al hablar del País Vasco, sin saber cómo hacen el juego a quienes la entienden de forma muy diferente.

Días después, y sólo tras constatar que ETA se opone a la propuesta soberanista del PNV, porque no se fía del todo, porque no quiere perder protagonismo y porque quiere tal vez hacer las cosas de una vez, el mismo Ibarretxe convoca una manifestación a favor de su proyecto, titulándola lánguidamente *ETA kanpora*, es decir, ETA fuera, o fuera ETA. La frase recuerda a la popular expresión vasca *txakurra kanpora!*, que se dice cariñosamente al animal doméstico que molesta para que se vaya, para que se vaya fuera, al campo (*kanpo* = vascuence latinado).

¿Fuera ETA de dónde, cuándo, cómo, por qué? La expresión no va más allá de la habitual *ETA no* de las desmeduladas pancartas habituales. Fuera ETA, si no está de acuerdo ahora con el plan soberanista. Dentro ETA, cuando pactó en 1998 con los partidos independentistas el programa futuro de autodeterminación. Fuera poco después, cuando no estuvo de acuerdo en todo. Dentro, de nuevo, si en un futuro próximo proclama otra tregua y manda a votar a los suyos el plan de Ibarretxe, etc. Sólo es cuestión de liderazgo dentro del bloque independentista.

Hasta ahora los partidos independentistas vascos se han opuesto a todo lo que dejaba a ETA verdaderamente fuera de la vida social y política: leyes antiterroristas, extradiciones, aislamientos, endurecimiento de penas, represión del terrorismo callejero, expulsión de colaboradores etarras de las instituciones, manifestaciones contra ellos, candidaturas democráticas conjuntas, ley de partidos, ilegalización de las organizaciones sucursales de ETA, etc. ¿ETA fuera y Batasuna dentro?

¿Por qué esta flagrante contradicción? Porque los partidos independentistas vascos, llamados democráticos, siempre han querido aprovechar las ventajas y los resultados positivos de la tremenda acometida de ETA en todos los frentes (adoctrinamiento y propaganda a todo trapo, terror múltiple y cotidiano, idolatrización de Euskal Herria, odio sistemático a España y a lo español, crítica incesante al régimen estatutario...), para acercarse a su objetivo común: la unificación (no re-unificación) territorial y la independencia.

Y cuando el éxito de la lucha contra ETA ha estado cerca, tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco o ahora mismo, entonces o se pacta con la organización terrorista o, como es el caso hodierno, se ofrece al pueblo vasco por medios no violentos pero unilaterales, extralegales y quebrantadores de la convivencia (propuesta soberanista y referéndum) lo que ETA siempre ha pensado conseguir por vía violenta (o uniendo violencia y negociación).

¿Qué payaso dijo que eran *inútiles* los crímenes de ETA, que mataba por matar por matar y otras necedades? Pues para esto han servido nada menos. Sin ETA es impensable la altanera y desafiante propuesta de Ibarretxe. ¿Fuera ETA? Sí, pero intentando hacer lo que ella ha propiciado; lo que, si no ha conseguido, ha conseguido al menos que pueda intentarse con mayores garantías.

Comentan los periodistas que Pasqual Maragall estuvo entusiasmado en esa manifestación en honor de Ibarretxe y de su plan, presidida por la ikurriña soberana, y que no estuvo en cambio en la constitucionalista de San Sebastián. Pues, claro. El federalismo asimétrico (anti nación española) tiene esas exigencias. Y con Maragall y los maragallianos marcharon los cazadores de Redondo Terreros. Y algunos que, porque no digan que no son progresistas y de izquierdas, o que están haciendo, Dios mío, el

caldo gordo al PP, fueron capaces también de ese sacrificio. Pues, claro que sí.

Tras el éxito de la manifestación en Bilbao, hasta con la presencia de algunos *españolistas*, que creen más lo que dice a veces el PNV que lo que habitualmente hace, el Gobierno vasco no llevará a cabo política concreta alguna contra ETA —a la que quiere *fuera*, si no le sirve, y después que le ha servido—, ni en Ayuntamientos, ni en el Parlamento, ni en Udalbiltza, ni en las Cortes Generales.

Resumo, querido lector: El Pacto de Estella, de 1998, fue el pacto para un programa de autodeterminación que, liderazgos internos y pequeñas disputas aparte, se sigue aplicando literalmente.

Y el que quiera ir a las manifestaciones de Ibarretxe *contra* ETA, que vaya.

XVIII

¿Europa de los Pueblos?

Sedicientes representantes de lo que llaman Regiones o Naciones sin Estado en Europa ha tiempo que andan sosteniendo, proclamando y hasta anunciando la «Europa de las Regiones» o la «Europa de los Pueblos».

Sus defensores suelen estar muy activos dentro del Comité de las Regiones y de las Autonomías Locales, Asamblea de las Regiones de Europa, Asociación de Regiones Fronterizas Europeas, Comunidad de Trabajo de los Pirineos, Conferencia de Regiones Periféricas Marítimas, y otras más, que se mueven, más o menos autónomamente, dentro de la Unión Europea o del Consejo de Europa, desarrollan trabajos de gran utilidad, y son desconocidas del gran público europeo.

Estos inquietos regionalistas y autonomistas, muchos de ellos definidamente nacionalistas y aspirantes con frecuencia a un Estado propio, sueñan con una Europa organizada no de forma estatal como hasta ahora, de grandes o pequeños Estados-Nación, sino en forma de pequeños Estados, entre 2 y 10 millones de personas, que cambiarían por completo el mapa europeo actual y acogería las viejas aspiraciones de los regionalistas, nacionalistas, separatistas de Flandes, Escocia, Gales, País Vasco, Cataluña, Córcega, Bretaña, etc. Así hasta 60 u 80.

Vanos sueños. Las llamadas minorías nacionales dentro de los actuales Estados no han tenido parte alguna decisiva en la formación de la actual Unión Europea, antes Comunidad Europea. Al revés, la actual Europa organizada ha ido llegando a lo que ahora es queriendo superar las pequeñas superficies, el pequeño número de habitantes, la débil competitividad económica, la poca influencia política, la menor todavía capacidad militar...

frente a poderosas superpotencias, presentes o futuras, como EEUU, la antigua URSS, Japón, India, China, Brasil.

Muchos nacionalistas de las llamadas Naciones o Pueblos sin Estado repiten como un estribillo la pérdida de competencias y de facultades de los Estados nacionales, pero sin reconocer con ello la pérdida de lugar y de importancia de las Regiones o Países que componen los Estados y sin reconocer en éstos el protagonismo en la cesión de esas competencias y el papel todavía muy grande que los Estados dentro de Europa, de la Organización de Naciones Unidas y de todos los demás marcos, ámbitos y espacios internacionales.

La aplicación del célebre «principio de subsidiariedad», presente ya en el Tratado de la Unión Europea, tampoco tiene mucho que ver con esa soñada Europa de los Pueblos. El principio es perfectamente aplicable a la Europa actual de los Estados, centralizados, descentralizados, regionales, autonómicos o federales. Los ámbitos del «subsidio» pueden ser Estados, Regiones, Países, Comarcas, Mancomunidades, Municipios o Concejos. Cada Estado europeo es diverso y el reparto de funciones y de servicios no tiene por qué ser mejor o peor sólo por la forma política de la división.

Contra lo que Ortega había predicho sobre el *Estado Nacional de Occidente*, Raymond Aron, muchos años después, podía escribir que *el amor a la nación europea no ha nacido aún*. O, si ha nacido, ha sido en pocos, entre los que yo me apunto gustosamente. Pero nuestra «nación europea», la misma que aquella *Europa, Patria nostra* del humanista italiano Silvio Enea Piccolomini, no destruye las naciones europeas actuales, que son también «nuestras» naciones y «nuestras» patrias.

Sólo quien crea que «patria no hay más que una» o que «no existen patrias», dos afirmaciones tan grotescas como bárbaras, no podrá entender nada de todo esto.

XIX

Euskal Herria

Es ésta una de las trampas o perversiones lingüístico-patrióticas más habituales, decisivas y contagiosas.

Me parece uno de los típicos *idola fori* (ídolos de la plaza del mercado, en este caso del mercado político) sobre los que nos prevenía el filósofo y político inglés Francis Bacon, a la hora de interpretar la naturaleza y formar nuestros juicios.

A veces se emplean palabras, sin que haya cosas que les correspondan (*fortuna, primun mobile...*), y a veces se ponen en circulación palabras (*humidum*) sin un concepto claro de los que denotan o sin un significado comúnmente reconocido.

El gran Pedro de Axular, el maestro de maestros en prosa vasca, autor de *Gero* (1643), navarro como Echapare y Juan de Huarte, emplea la palabra *euskalherria* (con minúscula) en un contexto muy preciso. En su carta de recomendación a su protector Bertrand de Echaus, arzobispo de Tours y primer capellán de Francia (no del Estado francés), escribe: *¿Nor da euskal-herrian aldez edo moldez, zordun eta obligatu etzaitzunik?* (¿Quién hay en el pueblo vasco-país vasco que, de una u otra manera, no te sea deudor y no te esté agradecido?). Habla luego de la casa palaciana de Echaus, en Aldudes, en Baja Navarra: *Nafarroa behereko parte hetan...*

En el prólogo al libro, al referirse a las variedades del euskara hablado, comenta: *Zeren anhitz moldez eta diferentki minzatzen baitira euskal herrian* (Porque de muchas y diferentes maneras se habla el euskara en el pueblo vasco-país vasco). Cita los siete territorios históricos (con mayúscula) y añade: *eta bertze anhitz lekhitan* (y en otros muchos lugares).

Nos enseña nada menos que el *Hiztegia Bi Mila*, de Xabier Kintana y seis colaboradores más:

Euskal Herri(a): nombre popular, histórico y nacional del País Vasco, que por su significación lingüístico-geográfica ha comprendido, en su época de mayor extensión, el territorio de Araba, Bizkaia, Errioxa, Gipuzkoa, Lapurdi, Nafarroa, (Garaia y Behera), Zuberoa, Samano, Menako Harana, Bureba, Oka mendiak, Jakerría y Biarno... Equivalente al latino Vasconia y al griego Ovaskonia.

Lo de *nacional*, concepto muy posterior, habría que aclararlo, matizarlo, y no manipularlo, sabiendo como se sabe que la entidad política que abarcaba parcialmene esa extensión geográfica se llamaba Reino de Navarra, y el muy tardío concepto político de nación no existía entonces ni por asomo.

Sabino Arana Goiri —al decir de *Hiztegia*—, inventó en 1901 el nombre de *Euzkadi* (lugar de vascos), *por considerar impropio, por razones muy personales, el popular e histórico Euskal Herria*.

No sólo por razones personales. Con él denominaba Arana los llamados siete territorios históricos en Francia y España. *Euzkadi* era, el *conjunto de los euzkos* o conjunto de los hombres de raza vasca, mientras *Euskal Herria* era *el pueblo del euzkera*, o *pueblo que habla el euzkera* (*Euzkadi*, número 1, marzo de 1901). Parece más cierto que la primera vez que empleó el neologismo fue en 1897.

Pero fuera de eso lo que fuera, lo cierto es que en el «Estatuto de Autonomía del País Vasco» de 1979 (*Euskal Herriko Auntonomi Estatutua*), con la expresión *Euskal Herria* se designa tanto *Pueblo Vasco* como *País Vasco*, compartiendo este último significado con *Euzkadi* en su versión vasca. Así, el primer artículo del Estatuto es clarificador, y su texto «original» en castellano dice:

El Pueblo Vasco o Euskal Herria como expresión de su nacionalidad y para acceder a su auto-gobierno, se constituye en Comunidad Autónoma dentro del Estado español bajo la denominación de Euzkadi o País Vasco, de acuerdo con la Constitución y con el presente Estatuto, que es su norma institucional básica.

Y en la versión oficial vasca:

Euskal Herria, bere naziotasunaren adierazgarri, eta bere burujabetasuna iristeko, espainol Estatuaren barruan Komunitate Autonomo gisa eratzen da. Beronen izena Euzkadi zein Euskal Herria izango da...

Igual *Euskadi* que *Euskal Herria*.

En los nueve primeros capítulos la expresión *Euskal Herria* designa por dos veces el concepto de Pueblo vasco (por ejemplo, al decir que el euskara es la lengua propia del Pueblo vasco: *Euskarak, Euskal Herriaren berezko hizkuntza*, mientras en catorce ocasiones quiere decir *País Vasco*. (Por ejemplo, *la bandera del País Vasco*). En el resto del texto se alternan las expresiones *Euskal Herria* y *Euskadi*, predominando el primero.

Así que, cuando la Televisión y la Radio Vasca, y la Escuela y la Universidad Vasca emplean la expresión *Euskal Herria* quieren decir, en principio, eso mismo y no una entidad lingüístico-geográfica o histórico-cultural (¿de qué historia y de qué cultura?).

Euskal Herria, como Pueblo vasco, se constituyó y sigue constituido en Comunidad Autónoma, llamada *País Vasco*, *Euskadi* o *Euskal Herria*, dentro del Estado español, de acuerdo con la Constitución española y con el Estatuto de Autonomía, su norma institucional básica.

XX

Fanatismo y terror

Hoy la guerra en los países occidentales se llama terrorismo.

La dificultad de enfrentarse a ejércitos poderosísimos, la capacidad que da ya en todas partes la técnica de la destrucción y la existencia por doquier de grupos fanatizados, dispuestos a todo, hacen posible el terrorismo donde ya no es posible una guerra.

Sabemos hace tiempo que el terrorismo internacional, multinacional, global (es decir, intercomunicado e interactivo) existe, pero sin que muchos Estados, incluidos los europeos, hayan hecho gran cosa por perseguirlo. Desde ahora su actitud deberá cambiar.

Sabemos también cuáles son las madrigueras, o al menos algunas de las madrigueras de ese terrorismo internacional: Sudán, Afganistán, Irán, Pakistán, Irak, Libia, Yemen, Argelia, Corea del Norte... Pero una gran parte de los Estados democráticos, incluidos los Estados Unidos, han jugado con frecuencia sus bazas mercantiles y políticas (lucha contra la antigua URSS, contra China, mercado del petróleo, defensa de viejos intereses coloniales, posiciones estratégicas...) y han potenciado o cuando menos respaldado, mantenido, tolerado regímenes monstruosos, fanáticos, capaces de todo, incluso de armarse con armas atómicas. Nada será parecido desde ahora.

Pero el terror internacional interorganizado no es todo el terror que hay en el mundo. Las potencias occidentales han aprobado y hasta apoyado otros terrores. Y todo terror une, conspira, contagia, envenena y destruye, a veces tras largo espacio de tiempo.

El terror, por ejemplo de los palestinos en Palestina, víctimas ellos mismos de otros terrores anteriores, no tiene hoy ni pies ni

cabeza. En vez de enviar o permitir enviar niños y jóvenes a la muerte, los dirigentes palestinos debieran bajar en todo caso a la calle y tirar ellos mismos las piedras y morir ellos en vez de sus nietos. No se puede decir no a toda negociación, incluso en los mejores momentos, y luego confiarlo todo al sacrificio de los más jóvenes y al terror y hastío de unos u otros. La solidaridad del mundo árabe, por otra parte, ha resultado cien veces pura palabrería.

Pero al mismo tiempo no tiene nombre el terror del Estado israelí, que lleva años y años expulsando a miles de personas al exilio (que suele ser para muchos de ellos el campo de refugiados), confiscando tierras y bienes, destruyendo casas y pueblos enteros, asentando colonos judíos en tierras que no son suyas, matando sin juicio alguno, hiriendo, aterrando, cercando de hambre...en contra de todos los Convenios de Ginebra y de innumerables Resoluciones de la ONU, con la tibieza del mundo occidental y la colaboración estrecha de los Estados Unidos de América. El terror llama, contagia, produce terror. Y sus víctimas no suelen poder responder, desde su inocencia, de ningún terror anterior.

No podemos dar no sólo «razones», que nunca las hay, sino ni siquiera pretextos, ni ocasiones, ni apariencias de justificación a ningún terrorista, a sus grupos, sus mafias, sus conexiones político-financieras, sus tramas con Estados concretos. Alguien habla en este punto de «pobres». ¡Pero resulta que los terroristas más nombrados y buscados suelen ser multimillonarios!

Pretextos y ocasiones —y en la voluntad de sus cómplices también razones— dan igualmente al terrorismo internacional quienes desde plataformas políticas, culturales, económicas, religiosas, satanizan o demonizan —palabra tan en boga entre los que no creen en demonio alguno— a los Estados Unidos de América, a la OTAN, a la Unión Europea, al Occidente, desde visiones intransigentes, extremas, sectarias, sea desde un leninismo-maoismo marginal y fracasado, desde nacionalismos convulsos de inferioridad y de impotencia, desde feroces integrismos islámicos o desde progresismos apocalípticos cristianos, que confunden el cielo con la tierra, cuando no a Dios con sus propios ídolos. Todos ellos adoran tanto «su» perfección (utópica y

generalmente totalitaria) cuanto aborrecen la libertad concreta de todos los demás.

El fanatismo llega hasta el suicidio más cruel e inhumano, el morir matando, con próximos precedentes en los kamikazes japoneses (patriotas extremos) de la Segunda Guerra Mundial y en los frecuentísimos de los integristas islámicos de nuestro tiempo.

Es la hora de la tolerancia cero frente al terrorismo, todo terrorismo. La hora de la intolerancia máxima contra él. Quien es tolerante con el terrorismo no sólo no es demócrata, ni siquiera persona civilizada.

Pero no me hago muchas ilusiones, ni muchas ni pocas. Lo he aprendido durante muchos años en la mismísima Europa. Quien ha sido y es tolerante, por ejemplo, con las Brigadas Rojas o con el nacionalismo terrorista etarra, suele serlo con cualquier terrorismo internacional, a no ser que no coincida con sus posiciones políticas, no por otra razón, porque para esos innumerables indiferentes cuando no cómplices, carentes de cualquier moral y sentido de la justicia, cualquier causa particular, sea cual sea, está por encima de todo bien común y de toda idea y sentimiento de humanidad.

Tan necesaria como el Tribunal Penal Internacional es una fuerza armada internacional capaz de hacer imposible una dictadura en el mundo, y más aún una dictadura sangrienta como la que rige en Irak, Sudán o Afganistán. Sólo quien no se vea afectado por la violación constante de los derechos humanos puede invocarlos hipócritamente en casos como éste.

Un día defendí, ante el asombro y hasta el escándalo de algunos, el derecho a intervenir por la fuerza para evitar la tragedia de Ruanda: mucho más que un millón de muertos. Muchos menos muertos exigen también otras intervenciones humanamente eficaces.

Si no estamos dispuestos a impedir estragos como éste, no derramemos una lágrima ante el excidio de Nueva York y Washington.

XXI

Federalistas

Los hay también que, aun diciéndose no-nacionalistas, y sin querer llamarse en general constitucionalistas, se autoproclaman *federalistas*, evitando así llamarse españoles o vasco-españoles, como si en la historia de España todos o casi todos los federales, vascos incluidos —y no digamos el célebre navarro don Serafín Olave— no hubieran sido españoles hasta las cachas.

No suelen decirnos qué clase de federalismo quieren, si el cooperativo-unitario, el descentralizado, el asimétrico (tipo Bélgica: tres regiones, dos comunidades, tres grupos lingüísticos), o cuál. Si su modelo es el suizo, el alemán, el norteamericano, el argentino, el australiano, el canadiense, el nigeriano, el español de 1873, o algún otro.

Para empezar, en España no se parte, como se partió un día en Suiza, Alemania, y no en 1946 precisamente, o en Estados Unidos de América, de unos Estados independientes que pudieran pasar a ser una federación. Algunas de las actuales Comunidades Autónomas o Forales hispanas, como Asturias, Navarra, Castilla o Aragón, lo fueron un día lejano, pero otras no, nunca, como Euskadi, Cantabria, La Rioja, Andalucía o Madrid.

Pero los federalistas en Euskadi o Navarra piensan sobre todo que con esa soñada Federación podrían incrementarse los niveles de competencia y de autogobierno (¿de quién, de quiénes?), y que podría haber entonces una situación propicia para el diálogo con los nacionalistas-independentistas. Grave error.

Si alguien es contrario a la España federal es el independentismo vasco y también el independentismo y confederalismo catalán, así como el confederalismo y el independentismo

gallego. No hay Estado federal en el mundo, con Estados, provincias o regiones —que así suelen llamarse—, que tengan hacienda propia, como Navarra o Euskadi. No creo que haya Estado federal con una previsión de transferencias y delegaciones como las que contempla el artículo 150.2 de nuestra Constitución. Y ninguno de los partidos nacionalistas periféricos toleraría la *cláusula de prevalencia* (federal) que rige en la mayoría de los Estados federales.

Por cierto que en todos los Estados federales, que pasan como modelos, Alemania, Estados Unidos de América, etc., existe un fuerte sentido de Nación común, y todos se sienten patrióticamente alemanes, americanos, suizos, austriacos, mexicanos, argentinos... No hay en ninguno de ellos una banda terrorista que mate, extorsione e imponga el terror de mil maneras y que a la vez, de cuando en cuando, haga pactos políticos con partidos que se llaman democráticos. Ni partidos independentistas desleales con la Constitución vigente en cada país, que colaboren cuando les conviene con el brazo político de la banda terrorista y hasta con la mismísima banda.

Pero algunos de mis amigos federalistas insistirán en la reforma (¿federal?) del Senado como *cámara territorial*. Qué poca memoria. Ningún partido desde 1978 hasta ahora —fui testigo directo un día como presidente un día de la Comisión de Autonomías del Senado— ha querido dar importancia al Senado, y mucho menos convertirlo en verdadera cámara territorial, entre otros motivos, porque ninguno de los líderes políticos se sentaba en él. Es, además, del todo improcedente querer hacer un Senado federal en un Estado que no lo es, lo que crearía una seria distorsión institucional, incluido el Congreso. Otras reformas, siempre lo he sostenido, siguen siendo muy necesarias. Pero, si no hay un amplio consenso —que no lo hay ni por el forro, y menos entre los nacionalistas confederalistas e independentistas—, el remedio sería mucho peor que la carencia.

Federalistas. ¿Qué quiere eso decir?

XXII

1. El fácil recurso al *franquismo* y al fascismo

Lo leí en un momento difícil y, como no me gustó un pelo, lo dejé sobre la mesa. Lo firmaban algunas personas muy queridas por mí y me merecía en principio mucho respeto.

Hoy lo leo con mayor calma pero no me gusta más que antes. Y, como se sabe, antes es lo que nos parece verdad que cualquier consideración amistosa, por sincera que sea.

No creo que la mejor forma de solidarizarnos con los concejales —¿sólo con ellos?—, perseguidos y amenazados por ETA, sea pedir públicamente solidaridad a sus compañeros de corporación, *ya sean del llamado nacionalismo democrático, de Aralar, Batzarre, e, incluso, a los de Batasuna que todavía les quede algún ápice de dignidad* (sic). ¿Una limosnita de compasión? Lo que parece inscribirse en la lista litánica de Ibarretxe y de ciertos jerarcas que piden a cada paso a ETA que deje de matar o que se disuelva. Para eso, dirán algunos, mejor irse con Elkarri pidiendo diálogo con todos, sobre todo, en todo caso, en todo lugar y en todo tiempo.

Y para eso también, en un trabajo de tres páginas, se cita, de un modo u otro, cuatro veces el franquismo. Me recuerda el viejo tic de algunos izquierdistas, que cada vez que se atrevían en aquellos tiempos a condenar a ETA («de izquierdas», al fin y al cabo), necesitaban «curarse en salud» condenando una vez y otra al franquismo, confundiéndolo todo, con tal de no mentar el marxismo-leninismo, una de las raíces ideológicas fundamentales de ETA. Pues aquí, lo mismo. Se habla del uso de la violencia por dictadores y dictaduras y a renglón seguido se escribe: *Desde el franquismo al nazismo, el fascismo y de Milosevic a ETA han sido*

ampliamene practicados (sic). No se cita, como se ve, el marxismo-leninismo-maoísmo-polpotismo-titismo-ceaucesquismo, o el actual castrismo, etc., ni se indica tampoco el tipo de ideología de Milosevic y no digamos de ETA.

Se llega incluso a poner como concejal paradigmático, perseguido por los terroristas, al cargado de canas, encorvado por el trabajo y *viejos historiales de lucha antifranquista*. Repaso los concejales asesinados, casi todos del PP y de UPN, y, la verdad, no es ése el «modelo» que me sale. Para no hablar ahora de los *historiales de la lucha antifranquista*, que fueron en muchos casos historiales de lucha a favor de la dictadura del proletariado, de la revolución marxista-leninista, de la España soviética y otros objetivos similares, que tienen poco que ver con ese cuento de «la libertad y las libertades». Hace sólo unos días el comunista navarro Eulalio Tamames confesaba sincero: *Antes que ser comunista, en los años 50 había que ser prosoviético*. Para qué hablar de los años 30 y 40.

Una y otra vez, hasta tres, se repite en el artículo el error común, que es más un eufemismo vergonzante, de los perseguidos por *no nacionalistas*. ¿De verdad cree alguien que ETA ha matado alguna vez a alguien por ser «no nacionalista», es decir, por ser sólo algo negativo? Al revés: los mata por ser nacionalistas... españoles, es decir, por ser españoles, o españolistas, como decía ya Sabino Arana Goiri. Españoles activos: militares, policías, jueces, periodistas, profesores, políticos del PP, PSOE, UPN, y algunos otros también que, aunque sean nacionalistas vascos o afines, ETA cree que «hacen el juego» al enemigo principal: ertzainas, empresarios, etc.

Estoy, y siempre he estado, lejos de extender la «maldición» a todos los nacionalistas, como hacen algunos pensadores y escritores, con quienes no estoy de acuerdo, porque partimos de distintas concepciones del hombre y de la vida. Distingo siempre nacionalistas (patriotas) corrientes y molientes, como somos casi todos o todos, de nacionalistas obsesos, xenófobos, fanáticos, extremosos, independentistas, y, no diagmos, cómplices de terroristas y hasta terroristas. Prefiero a un Guevara, un Cuerda o un Arregi a mil «no nacionalistas», que no han movido el dedo o la lengua durante treinta años.

En fin, que para este corto viaje no se necesitaban alforjas. Que al fin del mismo estamos peor que cuando lo iniciamos.

No lo digo por este caso, naturalmente, pero es que cuando una ideología perversa, sea cual sea, conquista ciertos espacios del lenguaje y de concepciones que en el lenguaje se ahorman, el resto de la conquista suele ser coser y cantar.

2. Volver al vómito

Me dio hasta miedo el ex Presidente del Gobierno hablando con rencor, el día 28 de octubre, en «su» emisora madrileña sobre el franquismo y la Guerra Civil, para atacar mejor a sus aborrecidos adversarios, que esta vez parecían «enemigos». Pero, hombre, ¿no tuvo tiempo cuando gobernó para hacerlo? ¿No tuvo él mismo entre sus ministros altos cargos franquistas? ¿No elogió hasta la saciedad en su día a ex ministros de Franco? ¿No tiene hoy entre sus mejores amigos y valedores a empresarios que se hicieron multimillonarios en los largos tiempos franquistas y a ilustres escritores que dirigieron, incluso, válgame el cielo, los informativos televisados?

Pero sobre todo ¿no fue uno de los que protagonizaron aquella magna obra colectiva de la Reconciliación Nacional, que dio origen a nuestra Constitución?

Entiendo mal pero puedo entender que jóvenes ignorantes, que no saben, porque no quieren, lo que muchos hicimos en todos los órdenes para superar la Guerra Civil, que fue obra de todos y que comenzó con la Constitución de 1931, intenten volver al odio, al rencor, a la venganza, hablar sólo de unos muertos y no de otros, de un exilio y no de otros, de unas injusticias y no de otras. Pero no puedo entender que personas que vivieron e hicieron la Transición vuelvan, por motivos personales y partidistas —¡ay, el patriotismo partidista!—, al vómito permanente.

Una de las causas de la deriva del Partido Nacionalista Vasco es que no hizo, no ha hecho, no ha tomado en serio la Reconciliación entre españoles, que dio origen a la Constitución, que un día al menos aceptaron, y que hoy ni aceptan siquiera.

Yo no votaré nunca ni daré mi confianza a quien, tras la Reconciliación y la Constitución, haga de los tiempos pasados

argumento para cualquier candidatura o para cualquier iniciativa
Y lo tendré siempre por un desleal a nuestra Constitución y a
nuestra Reconciliación nacional, que tantos esfuerzos y fatigas,
que tantos años nos ha costado, nos está costando a tantos de
nosotros.

XXIII

¿Contra qué guerra?

Plantear el problema de la sanguinaria y amenazadora dictadura de Sadam Husein en Irak como una cuestión de «guerra sí» y «guerra no» es una muestra de demagogia intolerable y de cinismo descarado. Además de una confusión entre los planos morales, jurídicos y políticos de la cuestión.

A uno le gustaría que todos los que hablan y escriben noble, torpe, ingenua o astutamente *contra la guerra*, o salen a la calle a gritar contra ella fueran pacifistas de verdad. Pero, ay, no es eso, no es eso.

Resulta que muchos que estuvieron hace doce años a favor de la guerra de reconquista del Kuwait invadido por Irak, y de la guerra de castigo contra el Irak invasor, dicen ahora que están *contra la guerra*. E igualmente los que estuvieron a favor de los bombardeos de Belgrado y de Kosovo, unos años más tarde, y sin Resolución alguna de la ONU, ahora dicen estar también *contra la guerra* y a favor de la ONU. Hombre, estarán contra *esta guerra*, pero así, *contra la guerra*, no lo parece.

Muchos que no han perdido un minuto de sueño por las guerras interminables de Mozambique, Angola, Sudán, Etiopía, Uganda, Congo, Somalia..., que no merecieron ni merecen visitas, protestas ni manifestaciones de nadie, aparecen ahora exaltados *contra la guerra* que amenaza a... Sadam Husein. Algunos, que se hacen llamar pacifistas, van, cogen, agarran y se ponen a visitar —como aspirantes a *escudos humanos* sólo por unos días— a los ministros y embajadores del tirano, dejándose fotografiar bajo los omnipresentes retratos del que invadió Irán (con cientos de miles de muertos), se zampó Kuwait, gaseó a los kurdos, y ha venido asesinando a cientos de miles de iraquíes chiítas o que no

comulgaban con el partido único socialista Baas. Más que pacifistas y enemigos de la guerra, parecen unos farsantes, simplemente enemigos de Estados Unidos de América, o del presidente Bush, del primer ministro laborista Tony Blair o del presidente «popular» José María Aznar. Qué miseria de pacifismo.

Estamos demasiado acostumbrados por aquí a ver y sentir profanados los sagrados conceptos *paz y libertad*, como para dejarnos engañar de nuevo.

¿Y para qué hablar de quienes, entre nosotros, ponen en sus ventanas y balcones letreros euskaldunes *contra la guerra*, y acaban de quitar y van a volver a poner dentro de unos días letreros a favor de *Egunkaria* o de los *presos vascos* (es decir, terroristas de ETA)? ¿Y qué decir de quienes no han hablado, ni gritado, ni firmado un manifiesto contra esta guerra o intento de guerra terrorista, que nos perturba hace treinta años, y ahora van y vienen por ahí, hablan, claman, firman, actúan y accionan, y se hacen fotos *contra la guerra*?

¿Y cómo juzgar a un Parlamento, que diciendo querer hacer justicia a unas víctimas de una guerra muy anterior, olvidándose de las otras, buscan la voz, el voto y hasta la información del brazo político de una banda terrorista, que no piensa en otra cosa más que en continuar aquella guerra, intentando ganarla esta vez?

Pero ¿de qué guerra nos están hablando, de qué guerra se están aprovechando, con qué guerra nos están mintiendo, bajo qué guerra se están ocultando?

Quien tolera los medios que llevan a la guerra, aunque sea como último recurso, es responsable de la guerra como fin. Las tiranías, los genocidios, los terrorismos... son los más eficaces medios que a la guerra conducen. No podemos decir que abominamos la guerra, si no hemos hecho ni hacemos nada para prevenirla, para hacerla difícil, para hacerla imposible, que es lo que queremos casi todos, no todos.

Y si estamos, enhorabuena, contra la guerra, contra esta guerra y contra todas, *por razones éticas o religiosas*, no las profanemos tan grotescamente convirtiéndolas a cada paso y cuando nos conviene en razones político-partidistas.

El pacifismo no es un grito fácil ni demagógico, y menos un odio unilateral. Es una conducta total y cada vez más exigente.

XXIV

Hablando se entiende la gente

Este viejo refrán, adagio, sentencia o proverbio, atribuido al rey Juan Carlos en la audiencia que otorgó al nuevo presidente del Parlamento de Cataluña, está siendo aprovechado por los amigos, colaboradores y simpatizantes de ETA para volver a la carga sobre el diálogo y negociación con la banda terrorista.

Pero ¿qué quiere decir este viejo refrán?

Este viejo refrán, adagio, sentencia o proverbio se refiere a la «gente», a la gente común y corriente, que habla y así se entiende, porque el habla corriente está hecha para comunicarse y entenderse.

No se refiere a una banda de bandoleros, de asesinos, de pistoleros, de forajidos, de terroristas, que no hablan sino que matan o urden la muerte, y sólo así se entienden y quieren hacerse entender.

No se refiere tampoco a los amigos y simpatizantes de la banda terrorista, para quienes la amenaza, el miedo, el terror de sus compinches armados, esa peculiar manera de presionar, amenazar, aterrorizar, impedir toda libertad humana, toda capacidad racional de dialogar y negociar, es también una manera más de hablar y de entenderse.

Porque «hablando se entiende la gente» quiere decir lo contrario de lo que ETA dice y hace.

Utilizar este viejo refrán castellano para aplicarlo al diálogo y negociación con los terroristas de ETA o con cualesquiera de sus amigos, colaboradores y simpatizantes, es una burda burla de la gente normal que habla y se entiende.

Es una mofa pública del verdadero diálogo y negociación democráticos.

Es, como bien se ve, una perversión trágica del lenguaje que debe aclarar y no confundir las relaciones entre los hombres.

Es sobre todo un intento más, a través del engaño y de la mentira, del terrorismo independentista vasco por conseguir sus últimos objetivos, que no son otros que la independencia de Euskal Herria (incluyendo Navarra y el País Vasco francés) y la toma del poder político en esa nueva Euskal Herria.

Hablando no se entiende la gente con bandas terroristas.

Los terroristas no se entienden hablando con la gente.

Una *historia* pervertida

La historia de una persona, de un grupo, de una colectividad, como fuente que es de la memoria, memoria identificadora, es, como puede suponerse, un campo predilecto de los constructores de cualquier identidad; un material didáctico para las historias nacionales, entendidas como instrumentos decisivos de socialización e internización patrióticas.

Todos los intentos por componer entre todos una historia de Europa que pudiera ser de curso obligado en todas las escuelas europeas han fracasado hasta ahora. Tal es la dificultad para saltar por encima de los obstáculos puestos a por cada una de las identidades.

Tengo delante de mí un ejemplo reciente de utilización de la historia a la hora de intentar recrear una identidad nacional por contraposición a otra identidad a la que se niega. Es un libro de texto, titulado *Ingurunea* (El entorno), ciclo tercero de Educación Primaria, editado en San Sebastián el año 2002, para alumnos de centros privados y públicos en el modelo D. Otros textos que conozco, de la misma editorial o de editoriales afines, no son muy distintos, con alguna que otra excepción, del que comento aquí.

Los numerosos mapas, gráficos y dibujos en color convencen al joven alumno de que Euskal Herria, tal como la concibieron Chao y Arana Goiri, es desde la Prehistoria un pequeño rincón en Europa —*Euskal Herria European*— habitado sólo por vascos, que hablaban la lengua vasca, separado de todos: resto de neandertales, iberos, celtas, romanos, francos, godos, musulmanes, españoles, franceses, etc.

Es desde el principio uno de los pueblos europeos en la Europa de los Pueblos, situado entre dos Estados, en uno de los

cuales aparecen también los pueblos de Galicia, Países Catalanes y España, y en el otro: Bretaña, Córcega, Francia y Occitania, que comprende todo el centro y el sur francés.

Los textos son una especie de breves glosas a los mapas. No existió Hispania, ni la romana ni la goda. Los romanos *llegaron a Euskal Herria* y de su intensa actividad en la actual Navarra y en la actual Álava no se dice una palabra: ni de sus ciudades, sus hombres ilustres, sus soldados, ni siquiera de la *Cohors II Hispanorum Vasconum*. Nada tampoco del cristianismo: sus mártires, sus obispos, sus concilios. Sólo se dirá después que en el siglo XI se extendió el cristianismo a toda Euskal Herria, cuando frailes, abades, etc., impusieran la nueva fe, tras *arrinconar las viejas creencias de los euskaldunes*.

La peripecia de Roncesvalles el año 778 se eleva a evento grandioso, después que Carlomagno pasara *por Euskal Herria*. Al Reino de Pamplona se le llama Reino de Iruña y se le alarga hasta Burdeos, extremo verdaderamente absurdo. Ni siquiera se cita la Reconquista, ni el reino astur-leonés ni el condado y luego reino de Castilla, a los que pertenecieron durante siglos Vizcaya y Álava, y más tarde Guipúzcoa. Todos por lo visto, contra toda evidencia, hablaban la lengua vascónica en esa soñada Euskal Herria. Se lamenta que se siguiera escribiendo en latín, pero ni se menciona el romance en el que están escritos los Fueros navarros.

Sólo cuando se quiere citar a un puñado de vascos en América se alude a los «Reyes Católicos de España», de los que no se da ni el nombre. Todo lo que hicieron en América, ellos y sus sucesores, fue robar, destruir y oprimir. Sólo los vascos Legazpi, Elcano, Garay, Urdaneta, Aguirre, Zumárraga..., escritos con una morfología que ni ellos conocieron, debieron de ser una excepción. Pero, al parecer, no tuvieron relación alguna con la Corona de España.

Desde entonces hasta el siglo XIX España desaparece, y con ella los muchos vascos que sirvieron a los Austrias y a los Borbones en los cargos más altos del Reino. Por no citarse, no se cita ni a San Ignacio de Loyola. Sólo aparecen en 1876 las Cortes españolas aniquilando los Fueros vascos, para justificar con ello la «karlistada», que, según los redactores del libro escolar, no tuvo otro fin que defender esos Fueros. El triple lema de Dios, Patria

y Rey de las tres largas guerras carlistas se queda tal vez para la historia de las leyendas.

Y ahí termina esa historia escolar, de la que se han examinado durante veinte años, o tienen aún que examinarse, decenas de miles de adolescentes de Euskadi y Navarra, inscritos en el modelo D.

Si a todo esto se añade la enseñanza hábil de los profesores, continuada por una radio y una televisión en la misma onda ideológica, potenciado todo por una socialización política ambiental, todavía más extremista en no pocos lugares, entenderemos bien algunas situaciones sociales, políticas y culturales, cuyas claves parecen escapárse nos a veces.

XXVI

Ikurriña

La *ikurrin-a* («ikurriña») o «señalita», «nuestra señal», neologismo sabiniano para designar la bandera, ha ido distinguiéndose de cualquier otra bandera («bandera» en euskara) y ha llegado a ser el símbolo por excelencia de todos los nacionalistas vascos.

La bandera del Partido Nacionalista Vasco se hizo bandera oficial de la Comunidad Autónoma Vasca desde la aprobación del Estatuto de Autonomía, de 1936, lo mismo que el himno del mismo Partido se convirtió en himno oficial de la misma Comunidad tras el Estatuto de 1979.

Pero la *ikurriña* ha sido y está siendo el símbolo por excelencia del nacionalismo militante, del independentismo movilizador y movilizado y del nacionalismo terrorista. No ha habido declaración solemne, manifestación, protesta, petición pública, conmemoración, fiesta, luto..., sin *ikurriña*.

La *ikurriña* ha aparecido y aparece con frecuencia en oposición a la bandera española y a la francesa, que han sido públicamente quemadas con frecuencia (*¡Ikurriña, bai; espainola ez!*), y en Navarra también frente a la bandera navarra. En la mayoría de Ayuntamientos de Euskadi regidos por nacionalistas vascos se ha excluido a la bandera española, en clara violación de la Constitución de 1978. En Navarra los nacionalistas vascos se han batido de mil maneras primero para que la *ikurriña* ondease oficialmente en todos los municipios; cuando no lo han conseguido han hecho lo posible, a veces con presiones y hasta amenazas, para que no ondease ninguna bandera, ni siquiera la constitucional, y allí donde han conseguido la mayoría municipal, en muchos casos han prescindido de la española constitucional y en algunos municipios hasta de la navarra.

Hasta en las fiestas celebradas en Navarra en honor de la llamada *lingua navarrorum* la *ikurriña*, casi siempre en solitario, lo preside todo.

Como es natural, el significado del distintivo oficial de la Comunidad Autónoma Vasca y original del PNV se reviste habitualmente de un carácter combativo a favor de los «presos vascos», del diálogo y negociación para la «paz», o en pro de la soberanía o la independencia de Euskadi. De ahí la presencia relevante de la bandera vasca, de centenares o miles de ellas, muchas con crespón negro, en los homenajes a los héroes independentistas muertos en la lucha por la «construcción nacional», por la liberación de la Patria, de la única Patria de los vascos.

La potencialidad sacral e identitaria de la *ikurriña* queda también de manifiesto en la *guerra de las banderas* —la vasca contra la española— en aquellos pocos Ayuntamientos regidos por nacionalistas vascos donde aún ondea la constitucional, aunque sea por unas horas o por unos minutos, como es el caso de Bilbao. En Navarra, donde la *ikurriña* es ilegal, y en los Ayuntamientos donde no ondea, comenzando por Pamplona, sus partidarios la portan y la blanden como signo de afirmación vasca y antiespañola al comienzo de las fiestas patronales, antes del cohete, mientras los concejales nacionalistas hacen lo posible por exhibir su bandera propia en algún balcón o ventana de la Casa Consistorial.

En la Comunidad Foral, en resumen, la *ikurriña* es una bandera que simboliza no sólo la Comunidad Autónoma Vasca sino sobre todo y casi exclusivamente el empeño nacionalista vasco, tanto tradicional como terrorista, por integrar Navarra, de un modo u otro, en la única Patria de los vascos. Más aún. La presencia de la «señalita» en Navarra es para sus partidarios la señal de que ese edificio, ese Ayuntamiento, ese municipio, ese ámbito... es ya parte de la Patria común.

XXVII

1. Una *izquierda* atrapada

Uno de los mayores éxitos del etnonacionalismo vasco, especialmente del etnoterrorismo vasco ha sido el lograr confundir nacionalismo con progresismo, de tal modo que durante mucho tiempo quien quisiera tener el marchamo de progresista —máxima aspiración de muchos, sobre todo de quienes no lo son— no pudiese dejar de llamarse nacionalista o al menos cercano al nacionalismo, a un cierto nacionalismo, aunque hagan algunas viejas muecas retóricas ante el nombre.

Todos estos progresistas, generalmente cómodos y poco amigos del riesgo o de cualquier ilustración que exija resistencia y no sumisión, son los primeros no sólo en aceptar sino defender a capa y espada la simbología nacionalista vasca, comenzando por el euskara o lengua vasca, aunque muchos de ellos hayan sido incapaces y sigan siéndolo de dedicar unas horas a su aprendizaje o al menos a su conocimiento somero. Pero no dejarán de poner sus rótulos, redactar sus invitaciones, traducir sus folletos, escribir sus pasquines y hasta imponer el nombre de sus hijos... en vascuence, la lengua que no conocen, ni estudian, ni... aprecian. Pero el santo y seña queda ahí, y es en no pocos casos hasta una especie de seguro.

Lo curioso del caso es que, mientras el nacionalismo llamado democrático está tipificado internacionalmente entre los partidos conservadores o derechistas (aunque excluido ya de todos ellos), el llamado nacionalismo o *abertzalismo* (patriotismo) vasco revolucionario no puede calificarse de otra manera sino de populismo reaccionario o integrista, xenófobo y hasta racista, y en su punta extrema de militarista, sanguinario y terrorista, sólo en apariencia justicialista e izquierdista.

Y así los susodichos progresistas, muchos de ellos leninistas de raíz, hermanos o primos de quienes han hecho del leninismo una de sus doctrinas fundamentales, han sido comparsa utilísima de nacionalistas extremistas o moderados en toda ocasión y en todo lugar, plegando en todo momento las exigencias humanas más elementales, y no digamos las sociales, a las exigencias del nacionalismo, pero, ojo, sólo de cierto nacionalismo.

Es injusto achacárseles el mote de *tontos útiles*. Porque de *tontos* no tienen un pelo, y sí de listos útiles, útiles al etnonacionalismo, que hubiera hecho sonrojar a los «padres fundadores», y útiles sobre todo a sí mismos. Han podido hasta asistir a los funerales de las víctimas de sus aliados o de los amigos de sus aliados y hasta emitir comunicados de protesta en lenguaje de madera, al servicio siempre de la *paz* y del *diálogo*, y hasta de la *autodeterminación* —tan del decorado leninista en los años 20—, que promueven los autores indirectos de los funerales y directos de los asesinatos.

Son los patriotas perfectos, con la herencia de lo que llaman derecha e izquierda, la tradición y el progreso. Porque patriota vasco se puede y se debe ser, como cubano, vietnamita, chino o ruso (esto último antes de Yeltsin), pero español no, claro. ¡No confundamos pueblos oprimidos con pueblos opresores, *abc* del leninismo!, aunque haya que echar por la borda siglos enteros de patriotismo cívico y progresista español.

Pero todos ellos tienen la suerte de tener en frente otros izquierdistas-progresistas, desarmados ideológica y simbólicamente, sin patria ni nación, sin nombres propios, sin memoria ni sentimientos (inteligencia sentiente), territorio ni bandera, ciudadanos (abstractos) del mundo (más abstracto todavía), internacionalistas de nombre, que creen que con decir «libertad» y «democracia» y citar algunas leyes (como si las leyes las hicieran los espíritus), ya está dicho todo, abocados tarde o temprano a cansarse, huir o ser devorados por quienes tienen nombre, patria y nación, lenguaje y símbolos, memoria e inteligencia sentiente.

La historia reciente en toda España y en todo el mundo no nos enseña otra cosa.

2. Izquierda abertzale

El llamado Movimiento de Liberación Nacional Vasco (*MLNV*), gestado durante la Transición política española, fue el éxito aglutinador y organizador más significativo de ETA, con sus mismos componentes estrictos más otros repartidos en mil tareas de retaguardia, fondo ideológico, vínculos internacionales, etc.

Su traducción popular es *Izquierda abertzale*, un sintagma compuesto de español/castellano y vascuence/euskara, calculadamente pensado y tontamente utilizado por casi todos.

Emplea en castellano la palabra *Izquierda*, todavía con un halo de prestigio entre muchos, y se guarda en vascuence la palabra vasca *abertzale*, vocablo de forja sabiniana, que significa nada menos que amante de la patria, patriota, y, en cuanto adjetivo calificativo, patriótico. En cambio, en castellano el adjetivo sustantivado *patriota* y el calificativo *patriótico* están, con razón o sin ella, un tanto desgastados, desteñidos, desdorados, y hasta desprestigiados ante muchos, especialmente algunos de los llamados «izquierdistas», que dicen no tener patria (antes la tenían en la Unión Soviética de Repúblicas Socialistas), o algunos «progresistas», que piensan más o menos lo mismo, o se muestran indiferentes ante lo que les parece cosa de poco momento, y otros, en fin, para quienes la patria de verdad son otros intereses particulares y no precisamente generales.

La expresión *Izquierda abertzale* suena, pues, muy bien en ciertos ambientes, especialmente vascos. Intenta quedarse en Euskadi con toda la franja política más acá de la derecha, que es la izquierda, pero añade la distinción/división de *abertzale*, que excluye a la *izquierda tradicional españolista* y coincide con la derecha también patriótica vasca. Fuera del País Vasco, *Izquierda abertzale* tiene las simpatías de la izquierda de toda la vida o de la nueva izquierda posmoderna, mientras queda muy velado el flan-

co terminológico y real que puede parecer más oscuro y negativo, al menos para algunos.

Por lo demás, la *Izquierda abertzale*, que es ETA, parte de ETA y se mueve en el círculo íntimo de ETA, es tal vez la izquierda que, además de este carácter criminal, deja más patente que ninguna otra una de las connotaciones históricas habituales de cierta izquierda europea e internacional, que es su altanería moral, confundida muchas veces con su miseria moral.

Algunos historiadores y comentaristas la han llamado *una mitología inercial*, según la cual la izquierda (comunista, socialista, anarquista, etc.) ofrece una superioridad incuestionable sobre la ideologías conservadoras, hasta tal punto que ni siquiera su espectacular fracaso histórico en todos los ámbitos ha sido suficiente para un sereno examen de conciencia que le lleve a una autocrítica serena y práctica. No. Buena parte de la izquierda actual prefiere ignorar su desplome casi universal, con algunas excepciones, casi siempre trágicas, y no parece preocuparse de su actual arcaísmo teórico e intelectual, que no la lleva a ninguna parte sino que la va expulsando de casi todas.

Esa izquierda, caduca y sin futuro, anda por ahí intentando atribuir a la derecha —infiltrada, intrigante, malvada siempre y por naturaleza— todos los males del mundo, incluidos los muchos propios, y buscando sempiternamente su exculpación, su inocencia original, su adanía. Por lo visto en la izquierda no hay *tramas*, ni *poderes oscuros* ni *golpes a la democracia*: todo procede de la derecha.

Para mí todo eso no es otra cosa que una consecuencia más de ese gran mito moderno del Progreso, que libra de todo mal a todos sus creyentes seguidores, a los que, en el peor de los casos, purifica y exorciza, y los hace siempre superiores, hartos superiores, a los seguidores del Antiprogreso, de la Tradición, del Oscurantismo. Otra versión «moderna», simplista y hasta grotesca de la Verdad contra el Error y del Bien contra el Mal.

La *Izquierda abertzale* es una versión acabada de esa *mitología inercial*, que hoy nos aparece ridícula y absurda. Además, ya he dicho, de su neta, declarada, demostrada, patente criminalidad.

XXVIII

Kale borroka

A mediados de los 90, ETA y sus organizaciones paralelas legitimaron doctrinalmente la socialización del sufrimiento, impulsando la ofensiva general al servicio de la construcción nacional y social, intentando no dejar a nadie fuera del círculo trágico del *conflicto*.

Para salir al paso de la cada día mayor presencia pública de grupos pacifistas, o de manifestaciones nutridas que recorrían pueblos y ciudades denunciando en silencio, por medio de pancartas, lemas y octavillas, las atrocidades del terrorismo etarra, ETA intensificó la violencia en la calle, por medio de grupos de jóvenes aguerridos y feroces, que actuaban a la manera de las *squadras* fascistas, de las *razzias* nazis, de los *saltos* de los maoístas peruanos o de los polpotistas de Camboya, intentando hacerse con un espacio vital que hasta entonces consideraron suyo y que comenzaron a ver en peligro.

Lo que algunos incautos llamaron entonces *violencia de baja intensidad* aterrorizó poblaciones enteras; se adueñó durante horas de calles, plazas y barrios; llevó a cabo acciones brutales; destruyó bancos, comercios, transportes y otros servicios públicos; arremetió contra propiedades de dirigentes políticos y sociales; se encarnizó en ocasiones contra algunos miembros de la Policía Vasca (*ertzainas*); atacó en ocasiones a grupos pacifistas con insultos, piedras y otros objetos contundentes; asaltó y quemó sedes o centros del Partido Popular, del Partido Socialista Obrero Español, y aun algunas del Partido Nacionalista Vasco y Eusko Alkartasuna, etc. A veces las bandas salvajes, comandadas de cerca o de lejos por ETA, se movilizaban sin objetivo explícito alguno; otras veces bajo consignas específicas de acciones anti-

militaristas, en favor de los *presos vascos*, o de *jornadas de lucha* a raíz de detenciones masivas o de muertes de etarras en acción.

A pesar de la casi siempre tibia actuación de la Policía Vasca (*Ertzaintza*), denunciada por el sindicato mayoritario en la misma (ERNE), las detenciones de los nuevos jóvenes bárbaros fueron muchas, lo que dio origen a la fundación de la asociación *Gurasoak* (Padres de jóvenes vascos), encargada de denunciar en toda ocasión, y no sólo ante juzgados, comisarías y cárceles, la represión del Estado español, de sus Instituciones y Fuerzas de Seguridad, así como los malos tratos y torturas sufridos por sus hijos, a la vez que de exigir sin condiciones la libertad de los mismos.

Pues bien, toda esta bien planeada y organizada campaña «político-militar», llamada por algunos al comienzo, como hemos visto, *violencia de baja intensidad*, traía desde la autoría intencionada de ETA el glorioso nombre de *Kale borroka* (lucha callejera), *glorioso* para cualquier patriota o militante vasco que pone su vida al servicio de la Patria, única Patria de los vascos.

La inmensa mayoría de los políticos, comentaristas, periodistas y público en general siguió ovejunamente, como casi siempre, la consigna etarra y llamó, y todavía sigue llamando, a ese salvajismo organizado *Kale borroka*. Sus autores eran cándidamente calificados de *vándalos*, *bárbaros*... y otros eufemismos históricos, sin llamarlos con el único nombre que les cuadraba y les cuadra.

Sólo en los últimos tiempos, cuando la mal llamada *Kale borroka* ha sido reducida al mínimo gracias a la contundencia de la nueva Ley de Partidos, algunos políticos, comentaristas, periodistas y parte del público ha sabido denominarla más justamente *terrorismo callejero*. Nunca es demasiado tarde si la palabra, o la expresión exacta llega.

XXIX

El *lauburu* no es una cruz

Mi prima Ramitos le dijo un día a su madre, mi tía Catalina, que lo que llevaba al cuello como regalo de su novio Txomin era un *lauburu*.

—¿Y eso qué es?

—Una cruz vasca.

Mi tía Catalina se lo creyó, la pobre.

Mi tía Catalina no recordó entonces lo que había leído, cuando era moza, en la novela *Amaya*, de Navarro Villoslada, que tanto le gustó. En el capítulo X de la Primera parte, hablan el cristiano vascón Teodosio y la vasca pagana Amagoya:

—Soy mensajero de la cruz.

—Mi cruz es el *lauburu*; no quiero más.

Y mira por donde, cuando murió la tía, le pusieron los sobrinos el *lauburu* a los dos lados de la esquila, como si fuera una cruz, la cruz cristiana que ella adoraba.

El *lau-buru* (cuatro cabezas o cuatro puntas, en vascuence) es una de las formas, forma de lábaro curvilíneo o de extremos trebolados, del disco solar, algunas veces dibujado también como rueda solar o sol en forma de hélice.

Otra de esas formas solares es la rectilínea, llamada en vasco *euskal orratza* (aguja vasca), la llamada *esvástica*, palabra sanscrítica (*svastika*) o *cruz gamada*, por alusión a los extremos de la tercera letra griega (*gamma*), el símbolo por excelencia utilizado por los nazi-hitlerianos para significar la raza aria, que querían suya.

Así pues, eso que aquí llamamos *lauburu* es un signo universal, protohistórico, de origen probablemente indoeuropeo y no vasco, que se ha encontrado, en una u otra forma, en la América precolombina, China, India, Grecia, Persia, Egipto, países célticos, Escandinavia y en todo el norte de España. Hoy lo podemos ver en cualquier parte: en la cripta de Leyre, en san Millán de Suso o en las guías y mapas japoneses para indicar los templos budistas.

Signo solar evidente, los autores se entretienen en ver en él mil significaciones relacionadas con el astro: luz, fuego, vida, energía, etc. Otros ven en las cuatro cabezas los cuatro puntos cardinales, otros los cuatro primeros elementos: tierra, aire, fuego y agua. Y hay quienes quieren ver en el signo significaciones tan interesadas como extravagantes.

Tras la utilización macabra de la *cruz esvástica* o *cruz gamada* por los nazis hitlerianos, muchos han prescindido de la forma rectilínea y sólo emplean la curvilínea. Símbolo muy querido en el nacionalismo vasco en sus dos diseños, en la actualidad sólo aparece en el segundo.

El *lauburu* no es, pues, una cruz. Nunca lo ha sido. O, si lo es, es tan *cruz* como la *cruz esvástica* o la *cruz gamada*.

XXX

1. ¿La *lengua* determina la cultura?

El portavoz de los partidos firmantes de la Declaración de Barcelona resumía hace unas semanas la voluntad de todos ellos de reclamar la desaparición del Ministerio (español) de Cultura, porque *España no tiene una cultura tan sólo*.

¿Y es que hay acaso en España «una» educación tan sólo, «una» sanidad, «una» agricultura, «una» industria, «un» medio ambiente, etc.? ¿Pedirán, pues, un día no lejano, la supresión de todos esos Ministerios? Si no existe para algunos de esos nacionalistas España, ni para otros la Nación española, y hasta el Estado español se convierte en «Estado» sin más, y éste se quiere con-federal (varios Estados), la hipótesis no es una broma.

Pero en esa tonta y torpe reclamación se esconde acaso un grave error cultural: la confusión de cultura con lengua.

Lengua y cultura son creaciones humanas, y pertenecen esencialmente al mundo de los símbolos.

No es por nada que quienes echan en cara a los Estados-Nación el no reconocimiento cabal de la pluralidad de lenguas y culturas en su seno sean incapaces habitualmente de reconocer las limitaciones, la diversidad y la relatividad de esa construcción humana que es la lengua y la cultura, aunque sea la suya, mayoritaria o no en su país, región o comunidad.

No sólo la religión y la filosofía, sino los usos y costumbres, las normas, las referencias de conducta, los ideales sociales y políticos, las constelaciones simbólicas... se abren hoy día en un abanico extensísimo de posibilidades de elección, interpretación y vivencia, más allá de toda tradición y, no digamos, imposición, lingüística y cultural, se llame como se llame.

Una lengua, sea cual sea, no equivale a *un* mundo simbólico de sentido.

La lengua ya no es único eje estructurador de la identidad, en cuanto que el mundo cognitivo ya no se deja determinar por el normativo. Cada lengua, además, cumple funciones sociales múltiples en la vida de cada persona, según sea el campo correspondiente.

En el interior de cada lengua se abren amplios espacios libres para elegir cosmovisiones y seleccionar proyectos de muy vario género. Se forman y formulan allí mundos simbólicos a veces radicalmente distintos, que algunos intentan inútilmente limitar cuando no anular.

No faltan quienes, de las quinientas definiciones de cultura que han clasificado Kroeber y Kluchohn, se quedan con unas pocas, y de la síntesis-robot que esos autores nos proporcionan sólo recogen los *elementos condicionantes* y dejan a un lado los *productos de la actuación*.

Que la lengua no sólo condiciona sino hasta determina la manera de pensar, sentir y obrar de los hombres —es decir, su verdadera cultura— han sostenido y sostienen algunos sociólogos y antropólogos, y no sólo estructuralistas. Así, Ricardo Arregui, en 1969, se atrevía a decir:

Ser persona y ser euskaldún no son dos cosas distintas; son lo mismo (...), mi forma de ser persona es ser euskaldún. Al decir que soy euskaldún estoy expresando cuál es mi forma concreta de persona: desde el lado del cuerpo, desde el de la geografía, desde todos los lados. Eso no es por lo tanto, algo que elegimos, sino nuestro condicionante, nuestra forma de ser persona.

Tan totalitaria concepción impone, como es natural, totalitarias conclusiones:

No podemos decir que el problema del euskera lo hayamos resuelto hasta que toda la sociedad, toda Euskal Herria, haya llegado a ser euskaldún. Andaremos contra corriente mientras tanto, a punto de ahogarnos. (...) Quienes no aceptan esto están en contra de la humanidad, no nos permiten ser personas.

Y, apelando a la escuela estructuralista, Álvarez Enparanza (*Txillardegi*) podrá decir, años después:

puesto que la lengua es el fundamento de la etnia, el núcleo de la etnia, así el sostén del ser pueblo, del pueblo es la lengua.

Tales ideólogos intentan ayudar a crear sus propias Naciones-Estado monolingües y monoculturales, igual que quienes sostienen —como Tejerina Montaña— la tesis centralista de que el Estado moderno, sucesor del poder feudal y de las monarquías absolutas,

necesita articular etnoterritorialmente el ámbito del ejercicio de su poder coercitivo en un «sentimiento de pertenencia», especialmente a través de una lengua oficial, «rasgo central de la codificación de una determinada identidad colectiva».

De muy diferente manera piensa y escribe el intelectual nacionalista vasco, Joseba Arregi, ex consejero de cultura del gobierno autónomo de Euskadi, a quien sigo en buena parte:

¿No determina la técnica y la ciencia nuestra manera de estar ante la realidad, nuestra actitud ante ella, de forma mucho más constitutiva que la lengua materna? ¿No tienen Chillida y Oteiza más en común con Jacobsen y H. Moore, con Lucio Muñoz y Smith que con Beobide, Basterrechea y otros? ¿Cual es la relación de Chillida y Oteiza con el mundo simbólico del euskera y por qué vía lo han interiorizado si desconocen el euskera? ¿Qué tiene de específicamente vasco la estética del cubo propuesto por Oteiza y Saiz de Oiza para la Alhóndiga de Bilbao, la estética de la Universidad Pública de Navarra, de Saiz de Oiza, o los cubos de Moneo de San Sebastián (y el aeropuerto de Sevilla y el Museo de Mérida)?

¿Qué tienen o dejan de tener en común, dentro de la misma lengua y literatura, Orixe o Lizzardi con Aresti o Mirande? ¿Axular y ciertos bertsolaris de nuestros días? ¿Camilo José Cela y Antonio Muñoz Molina? ¿García Márquez y Octavio Paz? No parece que fuera común la identidad de los escritores oficiales de los imperios inglés, alemán, francés, español o ruso, y la de los escritores de los pueblos coloniales que luchaban por su independencia en la misma lengua de los primeros.

Por otro lado, los firmantes de la Declaración de Barcelona, o los miembros del *Euskadi Buru Batzar* o del Gobierno Vasco hablan castellano entre sí, sin miedo, supongo, a quedar «definidos» por él.

Podríamos ir así del actual *lehendakari* a José Antonio Aguirre, y hasta Sabino Arana, Arturo Campión y Hermilio Olóriz. ¿Acaso la lengua castellana —*la lengua de Franco*, que diría Arzallus— que utilizaban siempre o habitualmente determinaba su lugar en el mundo y su identidad? Y los euskara-parlantes que se sienten españoles tampoco deben de sentirse muy determinados por la lengua vasca que se diga.

No parece, en fin, muy científico afirmar que tengan la misma cultura —la misma visión y práctica vital— en algún país del mundo, los ricos y los pobres, los niños y los ancianos, las mujeres y los varones, los creyentes y los ateos, los ingenieros y los barrenderos, los que son —no sólo se llaman— de izquierda y los que son de derecha..., aunque utilicen la misma lengua.

Hablan muchos nacionalistas de sus naciones, comunidades, países, como si allí hubiera una sola lengua, y como si dentro de esa lengua hubiera sólo un mundo simbólico, una sola cosmovisión, una sola cultura.

No. Se trata siempre de comunidades, naciones, países, y sobre todo seres humanos, pluri-culturales —cuando no plurilingües—, cada día más plurales, diferenciados, autocreativos y libres.

Libres incluso frente a lenguas o *culturas*, entendidas y manipuladas, desgraciadamente, como útiles de presión y opresión político-cultural, como rémoras de libertad y de humanidad.

2. La lengua vizcaína de San Francisco Javier

Oyendo lo cual Sancho dijo:

—¿Quién es aquí mi secretario?

Y uno de los que presentes estaban respondió:

—Yo, señor, porque sé leer, y soy vizcaíno.

—Con esa añadidura —dijo Sancho—, bien podéis ser secretario del mismo emperador.

El comentario irónico de Sancho corre parejas con muchos comentarios semejantes de los clásicos españoles, tanto en prosa como en verso. Y es que fueron muchos los secretarios, tanto del rey como de Consejos y Corporaciones superiores, en manos de vascos de nacimiento u origen, llamados comúnmente *vizcaínos*, en tiempos de Carlos V, y de Felipe II y sucesores. No sólo capitanes, almirantes, consejeros, descubridores, ingenieros, letrados, obispos o escritores. Sin duda que tal abundancia de cargos regios, como lo demuestran por otra parte, estatuas, monumentos, inscripciones y títulos de calles en ciudades y pueblos de las Vascongadas, debía de escocer e irritar a muchos no vascongados.

En otro capítulo de *El Ingenioso Hidalgo*, VIII de la Primera parte, donde comienza a narrarse la aventura de Don Quijote con el escudero *vizcaíno* Sancho de Azpeitia, Don Quijote (Cervantes) remeda malamente el habla del escudero azpeitiano que habló *en mala lengua castellana y peor vizcaína*.

Uno de nuestros mejores historiadores y críticos de la literatura española, el catalán Martín de Riquer, en su *Aproximación al Quijote*, Barcelona, 1967, glosa lacónicamente esa lengua *vizcaína* de la que habla Cervantes: *en un divertido español con sintaxis vascongada*.

Quiero con esto sumar un nuevo testimonio a los muchos aducidos a favor de la nueva interpretación que hace José María Recondo, en su breve libro *La lengua vasca de San Francisco Javier*, de la famosa frase del misionero navarro, cuando escribe desde la India y llama *bizcaína* a su lengua natal, único argumento de peso de todos los esgrimidos para sostener que el santo misionero hablaba el vascuence o bascuenze, como entonces se decía.

Es muy de elogiar la honradez de Recondo, un historiador de renombre, que no teme volver a exponer literalmente la tesis defendida hace muchos años y que hoy no puede en conciencia sostener:

¿Habrá que esperar a que algún afortunado descubra un día un verdadero argumento entrañable que ponga en labios de Javier la lengua plurimilenaria? Nada más deseable. Mientras tanto no consta, nada prueba. Rotundamente, no hay argumento, con certeza histórica, de la lengua vasca de san Francisco Javier.

3. *¿Lingua navarrorum?*

La verdad que es difícil encontrar un artículo con más disparates, contradicciones, citas mal hechas..., como el firmado en estas páginas de *Diario de Navarra* por Bittor Arbizu, «licenciado en filología vasca», y titulado «Euskara y Nafarroa Oinez 2003», con motivo de ese acontecimiento político y cultural ¡Menudo favor hecho al euskara —a la que llama lengua «minorizada», tomando el término de Goio Monreal— y a la fiesta de las ikastolas!

El lector de este diario tuvo ocasión de leerlo y de reflexionar sobre él. Sólo para pedir que nadie más intente defender al vascuence o euskara tan mal como este buen licenciado, recuerdo al menos que en dicho artículo se decía, por ejemplo, que *el euskara era el vehículo de comunicación oral único de la población, aunque a nivel escrito no fuese*. ¿Cuándo y dónde, señor mío? ¿En la sierra que después se llamó Urbasa, el año 1.200 antes de Cristo?. ¿No hubo por aquí, y desde muy temprano, hombres de tipo pirenaico-occidental, de tipo mediterráneo, de tipo alpinoide y armenoide, iberos, celtas, celtíberos, un día romanos, y después godos, árabes, hebreos, romance y castellano hablantes, francos, gentes de lengua occitana...? ¿O piensa el señor Arbizu que todos hablaban en el monte, en la plaza o en la intimidad vasco o protovasco?

Se decía también que *era la lengua general dominante y principal más utilizada, incluso entre los cargos altos del Reino hasta principios del siglo XV*. ¿No ha oído nunca hablar Bittor Arbizu del *lengoage de Navarra* (1329) o del *idiomate terre* (1350), expresiones solemnes y públicas referidas al romance navarro?

¿Pero qué leen hoy ciertos licenciados en filología vasca? ¿Sólo los autores que se citan y a veces mal, en ese inoportuno arrebatto: Irigaray, Indart, Urzainqui, Ugalde, Iribarren (¿qué Iribarren?), Urtasun, Monreal, Venneman, Jimeno Jurío y Satrústegui? Y a la

hora de citar a Menéndez Pidal, ¿no lo puede leer directamente y citarlo bien y no endosar la cita, mal hecha, a J. L. García Falces?

Pero, aparte otros varios errores como los antedichos, y de escribir *Zangotza*, *Zaraitzu*, *Irunberri*, *Agoitz*, etc., en un artículo en castellano, hay dos puntos en esa lamentable y pretendida defensa del euskara que me parecen particularmente penosos.

Aseverar guapamente en estas calendas que la lengua *bizcaína* que dijo ser suya en una ocasión San Francisco de Xabier, es sin más el euskara, y dar por hecho asimismo que en euskara pronunció sus últimas palabras, como hasta ahora con piadosa pereza se ha venido repitiendo, no es científicamente de recibo, después del último libro publicado por el biógrafo del santo, el jesuita P. José María Recondo, recientemente fallecido, sobre quien el licenciado Arbizu pasa de largo. Se pueden discutir sus tesis, contraponer otros argumentos si los hay, pero no volver sin más, y a bombo y platillo patriótico-católicos, a la acrítica tesis antigua.

Pero mucho más bulto tiene el error de volver a hacer de nuestro rey Sancho el Sabio, como se ha hecho casi hasta hoy *ad nauseam*, el autor oficial del controvertido sintagma *lingua navarrorum* (la frase exacta es *ut lingua navarrorum dicatur*), extraído malamente de un contrato notarial, de 1167, sobre vacas y bueyes del pastizal de Arimería, y... traducirla tan ricamente como «la lengua de los navarros». ¿No ha leído el señor Arbizu las muchas páginas dedicadas a este texto por Goñi Gaztambide, Martín Duque, González Ollé, Ricardo Cierbide y otros? ¿Ni siquiera ha echado una ojeada a todo lo que sobre este asunto se ha escrito aquí, en este periódico, estos últimos tiempos?

A Manuel Irujo o a Carlos Garaicoetxea se les puede «perdonar» esa regia y esperpéntica atribución en tiempos ya lejanos, pero a estas alturas a un licenciado en filología vasca, que escriba sobre el euskara y el Nafarroan Oinez 2003, no.

Espero que los jóvenes, amantes del euskara, que se educan tanto en euskara como en castellano, no aprendan tamaños errores como los que se exhiben en ese escrito, que no beneficia en nada a lo que se intenta servir, con buena intención seguramente pero con mucha ignorancia

Soy de los que afortunadamente no confunden lengua con cultura. Me da igual en qué lengua se aprendan, se repitan y se

mantengan los empedernidos errores, que llevan con frecuencia a los sectarismos y a los fanatismos.

Pero, si alguien quiere, en el año 2003, no sólo confundir sino incluso subordinar la cultura a la lengua, cualquiera que sea, entonces ¡va fresco!

XXXI

¿De qué *libertad* hablamos?

El día 2 de diciembre de 1978, en la sesión extraordinaria del Consejo Foral de Navarra, decía el consejero foral Tomás Caballero Pastor, representante del tercio sindical de concejales:

Se ha dicho (...) que votar sí a la Constitución es votar no a la libertad y al fuero. Yo pienso votar sí —lo digo públicamente— y pienso votar sí porque para mí el fuero es hombres libres en una patria libre. Ya dije el otro día, y creo que esta Constitución me hace un hombre más libre en una patria más libre.

Según todas las mitologías, los textos sapienciales, los libros santos de las religiones, el hombre peregrina incansablemente, desde su aparición sobre la Tierra, en medio de múltiples pruebas, resistencias, retos y riesgos, a la búsqueda de lo que no tiene y a lo que no puede renunciar.

Partiendo de su existencia desfondada, radicalmente menesterosa, no programada, frágil por donde quiera que se mire, el hombre decide e intenta irse fondando y alcanzar una identidad, un encuentro consigo mismo y con los otros, en un mundo que, tras mucho tiempo de oscuridad y desazón, se hace inteligible por medio de claves comunes: praxis, valores, sistemas y técnicas, en toda su variable recombinación.

A esta inmensa aventura, que merece incluso el nombre de epopeya, la llamamos de varias maneras, pero muy preferentemente la epopeya de la libertad humana.

Los griegos la llamaron *eleusería*. Su raíz, *leudh*, en sus diversas formas, parece querer significar «crecer», «nueva generación», «nacido libre», «perteneciente a un pueblo libre». Lo mismo sus derivados latinos *liber* y *libertas*.

Desde entonces libertad significó posibilidad de sustraerse a un orden cósmico predeterminado e invariable (destino, naturaleza, etc.) y capacidad de autonomía y disposición de sí mismo.

Desde la Ilustración la libertad no es tanto una realidad sino un acto del hombre que se pone a sí mismo como libre; la determinación racional del propio ser de ser él mismo; la auto-liberación.

En todo nuestro siglo hemos experimentado, y de qué modo, que el hombre se hace en la libertad; que por encima de condiciones reales y fuerzas inhumanas el hombre está obligado y hasta «condenado» o «predestinado» a ser libre. Para unos este fundamento de nuestra existencia carece del último fondo, que sería por eso el *Ab-grund* (abismo), mientras para otros, Dios, Realidad última, es la realidad absolutamente absoluta, en la que el hombre, ser relativamente absoluto, hunde sus raíces, y tiene la experiencia radical de su libertad.

Pero nadie como los griegos y romanos unieron la libertad personal con la libertad de la comunidad (ciudad, país, pueblo, nación, etc.). Hombres libres en una patria libre.

Nuestro Lucio Anneo Séneca, político vocacional, que acabará dando su vida por la libertad (*spiritu potior*: superior a la vida), habla una y otra vez de esa libertad de la patria, que ponían los Infanzones de Obanos en su lema, recordado por Tomás. *Non pro mea adhuc, sed pro patriae libertate pugnavi, nec agebam tanta pertinacia ut liber, sed ut inter liberos viverem*, le hace decir a su gran modelo Marco Catón el Censor, héroe incomprendido que le infunde ánimos en las horas difíciles: «No he luchado tanto por mi libertad sino por la libertad de mi patria, ni he actuado con tanta tenacidad para vivir libre sino para vivir en compañía de ciudadanos libres.»

Y en otro lugar lo representa como al varón esforzado y justo que, poniendo su vista en la salvación de todos los ciudadanos (*libertatem patriae*), por quienes entrega su vida, encuentra sumo placer y goza con su peligro (*in summa voluptate est et periculo fruitur*).

El brillante apologeta cristiano de Cartago, el teólogo Tertuliano, lector y admirador de Séneca, él mismo en riesgo constante de su vida a causa de las persecuciones, elogia la liber-

tad que tienen los perseguidos, obligados a venerar a los dioses, de decir el *Nolo mihi Jovem propitium* (no quiero que Júpiter me sea propicio). Y cuando repasa las virtudes distintivas cristianas ante sus perseguidores, no olvida «la verdad, por la que resultamos molestos, y la misma libertad por la que sabemos morir» (*ipsam veritatem qua offendimus, ipsam libertatem qua mori novimus*).

Ya lo dije en una ocasión similar: nadie mata a nadie por una abstracción, y, mucho menos, muere por ella, aunque sea la abstracción de la libertad.

Hasta en esto hemos claudicado con frecuencia durante los últimos treinta años. No nos atrevimos a decir a menudo ni por qué nos mataban ni por qué morían nuestras víctimas, nuestros mártires-testigos, mientras nos atronaban las razones de las muertes de los propios asesinos, justificadas, exaltadas, canonizadas.

La libertad liberadora, encarnada en un país-pueblo-patria con nombre; en unos hombres de carne y hueso; en unos valores supremos y vivos, que hasta nos quieren arrebatarse y monopolizar —¿les suena a ustedes eso de la *paz*?— ...; esa libertad sí merece la vida y su muerte correspondiente.

XXXII

¿Libros por los suelos?

Si no fuera por el calendario de barbarie al que nos están sometiendo los terroristas y todos los que colaboran de muchas maneras con ellos —eso de que *no condenan la violencia* parece una broma macabra—, un suceso como el que comento hubiera dado muchas vueltas.

Me refiero a la reciente manifestación por las calles de Pamplona de *varios miles de personas*, según los organizadores, y de *unos 1.200*, según la Policía Municipal, convocada por Euskal Herriarrok, encabezada por el lema *Zeurea dena defenditu Euskalherria burujabe* (Defiende lo tuyo: Euskal Herria soberana).

Según un diario muy interesado y objetivo en este punto, los organizadores y participantes coreaban frases en defensa de la educación en euskara: *un pueblo, una educación, una nación, una escuela*; a favor de la independencia de Euskal Herria y cosas similares, que, como ve el lector, poco tendrían que ver teóricamente con la defensa de una lengua, y que muestran, por otra parte, no sólo por dónde van los tiros sino sobre todo, aun para los ciegos que no quieren ver y para los sordos que no quieren oír, por dónde quieren algunos que vayan la educación y la cultura en Utopus, el País que inventan cada día.

Al llegar a la sede de la Delegación del Gobierno la marcha se paró, dice el periódico, *para depositar* libros de texto de historia en castellano, que, naturalmente, alguien calificó de *acto simbólico*. No hacía falta decirlo, porque, si hubieran podido, hubieran dejado, en el mejor de los casos, toda la historia real de España allí mismo. Lo de «depositar» es, claro, un eufemismo. Porque las imágenes muestran a varios de los organizadores echando o tirando libros, cuadernos y algún que otro diccionario, no desde una

avioneta, no; no con una pala, eso no, pero sí desde la altura de las manos. Si eso es *depositar* —la acepción (la 8.^a) que más se les acerca es *poner, dejar, colocar*—, venga el lingüista de turno y lo vea.

Como el símbolo podía ser para alguna gente torpe no demasiado claro, uno de los dirigentes de EH, listo como él solo, intentó aclararlo:

Si queremos que Euskal Herria tenga un lugar digno, no podemos permitir que nuestros hijos sean educados como españoles o franceses, porque somos vascos.

No es cuestión aquí y ahora de preguntar qué quiere decir *somos* y *vascos*, qué *Euskal Herria* y qué *educados*. Ni siquiera de preguntar si fueron vascos San Ignacio de Loyola, los Caballeritos de Azkoitia, Elcano, Legazpi, Garay, Churruca, Urdaneta, los Zumárraga, los Orbe, Larramendi, Zumalacárregui, Lizarraga, Sangarmínaga, Trueba, los Chávarri, los Lezama Leguizamón, los Sota, los Urquijo, los Meabe, Madinabeitia, Uribe, Ercoreca, Ibárruri, Mons. Pildain, Mons. Múgica, los Olazábal, los Ibarra, Ázcue, Unamuno, Iradier, Zuloaga, Guridi, Urgoiti, los Baroja, los Arrúe, los Maeztu, los Areilza, Zunzunegui, Achúcarro, Zubiri, Zaragüeta, Aldecoa, Arrupe...

Siempre hay que agradecer a personas como los responsables de EH la claridad de sus palabras —signos primordiales— y de sus gestos, por bárbaros que nos parezcan y que lo sean. Imagínese el lector a unos políticos distintos haciendo lo mismo, *depositando* ante la sede de EH o de la Federación de Ikastolas, o del Gobierno Vasco, los libros y los diccionarios en euskara. Para empezar, hubiera habido algunos comentarios en los medios de comunicación.

Ellos hacen lo que pueden para que se les entienda. Aquí no hay ambigüedades calculadas, ni una de cal y otra de arena.

Quizá muchos padres de alumnos, y profesores, alumnos pamploneses y navarros en general, no entiendan tan pronto y tan bien lo que los organizadores de esa manifestación por las calles de Pamplona querían darles a entender. Por éstos, en verdad, no ha quedado.

XXXIII

El *maketo* Sancho el Mayor

Ya hablé en su día, comentando el estribillo xenófobo de un ex concejal nacionalista, del caso de Yolanda Barcina, a quien felicito ahora por haber nacido en Burgos, una de las ciudades y tierras más hermosas e interesantes que conozco y visito siempre que puedo. Por haber nacido en Burgos, por haberse educado en Bilbao y por haber venido a enseñar a la Universidad Pública de Navarra. Y desde luego por haber sido elegida alcaldesa de Pamplona con tanto voto.

Me preguntaba entonces qué dirían al oír eso del apellido y de la procedencia tantos nacionalistas vascos o afines, que no tuvieron o no tienen apellido vasco y a quienes podrían haberles preguntado o preguntarles todavía todos esos xenófobos dónde nacieron, ellos, sus padres, o sus abuelos: los Campión, Altadill, Sota, Cunchillos, Clavería, Cabasés, López, Alonso, Purroy, etc. A los que podríamos añadir Krutwig, Álvarez Enparanza, Bajo, Plaza, Torres, Cuerda, Blanco, Permach, Barrena, Gómez, Antón y derivados, etc., etc. Sería curioso saber cuántos de los que escriben, aplauden y jalean las soeces pintadas —que a veces no borra el Ayuntamiento, siempre torpe en este menester— contra Yolanda Barcina, o de los que le gritan y corean lo del «billete», nacieron en Burgos, ellos o sus padres o abuelos, o en Guipúzcoa, Jaén, Sevilla, Murcia, Valencia, Barcelona, Huesca, Lugo, Salamanca, Santander o Vizcaya, o más allá de las fronteras o de los mares. A ver, cuántos. Y a ver quién se atreve a hacer esa indagación.

A mí eso del nacimiento me importa naturalmente un ardite, y con la historia universal en la mano, y sobre todo con la de estos últimos tiempos, ya me dirán por qué es peor un alcalde o

alcaldesa de Pamplona nacidos en Burgos que uno/a nacidos en Leiza o en Baracaldo, pongo por caso.

Porque para *maketos*, dignos hijos de *Maketania* —¿ya no se atreve nadie a decir y escribir estas palabrotas sabinianas?—, nuestros reyes navarros, éstos que aparecen en ciertos libros, incluso subvencionados por nuestro Gobierno foral, como caudillos, *erregeak* o *burukides* del *Reino de Vasconia*, del *Estado Vasco* y otras anomalías y antihistorias. Y no hablo de los muchos reyes franceses o bearneses, aragoneses o foixenses que tuvimos, sino del mismísimo Sancho III el Mayor, *rey de los pamploneses y conde de los aragoneses*.

Pues bien, sin ir a por todas, básteme decir que nuestro mayor rey, el que tenemos para enseñar, venía de la familia Jimena que se había instalado en el trono pamplonés desplazando a la familia Arista. Fue Sancho (puro romance) III Garcés hijo de García Sánchez el Temblón y de la leonesa Jimena, y nieto de la castellana Urraca, cuyo nombre llevó una de sus hermanas casada con el rey leonés Alfonso V. Se casó, para no variar, con otra castellana, doña Mayor. Para colmo, fue el progenitor de los nuevos reyes de Aragón, Ramiro I, y de Castilla, Fernando I, que iniciaron sus monarquías privativas a la muerte del soberano pamplonés, así como del primogénito García, rey de Pamplona, y de Gonzalo, efímero rey de Sobrarbe y Ribagorza.

O sea, más maketo y maketador que los López de Haro, señores de Vizcaya, y que el futuro lehendakari, Jesús María (*sic*) Leizaola Sánchez (*sic*). Y mucho más que temer, como acabamos de ver, que Yolanda Barcina, de madre vizcaína y de abuela guipuzcoana y euskaldún (¡una Barandiarán de Ataun, nada menos!).

XXXIV

¿MLNV o MCNV?

Se lamentan algunos comentaristas de que prestigiosos diarios occidentales en general, y europeos en particular, sigan llamado a la banda terrorista ETA *grupo separatista vasco, organización separatista vasca*, y cosas por el estilo, incluso tras la conmoción del *11 de septiembre* en todo el mundo, sin que hasta ahora hayan tenido éxito pleno en esos medios informativos las múltiples iniciativas de los embajadores españoles, del mismo Gobierno español, y de muchos de sus colegas en España.

Por otra parte, todavía era difícil encontrar hasta hace poco el nombre de España en las listas de los países más atacados por el terrorismo internacional, donde sí aparecen Estados Unidos de América, Israel o Francia, objetivos reconocidos del terrorismo integrista musulmán, palestino o árabe.

Pareciera que ETA no tuviera nada o tuviera poco que ver con el terrorismo, o al menos con el terrorismo internacional, que es el único, al parecer, que cuenta en ciertos ámbitos políticos occidentales.

No cabe duda de que, tras el *11 de septiembre* ha cambiado algo y hasta mucho en el mundo, comenzando por Nueva York y los Estados Unidos de América, y también tras la Guerra de Irak, a pesar de las muchas contradicciones que han jugado en su entorno. La firme política antiterrorista de los Gobiernos norteamericano e inglés, aliados en esta causa con el Gobierno español, y la contundente actitud del presidente español José María Aznar, que ha sabido ganar a muchos de sus colegas europeos, han conseguido que en la ONU y en la Unión Europea ETA y sus varios brazos políticos sean declarados orga-

nizaciones armadas terroristas, y por eso ilegales y perseguibles a todos los efectos.

¿Cuál ha podido ser la razón, cuál lo sigue siendo todavía, de que la banda criminal y mafiosa y todo su variopinto aparato de financiación, relaciones y propaganda hayan sido tolerados y hasta vistos con simpatía en ciertos ámbitos *progresistas, izquierdistas y nacionalistas* europeos y occidentales?

ETA supo llamarse a tiempo un movimiento de liberación nacional: (MLNV, Movimiento de Liberación Nacional Vasco) o aparecer como parte de un Movimiento liberador, que ha ido incluyendo otras formaciones y siglas que operaban y operan en torno a esa organización, llamada perversamente *armada* o *militar*.

Ha sido un salvoconducto o carné de identidad durante mucho tiempo para la justificación y hasta para una cierta «respetabilidad» de ETA en algunos círculos internacionales. *Coge buena fama y échate a dormir*, reza el refrán. Sólo que el independentismo vasco no se ha echado nunca a dormir sino que ha seguido cultivando su imagen liberadora en todas partes. Hasta que el juez Garzón ha puesto en entredicho, entre paréntesis y entre precintos la red financiera, publicitaria y propagandística de la organización terrorista en medio mundo

Tales círculos occidentales, admiradores entusiastas de todos los movimientos de liberación que en el mundo surgían frente a los viejos imperios europeos y al nuevo americano—sólo muy tarde y parcialmente frente el soviético—, vieron beatíficamente en la banda de bandoleros nacionalistas vascos uno más de esos instrumentos liberadores, anticolonizadores, de los *damnés de la terre* (F. Fanon), que inspiraron las grotescas tesis colonialistas de Krutwig. O vieron, lisa y llanamente, unos eficaces compañeros de viaje y de fatigas al servicio del nacionalismo, del izquierdismo, del marxismo-leninismo internacional.

La historia ha demostrado lo contrario. ETA ha sido y es un movimiento y una organización de terroristas profesionales, amedrentadores y aterradores, que intentan matar al disidente y al adversario/enemigo y, en el mejor de los casos, convencer por la fuerza a un destinatario amedrentado y aterrado, al que han per-

donado la vida, de que es inútil o no vale la pena resistirse a la voluntad terrorista.

Es uno de los métodos más odiosos de la historia colonial: debilitar y someter la voluntad del que padece el terror, o, en caso contrario, eliminarlo.

ETA, Movimiento de Colonización Nacional Vasca (*MCNV*).

1. Otro *manifiesto* esperpéntico

En la última manifestación popular y masiva, grandiosa, de los navarros contra ETA y sus colaboradores —aunque el cartelón no lo dijera— lo peor fue, más que la pobre organización, el manifiesto leído por el Presidente del Parlamento, y ello por causas bien conocidas. No es la primera vez.

Lleno de lugares comunes y de hueca y ampulosa retórica, desustanciado de sentido político concreto, el manifiesto se alinea de nuevo con el Presidente del Gobierno vasco y con los cuatro obispos vascos pidiendo a ETA que *deje ya de matar*, que *abandone las armas*, y cosas así. ¿Eso sólo quería decir el lema consensuado *ETA no?* ¿Es que salimos a la calle a pedir no sé qué cosas a ETA? ¿Se merece acaso ETA que le pidamos un favor? ¿Se le pide acaso algo, no sé si de rodillas o no, a quien mancha *con sangre las calles del pueblo*, a los *cegados por el odio y la locura*, a los *mayores verdugos de la libertad acompañando a los mayores dictadores que ha sufrido la humanidad?* ¿En qué quedamos?

No, no. El «delito» de Juan Carlos Beiro no fue para ETA *dedicarse a garantizar los derechos de los habitantes de nuestro pueblo*, como retumba el manifiesto, orillando de nuevo la motivación de los crímenes etarras, sino ser español y servir a España. Esa España que no aparece en todo el manifiesto, salvo en la frase manida y equívoca *todos los pueblos de España*, como si España fuese sólo eso, al gusto de los «nacionalismos periféricos» de la Declaración de Barcelona.

Pero lo más grave y aberrante es pensar, escribir, leer, y aplaudir que ETA no ha conseguido con tanto crimen *absolutamente nada*. Qué necedad hadraga. Qué grave error autocomplaciente y engañador. Dejando ahora el Estatuto de Guernica, tal como se

redactó, y las mil cesiones y concesiones posteriores, lo que requeriría un análisis más fino, ¿no consiguió ETA el Pacto de Estella, como sabe bien el presidente Castejón, y reducir a su mínima expresión el *espíritu de Ermua*? ¿Y los pactos con Batasuna en el Parlamento vasco? ¿Y la declaración del 12 de julio pasado en la misma cámara? ¿Y la actual ofensiva nacionalista de PNV-EA-IU contra Aznar y Garzón? ¿Y la nueva locura del PNV, autor de la descabellada e indecente propuesta de Ibarretxe del día 26, que es toda una declaración de hostilidades a toda España y un premio a ETA?

¿Alguien en su sano juicio cree que todo esto no son victorias, y rotundas, de ETA? ¿Y no ha conseguido ETA, además de centenares de muertos, heridos, extorsionados, desterrados, amenazados, amedrentar a una buena parte de la sociedad vasca y navarra? ¿No está ahí el caso de Leiza para recordárnoslo? Por cierto, Leiza no *sufre de manera especial una dura convivencia*, como afirma torpe y miedosamente el manifiesto, sino una dura opresión de parte de Batasuna-ETA, digámoslo tal como es, sin disimulos ni zarandajas.

No es menester tampoco ponderar la falta de una tribuna digna, de una música adecuada —¿pensó alguien tal vez en el himno de la Guardia Civil, en el de Navarra, o en el himno nacional español?—, o de unas letrillas comunes y cantables. Una *manifestación silenciosa*, ¿por qué? ¿No estamos hartos de tanto silencio?

¿No es patético que no haya una sola Comunidad española donde se haga una manifestación popular y masiva como la del sábado sin la bandera de la Comunidad, excepto Navarra? ¿También esto lo exige el consenso? Y si nos matan, que por eso nos matan, por ser españoles o por ser *navarristas españolistas*, ¿no podremos llevar, ni siquiera en el homenaje a nuestros mártires (testigos), la bandera española? ¿A quién tendremos que pedir permiso?

2. El mejor manifiesto

El mejor manifiesto en homenaje a los dos policías asesinados por ETA en Sangüesa, Bonifacio y Julián, sería pedir a todos los candidatos municipales, que no han ganado por mayoría absoluta y quieren ser alcaldes, que sólo pacten con aquellos partidos que no son los del *Pacto de Estella*, de *Udalbiltza* y del *Plan Ibarretxe*, las tres grandes victorias de ETA, a las que han colaborado y colaboran activamente esos partidos.

Mucho mejor eso que redactar los típicos comunicados y manifiestos de lengua de madera, derramar lágrimas de cocodrilo y repetir símbolos agotados, porque hace tiempo no llevan ninguna significación viva dentro.

Tener en Navarra alcaldes y Ayuntamientos formados por pactos con esos partidos es el mejor modo de hacer la voluntad de ETA, que ha asesinado a estos dos policías nacionales. Hacer lo contrario es contribuir a la derrota de ETA.

No se puede colaborar con los que matan ni con los amigos de los que matan, acaba de decirnos dentro de una celebración litúrgica y social inolvidable, en la catedral de Pamplona, el arzobispo Fernando Sebastián. Tampoco se debe colaborar, en el terreno político, con los que colaboran políticamente desde hace mucho tiempo y a todas horas para que se cumplan los objetivos políticos de los que matan. Y ése es el espíritu del Pacto contra el Terrorismo y por las Libertades, espíritu que se hace letra en su proemio.

No, no es verdad ese tonto estribillo de que los crímenes de ETA son inútiles. Han sido utilísimos. Sin ETA no habría ni *Pacto de Estella*, ni *Udalbiltza*, ni *Plan Ibarretxe*.

¡Ay de los que colaboran, por un interés personal o de partido, con esos colaboradores!

El embuste *multicultural*

El multiculturalismo, entendido no como equivalente al pluralismo cultural sino como el movimiento filosófico, político y social revisionista que es, no surgió en la antigua Yugoslavia a punto de desaparecer, ni en la agónica ex Unión Soviética, ni en alguno de los países multiculturales de Asia o de África. Nació en la década pasada en algunas universidades de Estados Unidos de América y de Canadá, y fue pronto bien acogido en una Europa conmovida por algunas guerras «étnicas» posteriores a la Guerra Fría y al derrumbamiento del muro de Berlín.

El multiculturalismo, del que hablo aquí, tiene poco que ver, si es que tiene algo, con el pluralismo democrático. Al contrario, suele ser una concepción opuesta a este último.

Dos estudios de dos intelectuales reconocidos han puesto el tema sobre la mesa de la actualidad: *Culture and equality: an egalitarian critique of multiculturalisme*, del profesor de filosofía política en la Universidad de Columbia, Brian Barry, y *La sociedad multiétnica*, que conozco en traducción española, del politólogo italiano Giovanni Sartori.

El valor del auténtico pluralismo está ya implícito en la idea de tolerancia, valor creciente ya en la Europa del siglo XVII tras las guerras llamadas «de religión». Poco a poco fue entendiéndose que ni la uniformidad ni menos aún la unanimidad es la única salvación de un Reino fuerte, y que la diversidad respetuosa y el disenso equilibrado enriquecen a los individuos y fortalecen a toda la comunidad. La civilización liberal y la posterior liberal-democrática se constituyen sobre esta convicción fundamental (toda una cultura), que tardó siglos en imponerse en todo el mundo: desde el Edicto de Nan-

tes hasta la Declaración de Derechos Humanos, en 1948, o el Concilio Vaticano II, en 1965.

El pluralismo ha estado siempre ligado a una cierta «secularización», ese largo proceso de separar adecuadamente los terrenos de la religión, de la política y de la economía.

Largo ha sido igualmente el período de esfuerzos y trabajos para acabar con cualquier discriminación y para alcanzar la ciudadanía como categoría política que reconoce a todos los ciudadanos los mismos derechos y los mismos deberes.

El multiculturalismo que esos dos trabajos analizan y que ahora está en boga en ciertos ámbitos es la simple negación del verdadero pluralismo, aunque casi siempre se revista de su piel o de su máscara. Suele ser agresivo, intolerante, reivindica la secesión cultural y *se residencia en una tribalización de la cultura* (Sartori).

La sociedad fragmentada no es una sociedad pluralista. La sociedad desgarrada, convulsionada, enemistada sistemáticamente, lo es mucho menos; es su antítesis. Más aún, esa sociedad no es una sociedad, es un entramado de sectas.

Las *asociaciones múltiples* en la vida social, de las que se gloría toda sociedad genuinamente pluralista, son voluntarias, no exclusivas en general, abiertas casi siempre a afiliaciones diversas. No son, en cambio, propias de una sociedad democrática y pluralista las asociaciones obligatorias, impuestas, exclusivas y excluyentes, cerradas a quienes no patentan una identidad étnica, lingüística o ideológica determinada y determinante.

Una genuina *política de la diferencia*, como reza la expresión de moda, añadiéndole casi siempre el adjetivo «cultural», no tiene por qué ser una política de la exclusión de los otros. Una política democrática de la diferencia postula un reconocimiento de otras diferencias y al mismo tiempo el reconocimiento del ámbito común y de sus comunes valores; de otro modo, no hay *política* porque no hay *polis*, no hay comunidad. La exclusión es igual a desconocimiento, cuando no a desprecio y a odio.

El multiculturalismo de ciertas minorías, relativamente mayoritarias en sus feudos y guetos, fabrica para su consumo y su justificación diferencias insondables e irreductibles, las cultiva y exaspera. En vez de integrarlas en la sociedad plural, lo

que intenta es desintegrar esa sociedad, socavándola y minándola por dentro.

Dándoselas a menudo de progresismo y hasta de libertarismo, este nuevo y exasperante multiculturalismo va llevando a cabo incesantemente la erosión de las bases de la democracia liberal, de la igualdad jurídica, de la tolerancia y de los derechos individuales y universales. Su cantinela cotidiana consiste en reclamar cada vez con más énfasis y altanería derechos especiales para los grupos especiales, definidos por sus atributos culturales característicos, con la amenaza casi siempre adjunta de endosar a los responsables de la sociedad democrática cualquier revés o fracaso en sus pretendidas exigencias. Comenta Barry:

Según sus defensores, los derechos especiales serán necesarios permanentemente, o, en todo caso, mientras el grupo retenga sus características culturales distintivas

El filósofo mexicano José Antonio Aguilar Rivera califica este fenómeno socio-político-cultural como *un cáncer que florece* sobre todo en sociedades desarrolladas que pueden darse el lujo de relativizar la importancia de los derechos humanos. Y dice más:

El multiculturalismo es, a pesar de su inocua apariencia, la amenaza teórica más significativa a la sociedad abierta desde la caída del comunismo. La impostura no es nueva. En el fondo se trata de un viejo rival del liberalismo (y, de paso, del marxismo), ahora con nuevos ropajes: el nacionalismo. El multiculturalismo es la teoría política que no puede decir su nombre.

XXXVII

«Los *no nacionalistas*»

No me cabe la menor duda de que la ausencia de España y de la Nación española de casi todos los ámbitos de la vida pública en Euskadi y en otras partes de la Nación no ha hecho más que fortalecer al independentismo vasco —no digo nacionalismo, digo independentismo—, al independentismo terrorista y al independentismo democrático, no terrorista o antiterrorista, como quiera el lector.

Aprovechando esa ausencia han querido hacernos creer que lo auténticamente vasco es lo auténticamente independentista, y viceversa, además de la auténticamente no-español y anti-español. Y así, por ejemplo, la *cultura vasca* quiere decir siempre o casi siempre la cultura relacionada con el euskara o vascuence, con lo que, además de confundir lengua con cultura, se confunde, además, lengua con sólo una lengua, la menos hablada y escrita en el País Vasco.

Enciclopedias, diccionarios, libros de historia y geografía, medios de comunicación... cultivan esta inducida confusión, que es por donde quiera que se le mire, un grave disparate. Intelectuales, profesores, profesionales, escritores, periodistas, políticos, utilizan con frecuencia el mismo lenguaje y extienden la misma confusión. Hablan de Estado, casi nunca de España y menos aún de Nación española. Por lo visto, quieren, cuando quieren, que España sea sólo una construcción jurídico-política, no una sociedad, una cultura, o, lo que es lo mismo, una sociedad plural hecha de muchas sociedades, un pueblo de pueblos, una cultura de culturas. Una geografía y una historia.

El caso de la bandera es sintomático. El signo más popular de todos los signos públicos y nacionales en el mundo entero no

cuenta en el caso de la española en Euskadi y también fuera de Euskadi, donde quiere reducirla a *lo oficial* (es decir a lo obligado), a lo estatal, y a veces ni eso, no sólo en contra de la legislación vigente sino en contra de lo que es costumbre, uso común y hecho de vida en todo el mundo.

El vacío y la ausencia de España y de la Nación española se traduce también por la extensión de la Comunidad Autónoma Vasca o País Vasco (en euskara, Euskadi o Euskal Herria, según el Estatuto) a una soñada Euskal Herria, convirtiendo lo que un día fue una denominación lingüístico-cultural en un término político nuevo, que arrampla tierras, regiones e instituciones, en contra de la voluntad de sus gentes.

Muchos españoles de Euskadi, acomplexados, resignados, como vencidos no se sabe por quién, a lo sumo se atreven a llamarse *no nacionalistas*, en vez de llamarse lo que son: vasco-españoles, tan vascos como los demás vascos y tan españoles como los demás españoles.

Es curioso eso de *no nacionalistas*. Nadie se define por lo que no es, por la negación de una identidad cualquiera. Como si ellos no la tuvieran; como si, en verdad, no existiera España, la Nación española, la España una y plural, unida y autonómica, europea y universal. Como si ellos, positivamente, no fueran nada, nadie. Huérfanos de nombre y paternidad.

Quizá, viendo y sintiendo lo inapropiado de tal denominación, alguien inventó el apelativo de *constitucionalistas*.

XXXVIII

«Dar la *palabra* al pueblo y respetarla»

Es una usual y antigua expresión del nacionalismo terrorista vasco y del nacionalismo no terrorista también. Repetida una y otra vez, forma parte del ritual de muchos actos públicos y manifestaciones callejeras, así como de toda una simbología gráfica expuesta en Casas Consistoriales, sedes políticas, muros de ciudades y pueblos, fiestas patrióticas, etc.

Tras el acuerdo de agosto de 1998 entre EAJ-PNV, EA y ETA, con motivo de que, según ETA, ni PNV ni EA habían roto completamente sus relaciones con el PSOE, como habían acordado, la banda terrorista proponía un nuevo pacto consistente en llevar a cabo unas elecciones «libres y democráticas» para elegir el Parlamento de Euskal Herria. He aquí los dos primeros considerandos de la propuesta, del compromiso, que no fue aceptado al fin ni por el PNV ni por ETA:

Una vez comprometidos a respetar la palabra de Euskal Herria, adquirimos el compromiso de que esa palabra llegue a materializarse.

Nos comprometemos a crear el sujeto soberano para que se materialice esa palabra.

Eso sí, el compromiso incluye también el hacer todo lo necesario para que las elecciones se lleven a cabo en una situación lo más democrática posible, *ofreciendo todas las facilidades a los ciudadanos vascos que quieran participar y arrinconando a las fuerzas extranjeras que pudieran representar un obstáculo para la celebración de las elecciones.*

Está claro qué se entiende por *dar y respetar la palabra al pueblo*.

Pero sólo puede darse al pueblo, a cualquier pueblo, la palabra, si se la da a todas y cada una de las personas que lo componen y habitan. La libertad de expresión, como cualquier otra *libertad*, es un derecho individual, no colectivo. Si todas las personas de una comunidad pueden expresarse libremente, entonces y sólo entonces podemos decir que el pueblo tiene su palabra y que esa palabra es respetada. En ese sentido podemos afirmar que las llamadas *libertades* son un derecho colectivo en cuanto lo son de todas las personas que forman esa colectividad.

Siempre podemos discutir sobre los límites de un *pueblo*: dónde comienza y termina, cuáles son sus componentes esenciales, cuándo y dónde dejan de serlo, cuáles son sus derechos y deberes para con otros pueblos vecinos con los que conviven y de los que parte de sus miembros pueden sentirse también miembros activos, etc. Sólo la identidad de las personas está fuera de toda discusión, una identidad por otra parte siempre activa y en proceso de realización. Si se afirma que existe ese pueblo con su propia identidad, y al mismo tiempo se niega, como es el caso del nacionalismo terrorista vasco y de otros nacionalismos, identidad a las personas que disienten sobre ciertos supuestos discutibles de esa identidad colectiva, se está negando la palabra —parte fundamental de cualquier identidad— a esas personas, que son las que hacen y constituyen un pueblo, cualquier pueblo.

Para el nacionalismo terrorista vasco y para buena parte del nacionalismo vasco independentista todos los vascos que se dicen y se sienten españoles no son vascos genuinos, no son parte integrante del verdadero Pueblo vasco. Y por ello esas personas, mientras dure el Gobierno mayoritario, y en ciertas áreas hegemónicas, del nacionalismo independentista vasco, no se sienten libres, no se sienten en la plenitud de libertad y holgura vitales y públicos que les corresponde conforme a los Tratados europeos, a la Constitución española y al Estatuto de Autonomía vasco, que son las leyes supremas que rigen y protegen la vida, los derechos y los bienes de todos los ciudadanos vascos, españoles y europeos.

Sin personas libres no hay siquiera pueblo. Sólo puede hablarse entonces de una caricatura, de una desfiguración del pueblo.

XXXIX

1. *Patriotismo y nacionalismo*

Tendemos muchas veces a unificarlo todo, a reducir lo múltiple a lo único, lo variado a lo simple.

No es lo mismo nacionalismo que patriotismo. Podemos distinguir entre patriotismo y nacionalismo. Y hasta entre uno y otro nacionalismo, así lo he dicho y hecho en otras ocasiones. Como a todos los nombres abstractos de cualidad, el uso los ha deteriorado en buena parte, pero el vocablo-concepto *nacionalismo* es el que más ha sufrido. Por eso, muchos, que son más nacionalistas que nadie, se han acogido, en cualquiera de las lenguas, a la bondad de la palabra-concepto *patriotismo*, que desde los tiempos antiguos ha significado generalmente la exigencia del amor de los hombres por su tierra, su pueblo, sus valores propios, y cuya falta es toda una anormalidad.

Nadie es la patria. Ni siquiera los símbolos,

reza el verso de un poema de Borges.

En cambio, el nacionalismo de Estado o de Región, de Comunidad, de Raza, de Lengua, o de eso que se llama confusamente Etnia, está, verbal y conceptualmente, demasiadas veces teñido de chovinismo y xenofobia, como objetivación de intereses y pasiones egoístas. De donde se concluye que el nacionalismo aparezca a menudo como fenómeno negativo.

La nacionalidad, que antes que nada es una cualidad o propiedad del hombre, de muchos hombres, está constituida sobre todo por la convivencia y por la voluntad de convivencia. Y la convivencia, como sabemos, se funda en el suelo común, en los valores, las creencias, las costumbres, la lengua, las leyes comu-

nes... y en esa serie de comunes proyectos, que Ortega y Gasset llamó *comunidad de destino* (de quien lo tomó José Antonio) y *destino común* el ruso Berdiaev.

La nacionalización es un grado de individuación en la vida de la sociedad, y sobre todo un grado de universalidad concreta y organizada del hombre, que es una esencia radicalmente abierta. La calidad de la nacionalidad depende de la humanidad que hay en ella, y suele expresarse a través de eso que llamamos cultura, que algunos confunden aberrantemente con lengua o con alguna expresión concreta cultural

La patria, amigos, es un acto perpetuo
como el perpetuo mundo.

Somos nosotros ahora el porvenir de muchos hombres que un día se conjuraron con su palabra, con su sangre, o sencillamente con su vida toda, a ser dignos de una patria que era el horizonte cercano de sus días y sus noches. *Somos la justificación de aquellos muertos*. Nuestro deber es la gloriosa carga que ellos nos legaron y que debemos salvar.

El patriotismo no se opone a nada. El nacionalismo con frecuencia sí. El patriotismo de los hombres cabales, de los hombres abiertos por esencia, se enriquece y afina con otros patriotismos. Muchos somos hoy patriotas de muchas patrias, naturales, políticas, lingüísticas, culturales, religiosas. El universalismo integrador, no el abstracto *internacionalismo*, es la afirmación suprema de todas las existencias personales, interpersonales, comunitarias, nacionales, supranacionales, continentales, mundiales.

Nadie es la patria, pero todos lo somos.
Arda en mi pecho y en el vuestro, incesante,
ese límpido fuego misterioso.

2. Patria

Estamos demasiado acostumbrados, tal vez por abusos y excesos pasados y contemporáneos —por ejemplo, de quienes se llaman «patriotas» (*abertzales*) levantando sus puños y sus banderas chorreantes de sangre humana— a no citar siquiera la palabra o a sustituirla sólo por el Estado, una realidad jurídico-política, al que se le acaba haciendo país, nación y patria. ¡Un Estado, en el que incluso hace sol o llueve, se juega al fútbol o pasa el tren!

Otros, que han copiado lo más frágil de la Ilustración y de su precursor Descartes, como piensan que el hombre es sólo o mayormente razón, razón inextensa y a ser posible instrumental, han vaciado del horizonte humano cualquier palabra, signo o realidad que tenga que ver con eso que llaman «sentimientos», «emociones», «pasiones» y cosas del género, cual si fuesen residuos de animales o monstruos prehistóricos. Y así, cuando hablan de nación, país o patria, todo es citar a Habermas y a otros de sus pares para intentar convencernos de que patria no hay más que una, que es la patria de los derechos y deberes —ese *patriotismo constitucional*, sin patria y sin nación—, y ande el mogollón.

Pero la realidad es la que es. Y el hombre no es sólo razón, y menos razón instrumental, y para no meternos en filosofías, ahí está el ejemplo de quienes, después de decir y escribir todo eso, que parecía tan *progre*, cuando les ha llegado la hora de la verdad, han recurrido a la *patria* tradicional, incluso a la exaltación y divinización de la Patria.

Jorge Luis Borges, otra vez Borges, de la raza de Quevedo y Valle Inclán, hombre de tantas lenguas, culturas y lecturas, tan crítico a menudo con los Gobiernos y los políticos de Buenos Aires, nos dejó en su «Oda compuesta en 1960» toda una lección de realismo, de humanismo y de verdad:

Patria, yo te he sentido en los ruinosos
Ocasos de los vastos arrabales
Y en esa flor de cardo que el pampero
Trae al zaguán y en la paciente lluvia
Y en las lentas costumbres de los astros
Y en la mano que templea una guitarra

Patria: geología y geografía vividas por el hombre. Pero también historia, etnografía, sociología, política... positivas y negativas, gloriosas o abominables:

Y en la bandera casi azul y blanca
De un cuartel y en historias desgastadas
De cuchillo y de esquina y en las tardes
Iguales que se apagan y nos dejan...

Patria es más que sólo geografía o que sólo historia. Mucho más que sólo política. Y va mucho más allá que todo eso. Mucho más allá —y el hombre lo sabe— que el mismo hombre que vive y muere, que lee o escribe el poema:

Eres más que tu largo territorio
Y que los días de tu largo tiempo,
Eres más que la suma inconcebible
De tus generaciones. No sabemos
Cómo eres para Dios en el viviente
Seno de los eternos arquetipos,
Pero por ese rostro vislumbrado
Vivimos y morimos y anhelamos,
Oh inseparable y misteriosa patria.

XL

1. *Paz, conflicto, diálogo y mesa*

Los difusores y socializadores del *Lizarrako Akordioa*, siguiendo lo convenido, no paran. Ahora se dedican a traducir el texto original en distintas versiones: una para menores de edad (política), otra para vasco-navarros (sólo para navarros sería demasiado), etc. Pero, entre distintos tonos, léxicos más o menos blandos, alusiones veladas y vergonzantes incluso a la Constitución española (¡horror!), frases apaciguadoras, y paletadas de palabras-valores, que parecen sacadas de la «*Pacem in terris*», nunca faltan los cuatro mensajes políticos clave que fueron pactados entre ETA y PNV: la paz, el conflicto, el diálogo y la mesa (ahí están, para que alguien los compare, los textos del *Lizarrako Akordioa* y de la *Udalbiltza*).

No abrieron la boca, en su inmensa mayoría, durante treinta años de matanzas de ETA para exigir a la banda terrorista la paz, y ahora pretenden hacernos creer, siguiendo las iniciativas de ETA, que creen en eso que llaman *paz* y hasta *proceso de paz*, que ETA llama, mucho más sinceramente, *proceso político* y sobre todo *proceso de construcción nacional*. También el independentista catalán, Carod Rovira, que no tiene pelos en la lengua, acaba de proclamarlo en el Parlamento de Cataluña: *Pero en Lizarrar se debate la posibilidad de alcanzar un nuevo marco legal y se trabaja con un proyecto nacional claro y definido que aquí no tenemos*. Y a esto llaman nuestros firmantes *paz*.

Se creen progresistas y hasta se llaman «de izquierda», y de todos los innumerables *conflictos* que fatigan a la sociedad se fijan sólo en uno —herencia, en su expresión desgarrada e independentista, del segundo Arana Goiri—, en el que están fijadas ETA y las direcciones de HB, PNV y EA: la supuesta pugna en-

tre una soñada Euskal Herria y España (¿cuál?), que no es lo que más preocupa precisamente a la gente de la calle. ¡Qué mal conocen la historia, sobre todo la de Navarra y su realidad actual! Para los navarros de hoy el mayor *conflicto* político inmediato es la existencia y la actuación de ETA y de todos los que antes y ahora la sostienen, la secundan, la justifican, la refuerzan, la prolongan.

Para remediar ese supuesto *conflicto*, hablan a todas horas de *diálogo y negociación*, vieja consigna de ETA mientras se dedicaba a sus matariferías. Ignoran por lo visto que el sistema democrático es ante todo permanente diálogo y negociación en todos los momentos y en todos los espacios. Pero el *conflicto* ha consistido, aquí y en muchas partes del mundo, en la lucha entre la democracia y la antidemocracia. Por eso quienes tanto hablan de *democracia vasca* quieren olvidar todas las reglas del juego de una democracia sin adjetivos que hemos ido dándonos: Constitución, Amejoramiento, Estatuto, Tratados europeos..., junto a instituciones democráticas y a la altura de nuestro tiempo, que nos han costado tanto, como Juntas Generales, Diputaciones, Parlamentos, Gobiernos autónomos y forales, Tribunales, Federaciones de Municipios, etc., etc. Por eso muchos de lo que vociferan no han querido trabajar en esas instituciones, que ahora menosprecian y quieren sustituir. Por eso llaman a la abstención en las próximas elecciones generales, donde siempre pierden.

Por lo visto nada de eso vale. Sólo quieren lo que ETA y su entorno quieren y, de un modo u otro, les ordenan: *una mesa de partidos* de la inexistente Euskal Herria, para que todos discutan allí de lo que los independentistas proponen, a la sombra de las armas sin entregar: «su» *paz*, «su» *conflicto*, «su» *diálogo*. Como si no bastaran las mesas democráticas instituidas, con sus reglas del juego homologables en todo el mundo, sus garantías, su sanción internacional. Aquí no estamos en Irlanda del Norte, donde ni siquiera había una Asamblea regional, ni tiene mucho que ver nuestra situación con aquélla, ni con la de Chechenia, ni con la de Colombia.

Mientras tanto, sigue el terrorismo callejero, la extorsión económica, la amenaza, el insulto privado y público, la xenofobia que no cesa (el anuncio, por ejemplo, de un censo de los verda-

deros patriotas vascos), el chantaje político permanente. De todo esto no dicen nada los manifiestos. Es muy probable que ninguno de los que firman sufra ninguno de esos horrores. A lo más que llegan es a mencionar, en cobarde abstracción, *la violencia* o *las víctimas*.

¿Pero qué broma de *paz*, de *conflicto*, de *diálogo*, de *mesa*, es ésta?

¿Hasta cuándo (*quousque tandem...*) pensarán abusar de nuestra paciente paciencia?

2. ¿Qué proceso de paz ni qué niño muerto?

Si un día me preguntan seriamente, pongo por caso, por el *proceso de paz*, lo primero que haré es preguntar al que me pregunte a qué proceso de paz se refiere, qué entiende por proceso y qué por paz.

De otro modo, no habrá manera de entendernos.

Nos lo enseña ya el sentido común acumulado durante siglos: *Quien pregunta no yerra; Más vale la práctica que la gramática; ¿A mí con cañas, que soy el padre de las castañas?*, etc.

Desde Wittgenstein (1889-1951) es casi un axioma filosófico que *el significado de una palabra es su uso en el lenguaje*. Y otros filósofos de la escuela, como Carnap y Morris, nos enseñaron la semiótica o teoría de los signos y lenguajes, con sus partes llamadas *pragmática, sintaxis y semántica*.

Así el signo lingüístico *proceso de paz* puede que no sea sólo un signo designativo o informativo sino, además, o sobre todo, valorativo, lo que suele dar como resultado un discurso fantástico o de ficción. O que sea un signo prescriptivo-valorativo, lo que da un discurso político. O un signo activamente prescriptivo, con lo que podremos tener un discurso de propaganda. Hay que estar abierto a todo ello.

Aunque ETA no hubiera dicho lo que dijo en su quinto comunicado tras la tregua, todo lo que está ocurriendo revela-desvela que el mal llamado *proceso de paz* tiene mucho de discurso político, de discurso de propaganda, y algo de discurso de ficción.

El Foro de Irlanda; el Pacto de Lizarra; la Asamblea de Municipios; la Declaración del Parlamento Vasco sobre la democracia, la paz y la violencia; el Preacuerdo de Legislatura; el Aberri-Eguna celebrado conjuntamente; el Primero de Mayo de los sindicatos independentistas..., junto a un creciente terrorismo

callejero, la extorsión económica que no cesa, el acoso a los cargos políticos «españolistas», la nula voluntad de conversaciones con el Gobierno de la Nación..., todo eso significa algo muy diverso de un *proceso de paz*.

Pero ETA, que, aunque cuida muchos los signos y los símbolos, tiene más prisa y menos condicionantes que el PNV, ya dijo con claridad meridiana, que aquí no se trata de un *proceso de paz* sino de un *proceso de construcción nacional* (de Euskadi o Euskal Herria, se entiende).

¿Por qué llamarlo *proceso de paz*?

Porque 1) la paz es un valor tradicional en todos los pueblos, y más entre nosotros, y ha sido de continuo deseado, reclamado y cultivado durante los treinta años de la matazón de ETA.

Porque 2), tras ese señuelo, ETA y todo su múltiple entorno intenta velar y hasta ocultar ante la opinión pública la derrota de sus armas, ahora con el visto bueno del PNV, ante quien la banda se «rindió» a cambio de otras partidas políticas sustanciales.

Porque 3), llamando *proceso de paz* al cese obligado de la matanza, se lo equipara con el final de una guerra clásica entre potencia y potencia, país y país, ejército y ejército, lo que le concede, además de una presunta justificación, un vocabulario y una posición cuasi internacional.

Porque 4) muchos demócratas independentistas ven con buenos ojos que se olvide pronto la matacía —que a ellos les ha afectado mucho menos que a los demás— de quienes ahora aparecen como sus aliados, y nada mejor que llamar *proceso de paz* al resultado de un horror social cometido por vascos, que lo justifican con la independencia de su Pueblo, y de un fracaso político, al menos inmediato, de esa causa. Mejor hacer creer, como siempre mantuvo ETA, que entonces y ahora se trata de una lucha entre vascos y españoles y no de un pleito, también secular, entre demócratas y antidemócratas, como decían los Pactos por la Paz y muchos representantes nacionalistas en pleno encarnizamiento etarra; y también, como siempre, entre vascos y vascos.

En este contexto y no en otro se entiende perfectamente el interés y hasta la obsesión de comparar el llamado *conflicto vasco*

con el «conflicto irlandés», llamando arteramente Irlanda a lo que es sólo la Provincia de Irlanda del Norte, o Ulster, y caso «irlandés» a lo que es caso nor-irlandés.

Qué importa que el caso nor-irlandés sea completamente distinto al llamado *conflicto vasco* (por el origen, por la geografía, la sociología, la política, la dimensión de la autonomía, etc.)... ¡Compara para confundir, confunde para comparar! Lo que importa es de nuevo dar al independentismo vasco un aire de semejanza con el nor-irlandés de ahora, como se lo dieron a comienzos de siglo con el irlandés en general.

Cuando se nos habla a todas horas del llamado *proceso de paz*, no suele casi nunca hacerse mucho hincapié en el también mal llamado *conflicto vasco*, como si fuese un dato cierto, un dato de todos conocido y por todos de igual manera interpretado.

Ni se cita para nada la Constitución española que ahora cumple no más de veinte años, a la que ni siquiera se opuso el PNV, que se abstuvo junto con otros foralistas intransigentes, algunos de los cuales hasta votaron en contra, como en contra votó toda la extrema derecha y no toda la extrema izquierda.

Ni se habla del Estatuto de Guernica, nacido de la Constitución, que fue, ha sido y sigue siendo para muchos nacionalistas vascos el mayor logro político de su historia. Y se quiere olvidar sobre todo la Ley Orgánica de Reintegración y Amejoramiento del Fuero, como si Navarra fuera una provincia más, un *herrialde* más de una ficticia, inventada Euskal Herria, que nunca jamás existió ni existe como entidad político-administrativo-cultural.

¿Qué pacifistas, qué pacificadores son éstos, que ni siquiera llaman a las cosas por su nombre; que no distinguen la realidad de la ficción; que olvidan la mayoritaria opinión del «pueblo» al que ignoran y mezclan con otros cuando les viene en gana; que se refieren al Gobierno y no nos dicen de dónde; que no escriben ni pronuncian la palabra España, como si no estuviera registrada en la ONU, en la UNESCO o en la Unión Europea?

Y todavía nos piden que *facilitemos* el *proceso de paz*, y que *participemos* en él. ¿En el proceso de construcción nacional de Euskal Herria? ¿Y para eso la *distensión* y la *comunicación* constante?

¿Quieren que facilitemos la exclusión de todos los navarristas y españolistas; que participemos en *hacer la vida imposible*, como pide ETA, a los que no son independentistas como ellos, opción por cierto muy minoritaria en Euskadi, según las propias encuestas del Gobierno de Euskadi?

¿Y qué fue de aquella paz de la que hablaba Demócrito, y Platón, y San Pablo, y Tomás de Aquino, y Kant, y Rosseau, y la Carta de la ONU y la Declaración de los Derechos del Hombre?

Un proceso de paz es demasiado serio para no tomarlo con la mayor seriedad posible.

Pero para eso es necesario que sea un proceso de paz. Proceso y de paz.

Los esperpentos se desenmascaran, pronto o tarde, ellos solos.

3. El precio de la paz

Imagine el lector —no es tan difícil la cosa— que unas bandas de patriotas españoles terroristas, que se declarasen a todas horas «patriotas españoles», de extrema derecha o de extrema izquierda (¿qué es derecha o izquierda, cuando son extremas, violentas y terroristas?), hubieran andado por ahí más de treinta años matando a mansalva —unas 810 personas—, mayormente parlamentarios de Convergencia i Unió, alcaldes del PNV, concejales del BNG, ertzainas, mossos de esquadra, consejeros autonómicos nacionalistas, banqueros, hombres de negocios y otras gentes afines, además de secuestrar a varios empresarios, extorcionar a centenares de ellos, amenazar e insultar a miles de sus amigos y familiares, etc.

Imagine asimismo el lector que durante todo ese tiempo la pretensión de esas bandas terroristas fuera el dialogar y negociar con el Gobierno de la Nación la supresión del régimen autonómico, establecido en la Constitución, a fin de volver al viejo Estado unitario y preconstitucional.

Imagine, en fin, el mismo lector que en medio de ese desconuelo y desespero, a punto de iniciarse el tercer milenio, apareciese no un político próximo a las tesis de los terroristas, ni un catedrático, ni un magistrado, ni un académico, sino, pongamos por caso, un obispo, y no el de San Sebastián sino el de Ávila o el de Salamanca, diciendo que la solución final pasa por que los agentes implicados en el proceso analicen y estudien *cuál es el precio que hay que pagar por la paz desde el punto de vista de un proceso que comprometa a unos y a otros para a través del mismo llegar a la paz.*

¿Qué diría el lector (qué dice) progresista, regresista, liberal, conservador, centrista, moderado, izquierdista, revolucionario, derechista, demócrata, o como quiera que se llamase (se llame)?

¿Qué país civilizado es aquél, digo yo, en el que los terroristas pueden intervenir, como *agentes implicados en el proceso*, para fijar el precio que hay que pagar por la paz, es decir, por la normalidad democrática?

Pues ése es el país en el que parece querer vivir el señor obispo de San Sebastián, monseñor Setién, de quien son esas palabras citadas.

XLI

Por *pensar* diferente

Leo un manifiesto, redactado probablemente en Leiza, y entre otras muchas afirmaciones sentidas y sensatas vuelvo a encontrar el necio lugar común de que a José Javier Múgica lo asesinaron *por pensar diferente*. Menos mal que luego se añade que también para que nadie se atreva a *seguir su ejemplo y ejercer su libertad*, aunque no se nos aclara y concreta ni el ejemplo ni la libertad.

Por pensar, sólo por pensar, José Javier Múgica seguiría vivo. *Por pensar diferente*, sólo por pensar diferente, quizás se ha matado en la historia alguna vez, pero no es el caso de ETA. Además, ¿qué quiere decir aquí *diferente*? ¿Diferente de qué o de quién? ¿Y en qué grado de diferencia?

ETA mató a J. J. Múgica no por pensar no sé qué cosas diferentes (supongo que de ETA), sino por actuar (eso sí, de manera coherente con su pensamiento, que es lo propio de un hombre cabal). Lo mató, concretamente, por ser y actuar como concejal en el Ayuntamiento de Leiza, y concejal de UPN (no de PNV, de ETA o de IU), con todo lo que eso significa de navarridad y de españolidad, en un pueblo, hoy en manos de Batasuna-ETA, que hasta hace poco fue mayoritariamente carlista y votó por mayoría a favor de la Constitución española de 1978.

Que es mucho más, como se ve, que *por pensar diferente*. Es decir, ETA lo mató por el mismo motivo fundamental por el que ha matado a otros españoles activos en una u otra organización y, en algunos casos, a ciudadanos que, aun no sintiéndose o llamándose españoles, servían, según ETA, directa o indirectamente, la causa de España, su enemigo radical.

Digamos con claridad las cosas claras y a las oscuras pongámosles la máxima claridad posible. Y, si no, dejemos de escribir y dediquémonos a otros menesteres. Ajustarse a la realidad de los hechos y de las cosas es hacer la verdad. El irrealismo trae graves consecuencias. Por ignorancia, por seguir los lugares comunes de la moda imperante, por pereza o cobardía intelectual, por complejos, por miedo, o por lo que sea. Todos son motivos enemigos de la voluntad libre y de la realidad.

Y hablando de Leiza, leo que una *peregrinación* de patriotas vascos ha partido de no sé qué dolmen partido de Aralar —¿símbolo de su Pueblo?— en busca de la *paz* para Euskal Herria.

Lástima que no haya salido de la casa de José Javier Múgica, última víctima de ETA, o de otro punto de partida similar, mucho más humano que un dolmen, y no piense terminar delante de alguna sede de Batasuna, en una *oración* o *declaración profética* de denuncia y condena del terror, del terrorismo de ETA y de todos su cómplices.

XLII

Plan Ibarretxe

Para empezar, el llamado *Plan Ibarretxe* no es de Juan José Ibarretxe sino de un equipo largo de nacionalistas vascos de todo género, donde también hay algunos ex trostkistas, ex maoistas y hasta algún que otro aristócrata vasco, además de algunos «españoles» conservadores donde los haya, como Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, que directa o indirectamente han contribuido a la aventura.

¿Y qué es ese Plan que, por lo que a finales de julio de 2003 sabemos, se llama *Estatuto político de la Comunidad Libre Asociada de Euskadi*? Es un proyecto con dos etapas: 1) Para la primera, se configura un nuevo Estado, Euskadi, en casi toda su extensión, con una mínima inserción en el Estado español a fin de evitar quedarse fuera de la Unión Europea; 2) para la segunda, una vez asegurada la presencia institucional de Euskadi en la Unión Europea, según sueñan esos nacionalistas independentistas, un nuevo referéndum separará Euskadi del Estado español —que así llaman a España— y llegará entonces la hora de la independencia.

Lo que más teme ahora el nacionalismo vasco dirigente, aislado ya internacionalmente, es quedarse fuera de la Unión Europea, que es como quedarse en las tinieblas exteriores.. La segregación lisa y llana del Estado español sería para la Comunidad Autónoma del País Vasco en términos económicos una ruina, dada la imbricación de la economía vasca con la española y con la europea en general: aranceles y otros costes fronterizos, reducción de la producción, abandono de muchas empresas, costes de nuevas competencias, mayores impuestos, reducción de empleos, tasa de paro muy superior a la actual, multiplicación del saldo migratorio negativo (hoy alrededor de 4.000 personas al año), etc.

Por eso, en ese Estatuto político, que el Parlamento Vasco ya está comenzando a poner en marcha, la Comunidad Autónoma del País Vasco se presenta extravagantemente como un Estado hecho y derecho, unido a la Unión Europea todavía a través de España, para salvar su futura existencia, pero sin que el Estado español pudiera hacer apenas nada, puesto que Euskadi estaría directamente representado en el Consejo de ministros europeos, elegiría sus propios diputados al Parlamento, accedería directamente al Tribunal Europeo de Justicia... Ocurrencias, pretensiones y delirios que se dan de bruces contra la Constitución española, contra la Constitución europea, pero sobre todo contra la radical y cotidiana realidad.

Lo que se ha filtrado del llamado *Plan Ibarretxe* ha recibido una dura y a veces desdeñosa respuesta por parte de la inmensa mayoría de políticos, expertos constitucionales o comentaristas: centón de aberraciones políticas e históricas; red velada de trampas retóricas; altanera voluntad de ruptura de las reglas de juego de veinticinco años de democracia ejemplar y admirada en el mundo; muestra elocuente del fracaso político y de la impotencia ideológica del nacionalismo vasco; incapacidad vergonzante de adaptación a las exigencias del mundo actual; acto final de la infame opereta iniciada en Lizarra, después del pacto con ETA, etc.

Quizá la acusación más grave y penetrante es la lanzada por el catedrático Llera, director del Euskobarómetro de la Universidad Pública Vasca:

Es el último intento desesperado de imposición de la comunión nacionalista sobre la sociedad vasca, a base de aprovecharse del aturdimiento moral y político causado por el miedo generado por la violencia nacionalista y del ventajismo institucional y clientelar de un sistema constitucional que tratan de deslegitimar todos los días.

Es el mismo profesor Llera el que nos exhorta a la firmeza democrática, al consenso y a la iniciativa política, huyendo de *polémicas estériles* o de *competiciones absurdas de patriotismo*. Supongo que no de las polémicas que no sean estériles o del patriotismo que no sea absurdo y que tanta falta nos hace, porque no somos los únicos apátridas y huérfanos de arraigo real en nues-

tra vida. Pero es difícil en este momento esperar mucho de los otros nacionalistas periféricos, unidos por la *Declaración de Barcelona*, o del PSOE de Maragall, Pérez Touriño, Blanco, Antich, Iglesias, Elorza, cazadores de Redondo, y alcaldes socialistas navarros (con su dirección al frente), elegidos con los votos de los independentistas y recompensados a la vez por aquéllos.

Sea lo que sea de la capacidad de reacción de los políticos llamados «constitucionalistas», y dependiendo mucho de eso, el llamado *Plan Ibarreche* puede ir adelante contra viento y marea, animado por la presencia aún activa de ETA, por desmedrada que esté, y todo su entorno político, y llevarnos, en palabras del ponderado economista vasco Mikel Buesa, a *una desolación que hoy ni tan siquiera visualizamos*.

O puede quedar como quedó en la historia el empeño penneuvista por la *reintegración foral* en 1918 o el Estatuto (confederal) de Estella de 1931, redactado por la Sociedad de Estudios Vascos (*Eusko Ikaskuntza*), que contó entonces con el apoyo de muchos carlistas e independientes católicos. Duraron sólo unos meses.

No tomemos en serio la referencia a Navarra y al territorio francés, que ni siquiera tiene el nombre administrativo de País Vasco francés. Sería dar una baza al presidente autonómico Ibarretxe, ese señor de lugares comunes y de una vulgaridad poco común, que ni nos representa ni nunca nos va a representar.

Pero también la mayoría de la sociedad vasca quiere la estabilidad, la libertad y la seguridad. No es mayoritariamente independentista, ni por asomo, y ni lo son siquiera los votantes del PNV, según sus propias encuestas. Y, aunque sea engañada esa sociedad una y otra vez por el *diálogo-monólogo* y el *pactotrágala* de los fautores del Acuerdo de Estella, Udalbiltza y el Plan Ibarretxe, no podrá menos de reaccionar cuando vea cerca las orejas al lobo de la catástrofe, cuando las Cortes Generales españolas o el Senado cumplan con su deber constitucional, Álava amenace en serio con segregarse de la Comunidad Autónoma, así como otros territorios de la misma, o sencillamente cuando España y la Unión Europea muestren ante el mundo lo ridícula y grotesca que es la aventura del mandado Ibarretxe y sus mentores.

Mientras tanto, vamos a ver cuál es la propuesta final «de» ese aventurero y visionario populista, como le pintan sus adversarios más cercanos. Vamos a ver si el año que viene los partidos españoles vuelven a ganar, como suelen, en la Comunidad Autónoma Vasca las elecciones generales, cosa que nadie recuerda. Espero que mientras tanto alguien en el PNV pueda poner un poco de cordura, recordando que el partido ha sufrido ya cinco escisiones (1921, 1930, 1934, 1959 y 1984). Espero que Madrazo sea desautorizado finalmente por el conjunto de Izquierda Unida en toda España, y también que alguien, siguiendo la inspiración que parece insuflar las últimas declaraciones de Cristina Alberdi, dé un golpe de timón en este PSOE. desnortado, confuso y excesivamente asimétrico más allá de su entusiasta patriotismo partidista.

XLIII

¿De qué *pluralismo* hablamos?

Cada vez que los socialistas navarros llegan a algún acuerdo con los nacionalistas vascos, dicen defender el *pluralismo*. De *pluralismo* hablaban los socialistas vascos cuando gobernaban en la Comunidad Autónoma Vasca con los nacionalistas. Éstos, en cambio, que allí proclaman la soberanía, la singularidad del pueblo vasco, la mayoría social del nacionalismo vasco..., en Navarra, donde son minoría, hablan siempre de *pluralismo*, de que Navarra es *plural* y *pluralista*, y cosas similares.

El *pluralismo*, valor democrático y constitucional capital, va siendo una exigencia, una cualidad, una condición, cada día más ponderadas y defendidas *pro domo sua* por los nacionalismos llamados *periféricos* en España. ¿Qué entienden por tal? No sólo la defensa natural y el desarrollo de la descentralización y la autonomía en todos los sectores de la vida política que conseguimos e instituimos entre todos, sino casi siempre lo distinto, lo diverso y con frecuencia lo contrario a la unidad de España, a la unidad de la Nación española, que consagra nuestra Constitución.

Y así hablan del Estado *pluri-nacional*, *pluri-cultural*, *pluri-lingüístico*, y nunca de la Nación plural, de la cultura plural española, de las varias lenguas de España.

Todo es decir *pluralismo*, *pluralidad* y *plural*, pero nunca o muy pocas veces unidad, cohesión, solidaridad, convivencia, proyecto común, comunidad de ideales e intereses, etc.

El diccionario nos enseña que *pluralismo* es *un sistema por el cual se acepta la pluralidad (la cualidad de ser más de uno) de doctrinas y posiciones*.

Pero *pluralidad* significa también *multitud*, *número grande de algunas cosas* o *el mayor número de ellas*, significado cuantitativo

un tanto ajeno al campo político. Y *plural* quiere decir, además de *número plural*, y nada menos que en su primera acepción, *múltiple, que se presenta en más de un aspecto*. Así decimos muy justamente que España es una *Nación plural*.

Podemos así decir, claro, que Navarra es *plural*, pero eso no puede significar, por ejemplo, que Navarra no sea *una* Comunidad, con *un* Gobierno y *un* Parlamento, y con *una* ley orgánica fundamental que es lo que llamamos el Amejoramiento del Fuero.

Navarra es *lingüísticamente plural* porque tiene dos lenguas oficiales. Y *culturalmente plural*, porque en Navarra no está excluida ninguna cultura, de las muchas, muchísimas, que existen (entendida la cultura como visión del mundo y modo de comportamiento), y *políticamente plural*, porque en ella hay muchas posiciones políticas, y organizaciones políticas a la vez. Pero Navarra sigue siendo una.

Porque la *pluralidad de doctrinas y posiciones*, fruto de la libertad, privada y pública, reconocida constitucionalmente a las personas, y nota común de todo el mundo democrático, no niega la unidad de un país, de un pueblo, de una nación, de un Estado. Antes bien, en el lenguaje político ordinario, suele presuponerlo. Si hablamos de Europa, España, Cataluña o Galicia, por muy plurales que sean, y lo son, hablamos siempre de *una* entidad, y no de muchas, a no ser en sentido vulgar o figurado.

Este uso y abuso de los conceptos-palabras *plural*, *pluralismo*, *pluralidad* es muy común también entre socialistas-nacionalistas, como es el caso de los catalanes. Incluso José Montilla, el único apellidado castellano entre los dirigentes conocidos del PSC-PSC(PSOE), habla, a finales de julio de 2003, de la *España plural y diversa* del PSOE, que no es, según él, la del PP y CIU sino *un nuevo modelo de relaciones entre Cataluña y España*, que no explica, para arremeter como de costumbre, caricaturescamente, contra la España *una, grande y libre* de Aznar.

A él se añade en las mismas fechas otro socialista nacionalista catalán, Joaquím Nadal, ex alcalde de Gerona, para referirse a la visión *plurinacional* del PSOE, al concepto de la *España plural*, que está *lleno de matices y riquezas*, que no se digna explicitar, frente al *concepto intransigente del Estado, con raíces*

ideológicas y políticas de tipo autoritario e inquisitorial, que es naturalmente el del PP.

Así pues, el *pluralismo* se ha convertido en el comodín de independentistas, confederalistas y nacionalistas más o menos radicales, incluidos algunos socialistas, y no digamos otros partidos como Izquierda Unida, para defenderse, alejarse y hasta mofarse de la España de la Constitución de 1978, de la España una y plural, de la Nación española, expresión ésta última que no quieren ni oír nombrar.

He aquí un ejemplo claro de una nueva perversión semántica, de significado, a la hora de defender una tesis política particular, que hace hoy el juego al independentismo vasco, aprovechando la multívoca significación de los sintagmas *plural*, *pluralidad* y *pluralismo*.

LXIV

1. La superficialidad de la *política*

En su libro *La rebelión de las masas*, capítulo titulado «El mayor peligro: el Estado», Ortega y Gasset deja clara su defensa de la democracia liberal y su crítica radical del comunismo y del fascismo, los sistemas típicos que engendran, cultivan y reproducen el *hombre masa*.

La actuación habitual del *hombre masa*, gregario, masificado, determinado y determinista, es la acción directa. Lo suyo no es reflexionar, discutir, convencer, sino imponer. El *hombre masa* no tiene deberes sino derechos. Pasa por alto los mecanismos de la democracia representativa, porque desprecia la libertad y, cuando algo necesita, lo exige directamente del Estado, del Poder en sus distintos grados y calificaciones. El típico *hombre masa* del comunismo o del fascismo odia el liberalismo con el odio que se reserva a lo ajeno y desconocido que pone en peligro lo propio y elemental.

La política no suele ser el ámbito donde rigen esas minorías ejemplares, los hombres mejores, que todos los tiempos aguardan para ser verdaderamente humanos, y que impiden, cuando pueden, la imposición de los *hombres masa*. La influencia de esas minorías ejemplares no suele ser política sino pedagógica y moral.

Lo mismo hoy que cuando escribía Ortega, mayo de 1937, su *prólogo para franceses*, muchos, aun quienes se creen egregios, siguen viéndolo todo bajo el prisma oscuro de la política. No digamos los políticos profesionales, que no suelen ver en el mundo otra cosa. Toda idea o valor se confunde con el color político de quien los posee o defiende, para así apreciarlo o depreciarlo sin más contemplaciones. Escribe el filósofo español:

El politicismo integral, la absorción de todas las cosas y de todo el hombre por la política es una y misma cosa con el fenómeno de la rebelión de las masas que aquí se describe. La masa en rebeldía ha perdido toda capacidad de religión y de conocimiento. No puede tener dentro más que política, una política exorbitada, frenética, fuera de sí, puesto que pretende suplantar al conocimiento, a la religión, a la «sagesse»; en fin, a las únicas cosas que por su sustancia son aptas para ocupar el centro de la mente humana. La política vacía al hombre de soledad e intimidad, y por eso es la predicación del politicismo integral una de las técnicas que se usan para socializarlo.

El *hombre masa* quiere imponerse en todo lugar y momento, en todo campo de la existencia humana. Por eso desprecia aquello que no puede imponer, que no puede poner a falsa votación con su mayoría cuantitativa: Dios, la ciencia, el arte, los valores universales, quién sabe si hasta el alfabeto o el sistema métrico decimal

La rebelión de las masas, de Ortega, tiene mucho que ver con *La rebelión de las elites*, de Christopher Lasch, donde «elites» no quiere decir otra cosa que los *hombres masa* que las componen, por muy privilegiados que parezcan, atentos sólo a sus particulares intereses y vanidades, esos hombres «de» la televisión, de la vida social, de las revistas y diarios de moda.

Hombres masa: hombres de la facilidad y de la vulgaridad, del primitivismo, de los instintos, del re-sentimiento, de la falta de cualificación y de proyectos profundos, del insulto y de la amenaza, cuando no del terror puro y duro con tal de conseguir sus bajunos objetivos. Es decir, los hombres —muchos políticos entre ellos— de la des-moralización y degradación de la vida personal y social.

2. La política de salto de mata

No puede uno replicar a quien no responde a un solo argumento y ni siquiera puede justificar sus textos propios.

Tampoco la ira sirve mucho en estos casos. Ya el sabio Epicuro nos dejó escrito que *la ira excesiva engendra locura*.

Una de las mayores locuras políticas es no tener política alguna: estar a verlas venir; vivir a salto de mata; actuar a la buena de Dios, sobre la marcha, sobre el terreno, dándosenos lo mismo arre que so, sol que fa, según el palo que pinte. Así, en lo que hace a la paz (a eso que se llama paz), a eso que llaman tregua, a los terroristas y afines, al independentismo, la ley del vascuence, el órgano común, la composición del Gobierno, las mociones parlamentarias y municipales, la violencia callejera...

Un día bastos, y al otro copas. Por la mañana así y por la tarde asáu. Ahora de verde y luego de azul. Siempre a golpe de moda, de última encuesta o de éxito/fracaso electoral, haciendo el juego permanente a quienes nunca cambian de objetivos y todos aprovechan para su causa.

Todo por la patria... del poder personal (podercillo, poderucho), de eso que llaman poder, y que no es sino la miseria moral de una falsa política, sin ton ni son, sin fundamento, sin objetivo, sin envergadura. Es decir, sin humanidad.

Estamos lejos de la doctrina clásica de la conciencia recta, de las honestas decisiones, del desprecio del azar, del sereno y continuo discurrir de la vida, que recorre un solo camino. Escribe Séneca a Lucilio:

Porque aquéllos que de unos propósitos pasan de golpe a otros, o que ni siquiera pasan sino que son empujados por cualquier eventualidad, ¿cómo, indecisos e inconstantes, pueden mantener una postura segura y duradera?

Y para que nadie me reproche el perderme por los cerros de Úbeda o por la sierra de Abodi, ahora que lo *políticamente correcto* (forzoso) parece ser —con sonoras excepciones— criticar el Foro de Irlanda, el «Lizarrako Akordioa», o la Asamblea de municipios independentistas, quiero recordar que sólo hace tres años era un timbre de gloria progresista, frente a «conservadores», «reaccionarios», e «inmovilistas», firmar y animar a firmar el *Contrato de Voluntades para la Paz*, del «Movimiento Social por el Diálogo y el Acuerdo», que era exactamente el mensaje precursor de todo eso que ha venido después.

De aquellos polvos salieron también estos lodos.

XLV

Presos vascos

Los *presos vascos*, llamados a veces *prisioneros vascos*, son el centro neurálgico de la ritualización del MLNV (Movimiento de Liberación Nacional Vasco) porque son el santo y seña, el símbolo político principal de ese llamado movimiento liberador. Sus testigos (mártires), sus víctimas sacras, su referencia popular que llama, más que a la compasión, a la movilización y a la rebelión.

Los llamados *presos vascos* suelen ser los etarras ya juzgados y condenados o sus cómplices directos, o los acusados de delitos a punto de ser juzgados.

Pero se les llama *presos vascos*, calificativo neutro de por sí, sin decir el motivo de su prisión, porque para la llamada *Izquierda abertzale* los militantes que matan, hieren, estragan, extorsionan, amenazan, insultan... por la causa de la independencia de Euskadi no son asesinos, ni delincuentes de ningún género, sino patriotas beneméritos, de alta potencia espiritual, que merecen el más alto de los aprecio y el más rendido de los homenajes, cuando no el seguimiento imitador de los otros jóvenes vascos. Están presos porque son vascos, es decir, los más valientes de los militantes vascos. La expresión, también habitual, de *presos políticos vascos* viene a decir lo mismo: están presos por motivos políticos, es decir, por defender a la patria vasca.

En torno a los *presos vascos* han abundado las huelgas de hambre, nunca por cierto heroicas; los encierros provocadores en edificios públicos, y hasta en iglesias, como en la catedral del Buen Pastor, de San Sebastián; jornadas de lucha de todo tipo organizadas con los más diversos motivos; recibimientos y homenajes a ex presos vueltos a sus lugares de residencia; jornadas y semanas llamadas *de amnistía*, antes y después de la amnistía concedida

por las Cortes en 1977; innumerables marchas, a veces hasta las puertas de las prisiones, contra la dispersión de los *presos vascos* y en honor de éstos; encarteladas por parte de los familiares y amigos en calles y plazas de pueblos y ciudades, etc.

Un organismo del movimiento independentista conjunto, *Gestoras pro Amnistía*, ha estado a la cabeza de toda la varia e intensa política a favor de los *presos vascos*, presidida siempre y en todas partes por sus retratos y por los lemas de *Euskal Presoak Euskal Herrira* (Presos vascos a Euskal Herria) y *Euskal Presoak Etxera* (Presos vascos a casa).

Los *presos vascos*, centenares hoy en España y en Francia, son naturalmente un grave problema para ETA y sus diversos cómplices. Cada vez la presión de la sociedad, de las Fuerzas de Seguridad, de la Unión Europea, de Francia, de Estados Unidos, es más grande. Herri Batasuna, el brazo derecho político de ETA, está ilegalizada. Pero éstos son factores de suma importancia, que no atañen directamente a la perversión política del lenguaje.

Presos vascos. Todo un índice y resumen de tamaña perversión.

XLVI

Gobiernos de *progreso*

Sabemos ya —y si no lo sabemos, sabemos bien poco— que en toda representación, incluida la política, con frecuencia el lenguaje lo es todo o casi todo. Y así, por ejemplo, mucha gente ha dado en creer que hay Gobiernos de progreso o de lo contrario (¿de regreso?), según lo definan ciertos políticos de sagaz vocabulario propagandístico.

Y así hay quien cree que los Gobiernos de progreso son los formados por el PSOE, IU, PNV, EA, Aralar, o las decenas de denominaciones en las que se disimula Herri Batasuna-ETA y afines.

Veamos. CDN era durante el Gobierno tripartito de 1995-1996 un partido *progresista*. Ahora es un partido *derechista* más, *acólito de UPN*, *un apéndice de UPN*, cuando no *más derechista que UPN*.

Del PSOE todos esos partidos dicen a todas horas, cuando no les interesa servirse de él, que es un partido social-liberal cuando no conservador, atlantista, aburguesado, españolista centralista, lleno de escándalos cuando no corrupto, responsable del GAL cuando no autor del mismo, protagonista de la nefasta Ley de Partidos, etc. No me lo van a negar a mí, que sé un poco de eso. Estas últimas semanas le están acusando de estar haciendo pactos de gobierno con la *derecha pura y dura* o con *la derecha de toda la vida* en Cantabria, en Zaragoza, como antes en Mallorca, o ahora en Peralta. Otros, en cambio, le reprochamos sobre todo que pacte con independentistas de toda laya allí donde puede: en Barcelona y en toda Cataluña, en Galicia, en Baleares, y ahora en seis Ayuntamientos de Navarra y no sólo en cinco, sin contar sus cínicas declaraciones.

La Izquierda Unida de Llamazares-Madrado es, como todo el mundo sabe, y con algunas excepciones meritorias, una composición compleja pilotada por el Partido Comunista, cada vez más extremista y retrasado, enemigo de la Unión Europea y de la Alianza Atlántica, que forma parte del Gobierno independentista de Euskadi, que formó y forma parte del *Pacto de Estella* y del *Plan Ibarretxe*, y que allí donde puede acuerda y pacta con partidos independentistas, impide mayorías del PP y el PSOE (Bilbao, Urnieta, Guecho...), y favorece causas del antisistema occidental.

Al PNV todos sus socios lo llaman habitualmente partido conservador, incluso sus socios de EA. Y de EA dicen lo mismo sus socios, incluso los del PNV. Los dos, no hace falta decirlo, son, al menos en sus cúpulas y manifiestos al uso, partidos separatistas-independentistas, y socios del *Pacto de Estella*, *Udalbiltza* y *Plan Ibarretxe*, apoyados en lo esencial por ETA.

Aralar es Herri Batasuna sin apoyo a/de las armas de ETA, pero, como dijo uno de sus nuevos líderes navarros en la campaña electoral, no quiere que ETA se disuelva mientras quede un solo *preso vasco* (es decir, un asesino vasco) en la cárcel. Al parecer, para ellos los *vascos* presos (es decir, los etarras) no son o no pueden ser asesinos o les da igual que lo sean.

De todas las denominaciones que se disimulan para no aparecer como brazos de ETA hay que decir lo mismo que de ETA. Y de otros grupúsculos con mínima representación, trotskistas, maoístas, marxistas-leninistas, castristas, etc. baste mentar sus propias definiciones.

Eso sí, casi todos ellos se llaman *izquierdistas* o *de izquierda*. Y todos sin excepción *progresistas*

¿Qué serán esos talismanes, esos amuletos vocabulares, con poderes mágicos al parecer, para transformarlo y ennoblecerlo todo? ¿Puede decírmelo alguien? ¿Puede alguien resumirme en media página ese *progreso*?

XLVII

El *Pueblo* vasco

La concepción nacionalista del fundador del PNV (Partido Nacionalista Vasco), Sabino Arana Goiri, como la de tantos hombres tradicionalistas y conservadores de su tiempo, hunde sus raíces en el nacionalismo idealista alemán, cuyo principio básico consiste en entender la nación no como la expresión acabada de la voluntad individual sino como una *totalidad orgánica* (Herder). La nación se representa como un cuerpo viviente, natural, anterior y superior a la voluntad de los individuos que la componen. Más adelante el filósofo Fichte desarrolla esta idea: el hombre es libre por naturaleza; pero, al cooperar con los otros, crea el *alma colectiva*.

El nacionalismo idealista alemán surge como respuesta reactiva a lo que significa la Revolución Francesa. El también filósofo Hegel, máximo representante del idealismo germánico, entiende la reconstrucción nacional como un proceso de incorporación del individuo a la *herencia histórica* del pueblo. El protagonista de la historia es la nación y el *volksgeist* (espíritu nacional) su impulso decisivo. El Estado sería el instrumento de ese espíritu.

El lema fundamental, el más expresivo y de mayor influencia posterior, de Arana fue: *Euzkadi es la Patria de los vascos*. La única patria de los vascos. Quien quiera llamarse y ser vasco de verdad no puede creer y sentir otra cosa. No puede, por ejemplo, ser vasco y al mismo tiempo español o francés. O definirse primeramente navarro o aquitano. Hay un imperativo histórico-orgánico-cósico que lo impide. Como no se puede ser mahometano y cristiano, varón y mujer, blanco y negro al mismo tiempo.

El manifiesto que el Partido Nacionalista Vasco aprobó y publicó con motivo de su centenario dice rotundamente: *Los vas-*

cos de los seis territorios constituimos un mismo pueblo por su origen y por su voluntad.

Pero, si los vascos son ya un pueblo por su origen, poco tiene que ver la voluntad, a no ser que sólo sirva para confirmar y refrendar el origen. ¿Qué origen? ¿El racial? ¿El de los cuatro apellidos? ¿El de la lengua? ¿El de la historia? ¿Cuándo ha sido el pueblo vasco uno y el mismo?

Si el primer nacionalismo confesional de Arana Goiri subordinaba la Patria a Dios (*Gu Euzkadi'arentzat ta Euzkadi Jaungoiko'arentzat*: Nosotros para Euskadi, y Euskadi para Dios), para el llamado Movimiento Nacional Vasco de Liberación el Pueblo Vasco es la realidad sacra y absoluta, sujeto colectivo, supraindividual y permanente, de su propia liberación nacional y social, que es la verdad práctica primera e infalible. Y a la vez la comunidad de patriotas leales —los auténticos vascos—, que actualiza cada día esa realidad absoluta, a la que ofrecen su acción y su vida, sin que haya lugar para el titubeo, la disensión y menos para la alternativa.

Uno de los primeros y más significados militantes de ETA resumirá bien lo que Dios y Patria son para él y para la inmensa mayoría de sus conmlitonos:

Mi Dios, mi patria y mi ideología es Euskadi.

La patria ni se inventa ni se destruye; es un hecho histórico que nace con los siglos y prevalece a través de ellos (...) Euskadi no es una quimera, es algo que ha existido y algo que día a día toma forma, forjando el continuo y constante batallar de los patriotas. El sufrimiento, la entrega, la cárcel, el estudio y mil otras cosas están creando la nueva patria que un día no lejano verá la luz.

XLVIII

Racismo sin razas

Por fortuna no hemos sufrido en Navarra a ningún ideólogo, ni fundador, si santón, ni jerarca, aunque alguien lo haya intentado, que nos haya comido el seso con una supuesta raza que nos conforme y nos informe, o que nos haya complacido y arrasado comparándonos con otros desde la megalomanía, la arrogancia y el odio cretino. Aunque entre nosotros no pocos se hayan creído en tiempos pretéritos la leyenda de Túbal —fundador de Tafalla y Tudela, entre otras hazañas— y fantasías semejantes, no nos gloriamos de haber tenido un Arana Goiri, pero ni siquiera un Labayru, que haya visto en nuestras fisonomías *las dos notas y aspectos más notables de la fisonomía general de la humanidad: la civilización primitiva de los patriarcas medievales y el genio guerrero de los Bárbaros hiperbóreos*.

La verdad es que hemos hecho poco caso a los llamados *científicos* que han ido investigando por ahí la raza, investigación que se reduce casi siempre a la anatomía física, la craneometría y la seroantropología, amén de sus aventuradas deducciones, sus incumplidas hipótesis, sus alegres estadísticas, sus prejuicios ideológicos, sus comparaciones discriminatorias y sus arbitrarias conclusiones.

No hay ni ha habido razas superiores, por la sencilla razón de que no hay razas. Hay altos y bajos, delgados y gruesos, rubios y morenos, negros y cobrizos, guapos y feos... Pero no hay razas. Hay cráneos de distinto volumen y forma; hay ojos grandes, pequeños o rasgados; hay pieles de color distinto... Pero no hay razas. Hay diversidad de estaturas, formas y coloraciones, a causa de condiciones climáticas, educativas o sanitarias, género de alimentación... Pero no hay razas.

Desde Linneo, aquel obseso y sabio clasificador, hay tantas clasificaciones raciales cuantos clasificadores. Pero todas se han derrumbado cuando la genética moderna ha puesto de manifiesto un patrimonio genético común a toda la humanidad, con decenas de millares de genes, de los que sólo un reducidísimo número interviene en la determinación de los llamados «caracteres raciales».

Quien, a pesar de todo, prefiera vanagloriarse, por ejemplo, de un Rh—, grupo siempre minoritario dentro de una sociedad, que propicia candidatos a la ictericia hemolítica, allá él con sus glorias hemopáticas, que en muchos han llegado a ser ocasión y pretexto de hemotimias.

No existen razas. Pero existe desgraciadamente el racismo. Falso nombre, que quiere decir en realidad exclusión social o rechazo violento del otro, por pobre, por competidor, por diferente, por enemigo... Y que ningún gobierno ni partido político, por defecto o por exceso, debiera propiciar.

Como se ha dicho muchas veces, nunca un blanco, por ejemplo, rechaza a un negro, amarillo o azul (norteamericano, chino, afgano o marroquí), cuando cualquiera de ellos es rico o famoso, inocuo, parecido o socio. Los ricos, los famosos, los inocuos, parecidos o socios, nunca dan quehacer alguno, aunque sean negros, cobrizos, amarillos, azules, o de cualquier otro color.

Racismo: una palabra vieja, con una nueva realidad. Pero afortunadamente no hay razas.

XLIX

Radicales

Entre los diez significados que la Real Academia Española recoge en el *Diccionario de la Lengua Española*, su vigésima segunda edición, la palabra *radical*, que proviene de la latina *radix-icis* (raíz), quiere decir primeramente, como es obvio, *fundamental, de raíz*.

En segundo lugar *radical* viene a significar, de acuerdo con el anterior sentido, *partidario de reformas extremas, especialmente en sentido democrático*. Es decir, hombre que va a las raíces de las cosas; el que quiere que las reformas se lleven a cabo, es decir hasta el extremo, hasta el final; el partidario de sacar todas las consecuencias a las propuestas colocadas encima de la mesa. Es el sentido que tienen, que quisieron sus fundadores que tuvieran, los llamados oficialmente partidos *radicales*: Partido Radical suizo, italiano, etc., sean o no en la práctica conformes con su apelativo histórico.

Un tercer significado, derivado del anterior, pero que se aplica a muy diversas actitudes y actuaciones, democráticas o antidemocráticas, es el de *extremoso, tajante, intransigente*.

Es claro que la inmensa mayoría, si no todos, los testimonios, hablados o escritos, que llaman *radicales* a los miembros de ETA o a sus colaboradores y cómplices, pronuncian o escriben la voz *radical* en este último sentido.

Parece evidente que no es la mejor manera de nombrar, describir y menos de definir a esos delincuentes, asesinos o cómplices de asesinos, de mafiosos, estragadores, amenazadores, etc., darles el hermoso nombre de *radicales*, que dice de buenas a primeras relación con la raíz o las raíces del hombre y sus valores humanos.

Y sin embargo el apelativo se repite en todos los medios informativos, aun en los menos sospechosos de tibieza ideológica y moral, y son muchos los personajes del mundo de la política y de la cultura que lo emplean.

Tal vez porque es una palabra dulce, neutra, ambigua, elegante, no agresiva ni ofensiva de por sí. Tal vez porque el que la pronuncia o la escribe no quiere ir más allá, comprometerse más de lo debido.

Pienso decididamente que, si queremos no jugar aviesamente con las palabras, incomunicarnos más aún con el mejor medio de comunicación que es el lenguaje, no abusar de sus innumerables pliegues y repliegues semánticos, no debemos, no podemos seguir empleando el término *radical* a ningún enemigo del género humano; a quien mata, hiere, extorsiona, destierra y terrorifica.

Para determinarlos con rigor, para calificarlos con exactitud hay otras palabras en todos los diccionarios del mundo, en todas las hablas populares, mucho mas precisas y contundentes.

Es un inmenso favor que se les hace llamándolos extremosos, tajantes e intransigentes, es decir, *radicales*, en la tercera acepción de nuestro *DLE*.

Las palabras delincuente, bandido, bandolero, criminal, malhechor, ladrón, canalla..., y otras muchas más son las denominaciones, apelativos, epítetos, nombres y sobrenombres que se merecen.

L

Rebelión contra perversión

El *espíritu de Lasarte*, tras el asesinato del concejal socialista Froilán Elespe, ha venido a renovar el *espíritu de Ermua*, surgido tras el asesinato del concejal popular Miguel Ángel Blanco; ha venido a reavivarlo y actualizarlo. El *espíritu de Ermua* (el viento del pueblo acosado y amenazado) no era ni es otra cosa que la rebelión popular, ciudadana y democrática, rebelión pública sin concesiones ni disfraces contra el terror del nacionalismo independiente-terrorista. Después, llámenlo como quieran: nazismo (nacional-socialismo), estalinismo, maoísmo, fascismo, polpotismo... Todos los criminales se parecen mucho. Todos los vicios y todas las virtudes también. Pero cada caso y cada cosa tienen su nombre. Y, si les ponemos otro, por duro que pueda parecernos, tal vez estemos haciendo un favor a ese nacionalismo fanático y bárbaro.

Ya están muchos repitiendo el lugar común de moda. Hasta hace poco el estribillo era que ETA mata *por ser demócratas*. Ahora que *por no ser* nacionalistas. No, hombre, no. Que maten a demócratas y a no nacionalistas es cosa evidente. Pero la verdad pura y dura es otra. ETA mata por ser... *españoles*, por colaborar con los *españoles* (*zipayos*, suelen llamarlos), o por hacer el juego, como ellos dicen... a *España* (y a Francia, aunque mucho menos). El falso *progresismo* abertzaloide ha hecho estragos en el vocabulario y en la mente de muchos, que ya no saben o no se atreven a decir las cosas por su nombre.

Rodríguez Zapatero ha dicho lo que los dirigentes socialistas no habían dicho nunca, o rarísima vez, y lo que habían reprochado a dirigentes del PP: *quien comparte los fines suele comprender los medios*. Excelente, aunque sea tan obvio. Pero otros diri-

gentes socialistas, sobre todo aquellos que gobiernan, en cualquier esfera que sea, con independentistas o piensan gobernar con ellos, dicen y hacen lo contrario a cada paso. Así que lo que con una mano sabia se recoge con otra interesada se desparrama.

Sopesando ese principio y sobre todo la repetida y brutal experiencia de que todos los crímenes de ETA se cometieron para favorecer la causa de la independencia, César Alonso de los Ríos no duda en afirmar que aquí y ahora la prédica de la autodeterminación *conduce al crimen sistemático*.

Habiendo yo dicho cien veces que hay muchos tipos de nacionalismo, Mitterrand sabía bien lo que se decía cuando le oí en Estrasburgo que *le nationalisme c'est la guerre*. Y Mikel Azurmendi, de quien leo un excelente libro sobre Larramendi como precursor de tantos excesos actuales, no duda en afirmar que el *abertzale* (patriota vasco) *no puede vivir sin enemigos, a quienes no cesa de buscarlos, pero siempre* «fuera de la tribu».

Lo oigo por todas partes: si las víctimas del PP y PSOE hubieran sido PNV y EA, o si los *ertzainas* eliminados por la banda nacionalista-terrorista hubieran sido tantos como militares y policías españoles, ETA sería hace tiempo cosa del pasado.

Otra convicción extendida: la de que sin ETA no hay independencia posible (y con ETA tampoco, aunque por otros motivos), y al mismo tiempo la de que ETA no sería lo que es sin el PNV, EA y HB-EH. Y es que estos tres partidos han hecho cuanto han podido por la autodeterminación para la independencia, que es el principal objetivo de ETA. Han desautorizado detenciones, registros judiciales, extradiciones, condenas, encarcelamientos, cooperación internacional, etc., y hasta el Informe del Consejo de Europa sobre los Derechos Humanos en el País Vasco, aprobado unánimemente por 43 Estados europeos. Y han mantenido de continuo la *equidistancia* entre *ambos extremos*, jugando a *mediadores* entre dos *violencias*: sean legítimas o ilegítimas. Escribe Quevedo:

Muchas veces procede más el miedo de los que temen de su poco valor que del mucho del temido.

Los *nacionalistas moderados* (moderados en la voluntad de acabar con ETA), además de pactar primero con la banda y pedir-

le después tan *enérgicamente* que se disuelva, llevan diciéndonos hace muchos años su convicción (¿sólo eso?) de que ETA es invencible y de que todo lo que no sea *diálogo* (con ETA y los suyos) es *solución policial* y... española. Como si la acción policial no tuviera nada que ver con la acción política ni ésta con el terrorismo.

Vi y oí en las calles de Portugalete a grupos de *abertzales*, que parecían congregados allí para honrar al ertzaina asesinado por ETA, gritar *¡hijos de puta!* a políticos del PP y del PSOE, como si fuesen sus asesinos. No se les ocurrió hacer lo mismo ante la sede local de HB-EH o ante la manifestación terrorista de Bilbao, protestada hasta por el mismo alcalde nacionalista. Es uno de los últimos colmos. ¿Cómo va a sorprenderme que los ilustrados peneuvistas Guevara o Joseba Arregi no puedan aguantar más y se vayan? Enhorabuena.

Mientras tanto en el Parlamento de Navarra, donde PNV-EA no tienen ni de lejos la fuerza que en el Parlamento de Euskadi (no de Vitoria), HB-EH se encarga de llevar el peso mayor para hacer lo más difícil posible el gobierno *españolista* navarro, junto a todos los partidos minoritarios, prebendados o no. Quien en unos sitios es un monstruo, objeto de todas las condenas, en otros es, por los visto, un aliado. ¿Estamos en los tiempos anteriores a Ermua, después de tanta vana palabrería? ¡Sigue mandando el interés particular y partidista!

LI

Sin *reconciliación* no hay Constitución

La por varios motivos valiosa, pero discriminadora y sectaria, Constitución de 1931 comenzaba diciendo:

España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia. Los poderes de todos su órganos emanan del pueblo.

Es ocioso buscar precedentes en anteriores Constituciones españolas. Incluso en el Anteproyecto de la Comisión Jurídica Asesora faltaba una formulación análoga. Varios diputados quisieron afirmar la realidad *nacional* de España, pero el portavoz de la Comisión, señor García Valdecasas, argumentó que los redactores habían empleado sólo conceptos de contenido jurídico-político preciso y que por eso rehuyeron la voz *nacional*, que implica un concepto sociológico. El segundo párrafo del artículo entronca de hecho con la tesis de la soberanía popular, aunque no aparezca el término clásico.

En cambio nuestra Constitución de 1978, tras el texto de Preámbulo del que es sujeto la Nación española, recoge en el artículo del título preliminar lo mejor del código político anterior y lo completa:

España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político. La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado.

Los redactores esta vez no rehuyeron los conceptos sociológicos y subrayaron los político-morales.

Ya tenemos el Estado social y democrático de Derecho, con los propios valores-fines que le hacen ser tal, constituido por el «poder» del pueblo español. Pero ¿qué pueblo es éste, cómo quiere políticamente re-constituirse en este momento histórico? El artículo 2 nos responde:

La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, y reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre todas ellas.

Es obvio que sin reconciliación, sobre todo tras una cruenta guerra civil, no hay pueblo unido, y sin pueblo unido no hay Nación, que pueda ser patria común e indivisible, que pueda fundamentar una Constitución democrática.

Los diputados constituyentes que representaban al pueblo español lo sabían muy bien y, antes de elaborar la que se llamaría Constitución de la Concordia, aprobaron con entusiasmo la Ley de Amnistía, de 1977, propuesta por UCD, el partido del presidente Adolfo Suárez, ex ministro secretario general del Movimiento. *Hemos enterrado a nuestros muertos y nuestros rencores*, dijo entonces en el Congreso de los Diputados Marcelino Camacho. *Estamos resueltos a marchar hacia adelante en esa vía de la libertad, en esa vía de la paz y del progreso*. José María Benegas habló de otro futuro de España, mejor que el pasado, construido *sobre presupuestos distintos, superando la división que ha sufrido el pueblo español en los últimos cincuenta años*. Y Xabier Arzallus: *La amnistía es un camino de reconciliación, pero también de credibilidad y de cambio de procedimientos*.

El lector entenderá, tras leer estos testimonios, que me indignen las recientes palabras de un ex presidente del Gobierno y ex secretario general de un partido (con muchos ex franquistas en sus filas), volviendo sobre el franquismo y la Guerra Civil para arremeter contra sus contrincantes, llamándoles «sobrevenidos» a la democracia, o que me indigne la constante actitud antirreconciliadora de gran parte del nacionalismo vasco, cuando el peñevista fue el partido más dividido entre sí durante la Guerra Civil y buena parte del franquismo.

Es fácil hablar ahora, desde la ignorancia o la demagogia, de *libertad y libertades*, queriendo volver a escribir la historia en provecho propio, pero la mayor parte de la clase política española, y hasta de los mismos intelectuales, dentro y fuera de España, no hizo suyo el régimen democrático, lo más pronto, hasta los años 50 y 60.

Todos esos testimonios y otros más los ha recogido la enmienda transaccional del PP a unas proposiciones no de ley del PSOE y de IU en el Congreso de los Diputados, al cumplirse el XXV aniversario de la Ley de Amnistía, y entre todos han llegado, el día 20 de noviembre pasado, a un acuerdo unánime, que reitera la conveniencia para nuestra convivencia democrática de *mantener el espíritu de concordia y reconciliación que presidió la elaboración de la Constitución de 1978 y que facilitó el tránsito pacífico de la dictadura a la democracia*.

Fuera tristísimo que en las próximas contiendas electorales algunos grupos y partidos, a falta de otros argumentos para conseguir la arribanza, volvieran a la algara, a sacar rencores y muertos como armas arrojadizas, personales y partidistas. Ningún demócrata, y menos aún de entre los que hicimos la Transición, debería votar a políticos de tan mala picaña.

El patriotismo es una virtud política y moral más alta de lo que se cree. El servicio a la Comunidad (la Patria) está por encima de rencores, venganzas, intereses particulares y traumas psicológicos.

No hay Constitución sin Reconciliación. No hay pueblo ni nación ni comunidad sin una concordia fundamental, que cada día nos toca proteger y cultivar.

LII

¿Un *referéndum* sobre ETA?

A la mayoría ya no le llama la atención nada de lo que diga Arzallus, y menos en Estella y al pie de una fiesta de las ikastolas. Pero otros todavía dicen ¡oh, ah, ay, mira! Y se ponen muy tensos irritando la voz y exclamando que esto no puede ser, que cómo se puede consentir, que adónde vamos a llegar, y otras novadas.

Hay quien, queriendo hacer una gracia, o pasar por imaginativo o audaz, declara que si se va a hacer un referéndum sobre si ETA debe desaparecer o no —¿tantos años de matanza para eso?—, bien se podría hacer otros para preguntarles a los mismos vascos (y vascas, añadiría Ibarretxe) si quieren que se siga robando coches, violando o matando a las mujeres en las cocinas y alcobas, traficando drogas, etc.

Ay, bobos míos. El problema, y el reto, y el anuncio de lo que vendrá, no está en la desaparición o no de ETA (ni siquiera al consejero vasco Madrazo le gusta la pregunta) sino en el referéndum, en el principio del referéndum.

Hombre, ya lo había anunciado Ibarretxe y ahora, la voz de su amo, acaba de confirmarlo. Pero había anunciado también que junto a la pregunta sobre ETA vendría la del marco jurídico, la voluntad de los vascos, el ámbito de decisión, la autodeterminación o la independencia, que de todas maneras se dice y escribe ello.

El principio de referéndum ¡Como si el Gobierno de Euskadi fuera el de Suiza, o como si en España las Comunidades Autónomas tuvieran esa facultad! Es igual; cuando no hay lealtad constitucional, cuando los intereses pre-democráticos, cuando las leyes pueden saltarse según convenga (¡pobre Sócrates!), todo es

posible. *¿Qué hay de malo en eso?* —dirá Ibarretxe, como cayéndose de un guindo.

Así que primero se pregunta por ETA, para poder preguntar después por la autodeterminación (que en eso Madrazo sí está de acuerdo).

Conviene no olvidar que para ellos peor que ETA es España, el enemigo esencial y permanente, mucho antes de que lo dijera con su rudeza habitual Egibar. Y si se pregunta por uno, hay que preguntar forzosamente por el otro.

Prosigue así el nacionalismo independentista su constante dar que hablar, su desafío de siempre, su chantaje que no puede faltar, que no ha faltado nunca, con unos o con otros, contra unos o contra otros.

Mientras tanto, el emérito obispo Setién continúa escandalizando a fieles e infieles con sus declaraciones y exposiciones sobre ETA y el terrorismo. El daño que este hombre ha hecho y el bien que ha dejado de hacer en la Iglesia de Euskadi y de toda España perdurará muchos años.

LIII

La *religión* patriótica del terror

El muy documentado libro de Izaskun Sáez de la Fuente Aldama (Bilbao, Desclée de Brouwer) convencerá definitivamente a quien todavía dude de la transferencia de sacralidad en el seno del nacionalismo vasco terrorista (que no radical). Una transferencia sustitutoria: los contenidos de culto ya no son Dios y las verdades de la fe sino el Pueblo vasco, Euskal Herria, y sus derechos. De tal modo, que hay una clara incompatibilidad entre la cosmovisión católica y la del terrorismo nacionalista.

Según todas las encuestas, los jóvenes nacionalistas vascos terroristas, encuadrados en cualquiera de sus múltiples plataformas etarristas, son los menos religiosos, los menos creyentes no sólo de España sino de Europa, y tal vez del mundo. Seguro que los más anticlericales y antieclesiales.

El nacionalismo vasco terrorista ha funcionado desde su nacimiento como una comunidad creyente, con su propia doctrina, su sistema de valores y referentes de legitimación, y con sus mecanismos de socialización y reproducción intergeneracional.

Aun pareciendo antagónicos, marxismo y nacionalismo convergen en este nacionalismo vasco terrorista desde la perspectiva de una revolución total para eliminar la que ellos consideran opresión y ocupación colonial de Euskadi por España, es decir, por los españoles. Su práctica normativa, basada en la resistencia, en la victimación, el martirologio y la liturgia nacionalista movilizadora, pone muy por encima los principios y los «derechos» comunitarios sobre los individuales, y otorga al grupo de «elegidos» la competencia exclusiva de discriminar lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto.

ETA no es sólo la válida representación del Pueblo vasco sino la mediación sagrada que conduce a éste a la salvación.

Y no sólo los nacionalistas terroristas son los seguidores de esta «moral» nefasta y de este «camino» aberrante. Por lo visto, muchos de los nacionalistas que no son terroristas y que hasta se consideran creyentes en el Dios cristiano, también.

Soberanía

Cuando leo u oigo algo acerca de soberanía (de *superanus*: soberano, elevado, supremo, no superado), no pienso en primer lugar en soberanos: estados, imperios, emperadores, reyes, papas, presidentes, príncipes, duques, jefes supremos, generales en jefe, principales, mandamases, dirigentes, secretarios generales, directores..., por muy excelent-ísimos y eminent-ísimos, altezas y altísimos que sean.

Pienso, cómo no, en el hombre (*homo*, ser humano, el absoluto relativo), *soberano* dentro de la creación finita, en la soberanía —relacional y relativa— de su vida como autoposesión con su inteligencia sentiente, en la soberanía de su libertad fundada en la libertad graciosa del Espíritu.

En esa soberanía (relativa) pienso. Y desde esa soberanía juzgo todas las demás: falsas soberanías que fueron y pudieron ser, que son y pueden ser en el futuro.

Me pregunto también qué sociedad es ésa donde rige la aberrante *soberanía* que no responde a la soberanía esencial de los seres humanos soberanos.

Y me horroriza imaginar qué tipo de *soberanía* podría ser —y que afortunadamente no será— la encarnada por los que matan o colaboran con los que matan para poder imponer un día, una vez más en la historia, una *soberanía* de poder, homogénea, etnicista y totalitaria, que lleva consigo la destrucción sistemática de la esencial soberanía de los únicos soberanos (relativos) que son los hombres, cada uno de los hombres, por el hecho de serlo.

LV

Solidaridad con el PP

¿Qué hubiéramos hecho miles de ciudadanos normales, si durante los bombardeos —*ilegales e inmorales*, sin el refrendo de la ONU, y con cientos de víctimas civiles— de Belgrado y de Kosovo por la OTAN del señor Solana, y con el visto bueno del Gobierno de Felipe González, las sedes y los responsables del PSOE hubieran sufrido más de 300 agresiones de todo género?

Y ¿qué haríamos ahora mismo, si por cualquier decisión política exterior de un partido, sus militantes, sus sedes, sus actos, sufrieran insultos, amenazas, cercos, boicotos, pedradas, huevazos, explosiones, agresiones directas? Iríamos todos allá, haríamos contramanifestaciones, nos fotografiaríamos con ellos, escribiríamos cartas y artículos, celebraríamos actos de desagravio..., ¿qué se yo!

¿No hacemos todo eso cuando ETA y sus alevines, sus cachorros, sus muchos brazos, incluidos sus periodistas, sus filósofos, sus teólogos (que ahora se llaman por lo visto euskal-teólogos) y otros coadjutores hacen algo parecido?

¿Y qué? ¿Sólo la violencia y el terrorismo de ETA es violencia y terrorismo?

¿Dónde estamos ahora los que siempre hablamos y escribimos contra todo atropello, contra todo ultraje, tropelía y vejación? No los veo, no los oigo, no los leo: ni personas, ni grupos, ni entidades, ni instituciones.

No voy a perder tiempo con aquellos grupos que fomentan, incitan, aprovechan el río revuelto para descargar sus fobias, sus odios, sus venganzas, sus irreconciliaciones., sus progresos inhumanos. Ni voy a nombrar a un comunista castrista locuelo que se atreve a echar en cara al partido mayoritario debilidades antidemocráticas.

Los partidos democráticos han condenado tarde y mal, con la boca y la voluntad pequeñas, todas estas violencias, y casi siempre a la manera como acostumbran ciertos nacionalistas-independentistas con las salvajadas de sus hermanos étnicos, con equidistancia mental y verbal: hombre, esto no, pero tampoco aquello; sí, es verdad, pero también...; los dos tienen culpa de...; se quejan de esto pero ellos...; no se puede generalizar; el derecho a la vida y al honor pero a la vez el derecho a...

Ningún terrorista se siente en peligro con este lenguaje. Ningún bárbaro que tira piedras o huevos o llama asesino a cualquier concejal o alcalde, tampoco.

Sería hartamente grave, además de serlo todo lo demás, que algún cargo socialista de entre los muchos acusados resultara culpable de alguna de estas agresiones. Si yo fuera Blanco, y Dios me guarde de serlo, los traería a custodiar durante un mes la Casa del Pueblo de Rentería o de Portugalete. Tan sólo por reciclarlos, hombre, antes de que ocupen algún sillón.

Triste situación de una España sin reconciliar, lejos de la reconciliación. Pero más lejos aún de la educación, del buen gusto, de la democracia cotidiana. Nada hay parecido a esta incivilidad en la Europa de los Quince. Hasta ahora nos diferenciaba ETA y el Nacionalismo fanático (con la excepción del Ulster). Ahora también toda esta violencia y terrorismo —no sólo callejeros, oiga—, abominables, que a muchos les recuerdan años pasados: 1976, 1934, 1933, 1922, 1918...

Pero ¿no habíamos hablado tantas veces de *solidaridad* como valor supremo?

LVI

«La *solución* policial»

Se repite tanto que la *solución policial* no puede terminar con el terror de ETA, y que el *conflicto* político vasco requiere una solución política, que al final mucha gente acaba deduciendo que el terror de ETA es un problema político, y que es un reaccionario y hasta un mal nacido aquel que elige la llamada *vía policial* para enfrentarse con él.

Falso, falsísimo. Para empezar, la solución que llaman despectivamente *policial* es en todo caso una solución político-judicial-cívico-policial. Ninguna policía (ciudadanía, buen orden de la ciudad) democrática, incluida desde luego la *Ertzaintza* (Guardia del Pueblo) es simplemente policial: es un instrumento en todo caso político-judicial-cívico-policial.

El liberalismo, el socialismo, el comunismo, el federalismo, el nacionalismo, el internacionalismo... son grandes temas y a la vez grandes problemas políticos. Como son, desde un punto de vista más práctico y menos doctrinal, el hambre en el mundo, la pena de muerte, la carestía de la vivienda, la formación profesional o la privatización de empresas públicas, pongo por caso. Pero el terrorismo, no. Ningún terrorismo es un problema político, por mucha conexión que tenga o pretenda tener con alguno de esos temas que acabo de enumerar. Por eso ningún penalista llamará a un preso por terrorismo en una sociedad democrática *preso político* sino, a lo más, *delincuente por convicción*.

De otra manera, cualquier cabecilla, o partida, o banda, o facción, o partido, o milicia, podría, cuando creyera oportuno, recurrir al terror y exigir después a los poderes públicos diálogo y negociación sobre cualquier asunto que le interese, acusando

además al que se le oponga democráticamente enfrente de recurrir a la *solución policial*

El asunto es de enorme calado político, pero, como de costumbre, muchos políticos están lejos de ponderar la significación de lo que suelen llamar despectivamente *semántica*. Para semántica, su ignorancia. Tomándose tan en serio y tan mal la falsa distinción entre solución política y solución policial no hacen más que servir servilmente a quienes se sirven de ella para sus fines terroristas y políticos. El pobre concejal de Rentería, Manuel Zamarreño, penúltima víctima mortal hasta ahora de ETA, a quien oí un día por radio discurrir sobre todo esto, sabía mucho más que muchos de ellos, y se atrevía a decirlo: valía mucho más.

Mucho más que quienes hablan y actúan como si en España, con todas las limitaciones y deficiencias que se quiera, tuviéramos la policía —y la política— de Pinochet, de Ceaucescu o de Pol Pot ¡Qué más quisieran ellos!

* * *

POSDATA. Muchos meses después de escritas estas líneas (febrero de 2000), cuando reviso todo el texto del futuro libro (mediados de julio de 2003), leo en los periódicos que el Consejero de Interior del Gobierno Autónomo Vasco, Javier Balza, hablando del lugar de ETA en los futuros planes del nacionalismo soberanista vasco, declara —él también ahora— que el terrorismo sólo tiene una *solución policial*. Ya dice el generoso refrán castellano, aunque no quiero salirme demasiado de las lindes literarias, que *nunca es tarde si la dicha llega*. Vamos a ver qué aplicación práctica le dan a esa hasta ahora execrada solución y qué entienden por *policial* y qué por *terrorismo*.

LVII

Tréguala

En el órgano oficial de ETA, *Zutik* (En pie), abril de 1962, bajo la rúbrica *Gernika y el futuro*, podían leerse cosas como éstas:

El caso de Euskadi es similar al de Argelia o al de Angola. Sojuzgados por España, no podemos confiar en que ni Franco, ni la Monarquía española estén dispuestos a otorgarnos la independencia que exigimos.

España obtiene demasiadas ventajas económicas de Euskadi como para que podamos creer que vendrá el día en que se resigne a perder su «colonia», si nosotros no estamos dispuestos a conquistar nuestro derecho por la fuerza.

Partiendo de esta premisa es evidente que el camino que hemos de seguir es similar al de los argelinos o angoleños. Hemos de organizarnos para poder luchar durante dos, tres, cinco o cuantos años sean preciso. Hemos de conseguir que Euskadi, colonia española desde 1839, sea ingobernable por los españoles. Es preciso que golpeemos las manos y los brazos del gigante que nos asfixia, que no nos deja desarrollar ni mantener nuestro idioma, nuestra cultura, nuestras esencias políticas y sociales, tan dispares de las latinas.

(...) Aunque deseamos todo diálogo democrático (es decir, de igual a igual) con los españoles, (...) presentimos que habremos de luchar con metralleta en mano, hasta que se respete nuestra existencia y nuestra legalidad. (Fin de la cita).

No parece haber cambiado nada fundamental en el discurso etarra desde 1962 a este año de 1998, salvo haber cambiado *diálogo* por *negociación*. Ahora ETA, vencida en el frente que ellos llaman «militar», y el organizativo, declara una *tregua indefinida*, con condiciones, como ya lo hemos comentado todos.

A esto llaman algunos y hasta muchos *paz*. Pero la tregua no es nunca la paz, ni siquiera lo es el final de una guerrilla, o de una banda, cuando los bandidos cesan de matar. Si es que, tras ver los pasquines amenazantes a los concejales del PP y del PSOE, alguien cree en algún final.

Aquí no ha habido una guerra y ahora no hay una paz. Que se deje definitivamente de asesinar, queremos todos y yo no menos que nadie.

Pero hasta ahora y por lo que vamos viendo, esto es una *tregua* condicionante, una tregua-chantaje, una tregua-trágala, una *tréguala* (se lo oí a F. Jáuregui en Radio Nacional), todo un aforismo certero.

«¿Tenemos que» dialogar de algo más que del cese del terrorismo, de la entrega de las armas y de la situación de los presos? «¿Tenemos que» respetar el *Acuerdo de Estella*, que fue el pacto entre todos los independentistas, incluidos los etarras, para hacer bueno y honroso, y aún más rentable el cese del terrorismo?

En virtud del terror que ha durado treinta años, o, por miedo a que se repita, ¿vamos a vernos obligados a hacer esto o lo otro?

Eso es la tregua-trágala. La tréguala.

Eso no es la paz. Eso es la falsa paz, la mentira de la paz, la paz de la mentira.

Aunque sea Navidad.

LVIII

¡La *unidad* de los demócratas!

A todos se les llena la boca y, lo que es más, la mente con la *unidad de los demócratas*. Pareciera que se trata de un elixir, de un curalotodo, de un bálsamo político de Fierabrás.

O acaso, cuando no hay arrestos —es decir, voluntad política, por falta muchas veces de inteligencia política—, se echa mano del comodín que sirve para todo (y para nada): la *unidad de los demócratas*.

Unidad de los demócratas, suelen gritar algunos empresarios, sobre todo después de algún atentado que les afecta más directamente, y hasta piden a gritos que todos los políticos se metan en una habitación, se sienten en una mesa redonda y no salgan hasta que todo esté arreglado. *Unidad de los demócratas*, escriben los obispos ahora después de cada atentado. *Unidad de los demócratas*, dicen los pacifistas, que no han sabido decirnos durante años qué paz es ésa que nos predicán. *Unidad de los demócratas*, dicen a todas horas los políticos, que no saben ya decir otra cosa.

Todos quedan bien diciendo la misma logomaquia. No suena mal. Suena muy bien. Dentro de lo *políticamente correcto*, es decir, de lo que ni mata ni engorda. Hace veinticinco años hubiera sido un disparate hablar de *democracia* (democracia formal, ya se entiende) en ambientes progresistas, porque entonces se llevaba la revolución, el marxismo, la ruptura. Pero ahora la democracia (sin decir que es la liberal) es lo que se lleva. Además, es la de todos los demócratas, nacionalistas incluidos, para que no digan que somos intransigentes, intolerantes, derechistas, españolistas tal vez, ellos que son los que dan el diploma de correcto e incorrecto, progresista o trabucaire.

¿*Unidad de los demócratas* para qué? Pregunta maldita, que nadie la hace, porque es entrar en terreno vedado, muy peligroso.

¿Para hacer entre todos después de cada matazón un comunicado que se cae de las manos porque tiene que ser grato a todos? ¿Para no pasar en el letrero común, después de muchos años de esfuerzos, de un *ETA NO*, que casi da risa? No ¿qué? ¿Para organizar una manifestación en silencio, para que nadie, chisssss..., diga alguna vez lo que siente? ¿O para montar otra mesa y sentarse todos en torno a un *diálogo sin fin*, un *diálogo sin condiciones*, un *diálogo sin límites*, que tiene poco que ver, además, con la democracia?

Ahora andan escribiendo por ahí algunos demócratas que se pasaron tanto tiempo sentados en *mesas democráticas*, que en todos los años que duró la *gran coalición*, la famosa Mesa de *todos los demócratas*, el hacha y la serpiente se expandieron por doquier, y que la educación, la cultura, la propaganda televisiva y radiofónica estuvieron en manos del mismo clan al servicio de la misma tribu, y cosas por el estilo. Es decir, ahora dicen que la *unidad de los demócratas*, si no pasa de ahí, no llega a ningún puerto, sobre todo si los que controlan y orientan a los demócratas son los *etnodemócratas*.

Es natural que aquéllos que han salido ganando con tal beatería política vuelvan al mismo latiguillo, a la misma infantil seducción, a la misma trampa. ¡Queda uno tan bien! Además ¡es tan barato y sobre todo tan rentable!

LIX

¿Las urnas terminarán con el terrorismo

Unas veces toda la culpa del *conflicto* la tenía España. Otras, Ardanza comenzó a repetirlo, el conflicto era un *conflicto entre vascos*, y entre vascos había que resolverlo. Nada de Pactos de Madrid ni de Ajuriaenea con partidos españolistas, dependientes de Madrid. Eran las vísperas del Pacto de Lizarra.

En unas ocasiones, el PP y el PSOE, según los casos, aparecen como los grandes responsables del *conflicto*, equiparables en el mejor de los casos a ETA, y hasta responsables de la existencia de ETA, porque no hacen esto o lo otro Y, en otras ocasiones, como Ibarretxe se encarga ahora de repetirlo, *la sociedad vasca terminará con ETA*. ¿Cómo? En las urnas.

Así que nada de capturar bandidos, extraditar etarras, hacer una nueva legislación europea contra el terrorismo, acabar con las fuentes de financiación terrorista, perseguir sin descanso al terrorismo callejero, acabar con los partidos que colaboran con el terrorismo y son ellos mismos terroristas. No, no, no. O, por lo menos, no dar mucha importancia a todo eso. ¿Por qué? Porque *la sociedad vasca terminará con ellos en las urnas*.

¿Qué hizo y pudo hacer hasta ahora la sociedad vasca para acabar con el terrorismo? Pregúntese el lector qué hubiera sido de esa sociedad sin el Gobierno español, sin la legislación anti-terrorista española y europea, sin la cooperación de Francia y otros muchos Estados, sin la Policía Nacional, sin la Guardia Civil, sin el juez Garzón y todos los jueces y fiscales, sin el PP y el PSOE, sin los medios de información españoles, sin los millones de manifestantes en toda España, etc., etc.

¿Tendríamos que haber esperado a ver qué pasaba en las próximas y luego en las próximas, y próximas, elecciones autonómicas y municipales vascas? ¿Es que sin el resto de España la Comunidad Autónoma del País Vasco hubiera detenido un solo comando y conseguido una sola extradición? ¿No será que la relativa inoperancia de la Ertzaintza, en líneas generales, comentada por todos, tiene algo que ver con ese lema y ese programa de Ibarretxe y de toda la dirigencia nacionalista vasca?

Ay, señor Ibarretxe. ¿Es que sin el resto de España, que usted llama Estado español (contraviniendo las normas de la ONU, de la legislación vigente y del sentido común), habría urnas en Euskadi y usted sería presidente de su Gobierno?

Pero peor que todo esto es que muchos, que dicen ser *no nacionalistas*, piensan y dicen igual o casi igual que el presidente del Gobierno vasco. Ahí están las tibias declaraciones del nuevo Secretario General del PSE-PSOE, las contundentes del mismísimo Eduardo Madina, víctima él mismo de ETA, y de otros miembros de las Juventudes Socialistas de Euskadi (que sólo tienen por patria la humanidad), y hasta del Secretario General de las Juventudes Socialistas de España (¿del Estado?). Al terrorismo hay que vencerlo en las urnas, dicen todos ellos.

¿Como si lo que sucede en las urnas no tuviera nada que ver con lo que se hace durante los cuatro, los muchos años anteriores, en todos los terrenos! Decir esto, con casi mil muertos víctimas del terror, casi todos españoles, y treinta años de lucha penosísima, es ya de por sí muy grave. Pero decirlo, cuando entre todos hemos conseguido que la Unión Europea, después de años y años clamando en el desierto, haya cambiado radicalmente su postura ante el terrorismo y los cómplices del terrorismo, tan responsables como ellos, no tiene nombre.

¿*Vascones* independientes?

Uno va por cualquier paraje de Navarra, aun por los más inaccesibles, sobre todo de la parte norte, y puede encontrarse cuando menos se piense con una pintada que diga «independencia» o, en castellano seudoeuskerizado, *independentzia*. Es el grito ritual y habitual en unos, y el sueño secular en otros bajo el encanto más o menos velado de la autodeterminación. Algunos todavía piensan, aún sin creerse la fábula de Túbal, que aquí, o cerca de aquí, existió un reino, un imperio, un Estado, por primitivo que fuera, de los vascones, con Sancho el Mayor y mucho antes que él, y que toda la historia consistió —celtíberos, romanos, godos, árabes, francos, castellanos, etc.— en dominarlo, conquistarlo y sojuzgarlo.

¿Desde qué ángulos remotos llega ese grito «de guerra»? ¿En qué suelo histórico se mece la cuna de ese sueño? No digo «mito!», porque la palabra «mito» merece mucho respeto y sería profanarla una vez más.

Entre lo poco que sabemos, no sabemos de resistencia alguna opuesta por los vascones —que nunca tuvieron unidad étnica ni política— frente a las tropas romanas. Sí sabemos, en cambio, de la presencia de no pocos vascones, mayormente calagurritanos, en las filas armadas del Imperio, a veces en unidades especiales, por toda Europa y Mauritania Tingitana.

El profesor de historia antigua en la Universidad de Deusto, Armando Besga, autor, entre otros, del reciente libro *Domuit Vascones...*, sobre el país de los vascones en los siglos v-viii d. C., puede afirmar autorizadamente que esa expresión latiguillo, que para muchos resumía y resume la historia de las relaciones entre visigodos y vascones, no aparece una sola vez en las crónicas de

la época, contra todas las afirmaciones en otro sentido hechas todavía por la mayoría de los autores no especialistas en esa época. Pero una cosa es que nuestro Francisco Navarro Villoslada hiciera de ese lugar común tradicional quicio de la introducción a su popular novela histórica *Amaya*, escrita en esa pauta, y otra que después de más de un siglo de investigaciones sigamos hitados en el mismo lugar común.

Desde el siglo vi tras la disolución del Imperio romano en Hispania a causa de las invasiones germánicas, los cronistas llaman ahora vascones —nunca *pueblo vascón* o *pueblos vascones*— sólo a los pobladores de las montañas, que desde fines de esa centuria se harán conocer por su lucha intermitente contra visigodos y francos.

Vivían, dispersos y poco numerosos, a los dos lados de las montañas pirenaicas y en lo que será más tarde las Vascongadas, quizá hasta el Nervión. En las fuentes históricas del tiempo ya no aparecen los várdulos, caristios o autrigones.

No tenemos un solo texto procedente de los vascones mismos. Y de sus enemigos, los visigodos y francos, nos quedan textos sobre todo de carácter militar.

El año 581 grupos de vascones atacaron por vez primera, que sepamos, a los visigodos, inmersos en una guerra civil a causa de la rebelión del que conocemos después como San Hermenegildo, hijo del rey Leovigildo. Al mismo tiempo atacaron a los francos. Desde entonces sus ataques a una y otra vertiente de los Pirineos fueron alternos.

En el Reino hispánico de los visigodos, que carecían de ejército regular, los ataques vascónicos se reprodujeron más o menos cada diez años, según las crónicas visigóticas, casi siempre en los primeros meses de cada reinado, o aprovechando los frecuentes conflictos internos de la clase dirigente, como cuando apoyaron al rebelde Froila frente a Recesvinto. Seguramente que las incursiones, escaramuzas y emboscadas habituales fueron muchas más. Sobre la última pendencia bélica el año 711 nos hablan las crónicas árabes al contarnos el desembarco de Tariq en España, mientras don Rodrigo, el último rey godo, peleaba contra los vascones en Pamplona, aliados tal vez a su rival candidato al trono, Akhila II.

Tribus primitivas, bárbaras, prehistóricas, los vascones montañoses y montaraces no romanizados sólo nos son conocidos por sus incursiones violentas y belicosas contra otros *bárbaros prehistóricos*, como los llama Focillon, que habían irrumpido en la historia del Imperio romano. Probablemente el motivo de sus agresivos y continuos enfrentamientos se debió a su falta de recursos en sus frías y pobres tierras montañosas de residencia.

Desaparecido el Reino visigodo en Hispania, los llamados vascones estaban tan divididos o más que antes de las invasiones germánicas del siglo v. Pamplona y el centro y sur de lo que se llamaría Navarra formaban parte de Al-Andalus. Vizcaya y Álava pertenecían al Reino de Asturias, que había repoblado las Encartaciones. Guipúzcoa y el Pirineo navarro permanecían independientes y divididos en pequeñas unidades.

Al otro costado del Pirineo, los vascones habían iniciado su integración en el Reino de los francos, tras someterse voluntariamente al rey franco Pepín el Breve el año 766 y el año 768. Fueron, desde comienzos del siglo vii, el fundamento militar del independiente Ducado de Aquitania, que no fue ni de lejos *el primer Estado Vasco de la Historia*.

Pero existió a la vez un País vascón visigodo en la parte sur de Vitoria, si la capital alavesa corresponde, como parece, a *Victoriaco*, fundada por Leovigildo el año 581, y en una parte de la futura Navarra del centro y sur, habitada por vascones y también por otros pobladores de origen y nombre celtíbero, ibero y romano.

En el centro de Álava se encuentra el conjunto arqueológico más importante de la España visigoda. Los anacoretas y monjes que vivieron en los eremitorios rupestres más importantes de Europa nos han dejado el testimonio de sus prácticas religiosas frente a los vascones paganos y saqueadores.

Recordemos también que los visigodos se apoderaron de Pamplona el año 472, donde instalaron una guarnición, y lo mismo hicieron en otras ciudades de la Provincia Tarraconense. El año 621 el rey godo Suintila derrotó a los vascones, que saqueaban según su costumbre el valle del Ebro, y les obligó a construir Ologito (Olite), una ciudad para los godos, baluarte en la retaguardia sur de la capital frente a francos y vascones.

No hay noticias de que los visigodos perdieran el control de Pamplona, al menos de manera estable. Fortaleza militar, cabeza de distrito o condado y sede episcopal, cantada en el poema *De laude Pampilone*, que pondera sobre todo su carácter defensivo, tenía a los vascones por enemigo principal a la vista.

Frente a fantaseadores y falsificadores, los mejores historiadores sostienen la hispanidad (desde la Hispania romana) cristiana de los pamploneses, mantenida y transmitida por el Reino visigodo.

Ese Reino de Pamplona, al decir del historiador Juan José Larrea, que ha estudiado recientemente este período histórico, fue *una monarquía isidoriana a la que nada esencial distinguía de otros reinos y condados de la España cristiana*.

¿Quiénes pueden ser *vascos* de verdad?

Muchos piensan todavía que sus cuatro u ocho apellidos vascos los hacen vascos de pura cepa. Y más todavía si su lengua nativa es el vascuence o *euskara*, o si se han tomado a pecho el aprenderla, constituyéndose así en *euskaldun-berri* o nuevos *euskaldunes*, lo que les imprime un carácter de vascos voluntarios y generosos, con una vasquía (*euskalduntasuna*) comparable, o superior si cabe, a la original. El sintagma *arrotz euskalduna* (literalmente, el forastero-vascoparlante) suele reservarse a las personas de cualquier nacionalidad que han aprendido el idioma vasco.

Otros muchos, aunque no tengan tamaños e ilustres apellidos, y aunque tampoco dominen la lengua llamada milenaria, se consideran vascos de corazón, por vivir en un pueblo con nombre vasco, con términos vascos, en casas de denominación vasca durante decenios y hasta siglos.

No faltan muchos navarros que, por ser tales, se tienen noblemente por vascos, al creer que Navarra es cabeza y corazón de *Euskal Herria*, de la *Euskal Herria* histórico-lingüística.

Pues, no, señores míos, no. No basta todo eso. A lo sumo serán ustedes *vascos*, *baskos* o *basques*. Pero no vascos-vascos, vascos de verdad.

En el diccionario *Hiztegia Bi Mila: euskara-espainiera, espainiera-euskara*, editado en 1994 por Elkar, de San Sebastián, obra de siete autores, encabezados por Xabier Kintana, se nos da la explicación adecuada.

Según este patrón lingüístico e ideológico, con el que se han educado dos generaciones de estudiantes, los vascos que no sa-

ben la lengua de Axular merecen el adjetivo peyorativo de *basko*. *Basko* es el *habitante de Vasconia que, aunque tiene fuertes vínculos en el país (familiares, sentimentales o de residencia) no sabe la lengua vasca*. Es equivalente al *euskaldun motz*, donde *motz* quiere decir romo, chato, corto, huraño, arisco, desafilado y triste. Es el apodo histórico para denigrar a los castellanos o españoles inmigrantes al País Vasco: *belarrimotz*: orejicorto.

Similar es el significado del adjetivo *basque*, en morfología francesa, *aplicable a aquellos hijos de la Vasconia continental que, aunque de boca alaban a su país, con sus hechos muestran lo contrario*.

Pero hay habitantes de esa Vasconia que conocen incluso la lengua vasca y, sin embargo, no son vascos de verdad. A ellos se refiere el adjetivo *vasco* esta vez, como se ve, con la *uve* románica. *Vasco dicese y escríbese así, en lengua vasca, de aquellos que por curioso capricho del destino, han nacido en Vasconia, siendo sus apellidos y en el mejor de los casos su lengua, una mera ocasión para intentar alardear de lo que, evidentemente, sus paisanos no les reconocen*

Nos queda el vocablo *euskaldún* con el que se denomina a todo aquél que sabe y utiliza habitualmente la lengua vasca, vascuence, basquenze o euskara-euskera, sea cual sea su origen. Es evidente que desde el punto de vista lingüístico, *euskaldún* es un atributo excelso del buen vasco. Pero ya hemos visto que esto no basta.

¿Quién es, pues, el verdadero vasco, el genuino vasco, el vasco de verdad?

El *abertzale* (de *aberri*, patria + *zale*, amante, aficionado). El patriota vasco, es decir, el nacionalista vasco. Naturalmente, lo será al completo, si a la vez es *euskaldun* o vascoparlante.

En ese caso *euskaldún* adquiere todo su «sentido»; significa entonces no sólo *el que sabe euskara (euskaraz dakiena)* sino el que a la vez *merece ese nombre por su genuino sentido de pueblo*

LXII

1. *Víctimas*

«Conmueve» en verdad que quienes no han sido ni son todavía capaces de levantar siquiera la voz contra los cercanos y múltiples asesinos de ETA intenten ahora conmovernos ante las víctimas, todas dolorosas, de los bombardeos de la OTAN.

Dejando para otras páginas la historia del conflicto balcánico, me atengo sólo a las víctimas de hoy, que es lo más urgente. Espero, con todo, que no hayamos olvidado ya la tragedia reciente, y actual, de la cercanísima Bosnia.

Ahora, al parecer, los siempre sensibles a las minorías étnicas no tienen muy en cuenta los cientos de miles de víctimas kosovares, los más indefensos durante muchos años frente al régimen marxista-leninista fanático (el último de Europa) de Serbia, que ha venido matando, destruyendo y desterrando a mansalva (*manu salva*: con mano libre), sin que nadie le estorbase, en todo el territorio de la Gran Serbia y hasta fuera de él.

Mientras no exista una autoridad internacional activa y un ejército a sus órdenes, de los que soy ferviente partidario, no podemos quedarnos mirando, a finales del siglo xx, cómo cualquier bárbaro comete sus barbaridades preferidas en cualquier sitio del mundo.

Millones de muertos podían haber vivido hoy en Irán, Irak, Liberia, Somalia, Ruanda, Congo, Sudán, Guatemala, etc., si una fuerza internacional de intervención hubiera actuado preventivamente, o punitivamente en los primeros momentos de las tragedias. Pero en África, Asia o América no hay una OTAN o algo parecido. Puedo no sentir mucho entusiasmo por ella, pero mucho menos por quienes, a machetazos, a tiros o a bombazos, se deshacen a placer de sus enemigos étnicos, religiosos, políticos o sociales.

Horroroso es un castigo bélico, pero puede ser y es a veces el menor de los horrores. Porque aquí no hablamos, beatíficamente, de elegir entre el bien y el mal sino entre dos males. Aunque a ciertas personas les parezca que el único mal son los Estados Unidos de América, a quienes, por cierto, apelan los democráticos Estados no unidos europeos, incapaces de tener una defensa común, para que los sustituyan en los momentos de peligro.

A menudo no bastan todos los medios pacíficos habidos y por haber, incluido el martirio, porque los machetes, los fusiles o los tanques no suelen esperar, sean dictadores, genocidas, milicias populares o ejércitos de liberación los que los utilicen, impunes gracias al sacro principio de la soberanía nacional, al veto de una potencia amiga en la ONU, o a la indiferencia internacional.

¿Quién defenderá a quien no puede defenderse? ¿Quién salvará a las víctimas, antes de tener que llorarlas? ¿O por ser de Kosovo, de Ruanda o del Norte de Irak tienen menos derechos que los que tenemos nosotros, bien defendidos siempre por policías municipales, autonómicas, nacionales y ejército propio?

¿Que no a todos defiende la OTAN, o que no siempre y en todo lugar hay tropas americanas, inglesas, etc., dispuestas a defender los derechos humanos? Es una pena, y un gran fracaso de todos, pero eso no justifica que dejemos perecer Kosovo —después de una infinita paciencia para con el exterminador Milosevic— en el Centro de Europa.

Raya en el cinismo, además, que quienes no se atrevieron ni se atreven a llamar a ETA *banda terrorista* anden ahora llamando terrorista y hasta criminal de guerra a cualquier general o político de la Alianza Atlántica.

2. Víctimas como verdugos

El vasco es muy cruel, comentó un prestigioso obispo que ocupaba una sede pastoral vasca y que hablaba vascuence, según me cuenta un amigo que se lo oyó durante una jornada de trabajo. Una frase de ámbito tan amplio no suele ni convencer ni conmover con facilidad. Pero dicho del vasco o del bosnio, del bretón como del kurdo, o de cualquier otro, lo cierto es que, según los estudios de campo lo testifican, todo patriotismo etnonacionalista, basado sobre todo en *lo natural*, *lo primordial*, *lo primigenio*, y vivido extremosamente, es de por sí muy cruel, muy inhumano con todos aquellos que no «confiesen» ese patriotismo etnonacionalista, muy diferente, por otra parte, del verdadero patriotismo.

Para empezar, esos no confesantes serán considerados como extraños y sospechosos, y fácilmente como adversarios y hasta como enemigos.

Esta división binaria hace, por ejemplo, que los atentados mortales de todo tipo cometidos por ETA sean en general menos «sentidos» y valorados cuando de esos sospechosos, adversarios o enemigos se trata, como hemos podido comprobar a cada paso. No son de *los nuestros*, de los auténticos, de los genuinos del clan o de la tribu. Y así su «desgracia» será considerada como natural en unos casos —su fórmula es: *lamentamos...*—, y en otros aparecerá como merecida —*era un facha, algo habrá hecho, ellos han hecho lo mismo...*—, por no aceptar la patria obligada de todos, el etnonacionalismo imperante o el que se quiere imponer como tal.

Las más de las veces se buscarán mil excusas para comprender y hasta justificar el atentado, recurriendo al estribillo tramposo de un *conflicto político*, causante de todo mal. *Conflicto* que, como se sabe, consiste en que desde siempre existe un Pueblo

vasco, que va del Adour al Ebro, unido y compacto, que siempre ha querido ser independiente y que siempre ha sido ocupado y oprimido por un monstruo que se llama España (ahora dos: Francia y España), contra quien todo vale y nada debe descartarse.

Así que a menudo no sólo se equiparará el mal natural con el social (un accidente con un crimen etarra), el sujeto agredido con el agresor (los secuestrados por los terroristas con los terroristas encarcelados) sino que, en principio y hasta en general, se atribuirá a los no etnonacionalistas o anti-etnonacionalistas —*los otros*, los adversarios, los enemigos— la mayor, si no toda, responsabilidad histórico-moral de cualquier asesinato, extorsión o estrago cometidos

Los verdugos se convertirán de este modo en víctimas y las víctimas en verdugos o en colaboradores de los verdugos (España): ertzainas, empresarios o funcionarios, sean simpatizantes del PNV, hablen euskara o pertenezcan a ELA-STV. Los verdugos directos, ya se sabe: políticos, jueces, fiscales, policías, militares, fuerzas de seguridad, periodistas... españoles.

No es un exceso palabreril lo que digo. Hoy, 19 de julio de 2001, leo en el periódico que el dirigente *hachevique* o *bata-vique* navarro Fernando Barrena, dijo ayer que, aunque

el responsable directo (del asesinato de J. J. Múgica en Leizaola), si así se demuestra su autoría, puede ser ETA, las responsabilidades políticas de la triste situación que vive este pueblo deben buscarse indefectiblemente tras las siglas del PP y de UPN.

Lo que leen.

No es una falta de moral (amoralidad): es toda una inversión de la moral (in-moralidad), dictada por el telúrico y devorador ídolo de la tierra, de la sangre y de la muerte.

LXIII

Una *violencia* unificadora y purificadora

Son legión los políticos, los escritores y periodistas, y hasta las almas cándidas que siguen creyendo, diciendo y escribiendo que ETA es el fascismo o al menos su equivalente.

Fue Frantz (Omar) Fanon (Martinique, 1925-Washington, 1961) un psicoanalista y filósofo social francés, que estudió en la Universidad de Lyon, tras combatir con el Ejército francés en la Segunda Guerra Mundial. Psiquiatra en un hospital de la Argelia francesa, se unió al Frente de Liberación Nacional el año 1954 y dos años después era el director del diario *El Moudjahid*, editado en Túnez. En 1960 fue embajador del Gobierno provisional argelino en Ghana. Autor más tarde de varios libros de éxito, pero sobre todo del titulado *Les damnés de la terre* (Los condenados de la tierra), 1961, se convirtió en profeta de una urgente apelación a los pueblos colonizados a purificarse de su propia degradación en una *catarsis colectiva*, sólo alcanzable por la violencia contra los opresores europeos.

Fue y sigue siendo uno de los maestros de ETA, junto con los santones revolucionarios del calendario marxista-leninista-maoísta, mejor o peor interpretados, y los fundadores del nacionalismo-independentismo vasco, comenzando por Chao y Arana Goiri.

Fanon, igual que antes Sorel, afirma que la violencia da al hecho revolucionario *cualidades positivas y creadoras*. Ella es el elemento unificador del sentimiento nacional. Hace que la nación —de *nasci*: nacer—, que comienza a vivir esté unida por un indestructible *cemento que se ha mezclado con sangre y furor*.

La violencia crea, además, según el teórico martinicano, la responsabilidad individual y permite *a los miembros descarriados del grupo* y a los que están al margen de la ley *volver a encontrar su lugar e integrarse*. Luchar violentamente contra el colonizador lleva consigo un compromiso irrevocable con el movimiento de liberación.

Más que una lucha por el poder, la violencia anticolonial y progresista, que es todo menos terrorismo, es una purificación del individuo de la alienación impuesta por el colonizador y su sistema colonial; la forma suprema de su propia humanización. Y por ende es a la vez la purificación colectiva del grupo y del pueblo oprimidos. Por el contrario, la violencia de los colonizadores, la violencia autoperpetuadora (Merleau-Ponty) de los opresores, es la suprema deshumanización.

Por si faltase alguna clave de interpretación en el libro, el jerarca sumo de la progresía de aquel tiempo, el filósofo y dramaturgo francés Jean Paul Sartre, escribía en el prólogo al libro de Fanon: *Disparar contra un europeo equivale a matar dos pájaros de un tiro: destruir al mismo tiempo al opresor y al oprimido*.

Nada menos.

Víctor Manuel Arbeloa Muru (Mañeru /Navarra, 1936), desde antes de la Transición y hasta hoy mismo, viene hablando y escribiendo, sin desmayo, de Navarra, España, Europa y el mundo; de la democracia y los derechos humanos; de nacionalismos, independentismos y terrorismos; del lenguaje, sus propiedades y sus perversiones. Con éstos y aquéllos, contra aquéllos y éstos. En la calle y en las tribunas, en el Parlamento navarro, en el español y en el europeo. En muchos libros, diarios y revistas.

Convencido, como Karl Kraus, de que *el lenguaje no es el aya sino la madre del pensamiento*, en este libro de experiencias vividas y, casi siempre, sufridas analiza con nitidez y suficiente humor algunas trampas mayores y menores del lenguaje popular y político, que entranpan el pensamiento y hacen tramposa nuestra vida pública y privada. Lo que a los malos políticos les importa tan poco.

ISBN 84 - 9742 - 347 - X



**Gobierno
de Navarra**

